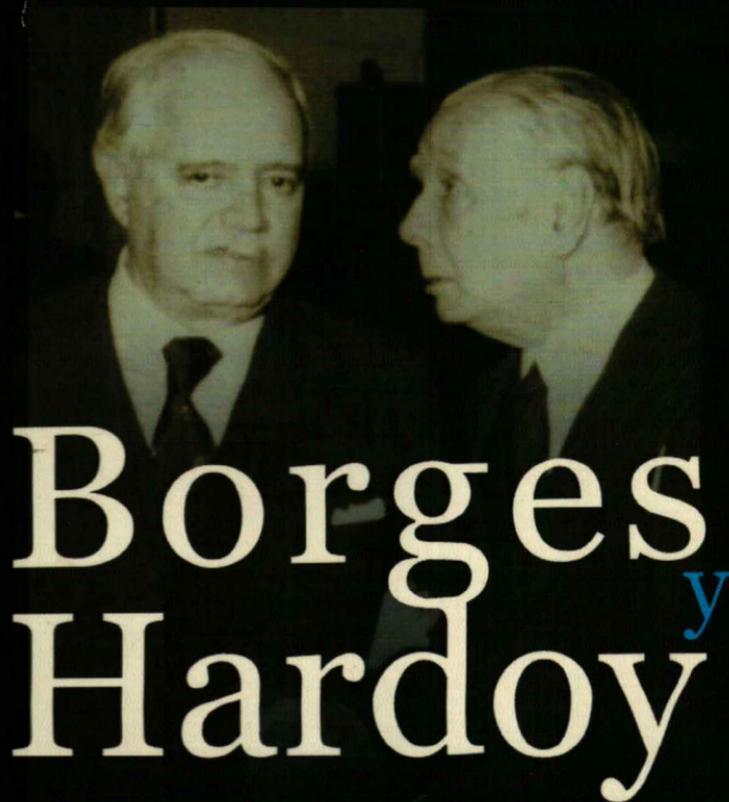


GASTÓN PÉREZ IZQUIERDO



Borges y Hardoy

Un diálogo en el Cielo

FICCIÓN

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

GASTÓN PÉREZ IZQUIERDO

Borges

y

Hardoy

UN DIÁLOGO EN EL CIELO

OBRA DE FICCIÓN

EDICIÓN

FUNDACIÓN Dr. EMILIO J. HARDOY

[Volver al índice](#)

AGRADECIMIENTOS

La “**Fundación Dr. Emilio J. Hardoy**” agradece muy especial-mente a las siguientes personas, cuyas tareas han hecho posible esta publicación:

Jorge Fiorito y Gloria Hardoy de Fiorito, por su inestimable apoyo y permanente estímulo;

María Cecilia Tosi, por su invaluable labor editorial;

Patricio Pablo Pantin, por su denodado empeño en la maquetación de este libro;

Gastón Pérez Izquierdo (h), por la confección de la original portada.

EXPLICACIÓN OBLIGADA

Vano fue el intento de Carlos Pellegrini.

El Gringo, como se lo llamaba habitualmente por el color de su piel y las famosas pecas, había querido formar un partido nacional que reuniera las corrientes conservadoras y liberales que existían en el país y para eso reunió a los principales referentes provinciales y porteños en un histórico encuentro que se realizó en el insustituible Teatro Odeón de Buenos Aires. El mensaje, que dejó ahitos de entusiasmo a sus partidarios, se conoció con el nombre de “discurso del Odeón”, pero Pellegrini, el hombre que reunía el consenso de todos los dirigentes que se dieron cita en la asamblea, murió al poco tiempo y la idea se frustró. En ese entonces, el siglo XX era flamante.

Después, desde la Presidencia de la Nación, Roque Sáenz Peña impulsó la ley que instituía el voto secreto y obligatorio, el empadronamiento del varón al cumplir 18 años y un régimen electoral de mayorías y minorías. El triunfo de Yrigoyen en los primeros comicios secretos que se verificaron en 1916 pareció confirmar el irónico vaticinio de Pellegrini a algunos de sus correligionarios: “¡Sigán así y hasta Hipólito Yrigoyen va

a ser presidente de la República!”.

Las fuerzas conservadoras, surgidas a partir de la Constitución de 1853, y cuya gestión había sostenido el enorme crecimiento del país durante los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, ingresaron en una etapa de diáspora y eclipse.

Es cierto que la Argentina había experimentado la fundación de un partido de esa tendencia que abarcaba toda la superficie del país en las últimas décadas del siglo XIX. De hecho, Nicolás Avellaneda llegó a ocupar la presidencia de la Nación impulsado por el Partido Autonomista Nacional (PAN), y Adolfo Alsina, su principal aliado, cuando fue interrogado sobre las bases del acuerdo que había formalizado con Avellaneda, dijo que los amigos del Presidente y los suyos habían tomado el compromiso de constituir una fuerza política de alcance nacional. Avellaneda confirmó la generosidad de la alianza: “nada me ha pedido y nada le he dado”, dijo aludiendo al caudillo de Buenos Aires. No existió un “toma y daca”, tan frecuente en los arreglos políticos de nuestros últimos años.

En la práctica, esta fuerza tendría que haber nacido con la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento en 1868, cuando su candidatura fue apoyada por las corrientes del interior y Alsina, jefe indiscutido del autonomismo bonaerense, fue elegido

vicepresidente suyo. Pero el gran sanjuanino tenía celos de su vicepresidente, lo desdeñaba y la formación de un partido nacional orgánico debió esperar.

Julio Argentino Roca – el gran artífice de la Argentina moderna – descreía de los partidos políticos y confió su suerte a la “liga de los gobernadores” (los hombres que tenían “la situación”, es decir, los caudillos lugareños), astuta combinación entre los distintos individuos fuertes del país cuya alianza logró para sostener su llegada al poder y el posterior ejercicio del mismo.

Recién después de 1930 y para integrar la Concordancia (que fue una alianza electoral entre radicales antipersonalistas, socialistas independientes, liberales y conservadores), estos últimos se unieron en una fuerza corporal: el Partido Demócrata Nacional, que al sumarse a aquella impuso el vicepresidente: Julio Argentino Roca, hijo, que acompañó al general Agustín P. Justo en la fórmula presidencial.

Pero de una manera paradójica, la caída del peronismo en 1955 desintegró ese partido; dividido primero entre quienes querían acentuar su papel opositor a Perón y aquellos que aspiraban a sustituirlo levantando algunas de sus banderas. Así se inició, poco después, el camino de la disolución. Los dirigentes volvieron a replegarse sobre las estructuras provinciales y de aquella agrupación que diera dos vicepresidentes al

país (Roca hijo y Ramón S. Castillo) solo quedó un muñón, expresión minusválida de lo que fuera un brazo largo de la República.

El último intento por recrear una corriente que ocupara el lugar del PAN o materializara los sueños de Pellegrini se realizó al comenzar la década de 1960 y a Emilio J. Hardoy – por entonces referente obligado del conservadorismo de Buenos Aires – correspondió ocupar un lugar preeminente. Fue uno de los fundadores de la Federación Nacional de Partidos de Centro, la corriente postrera que asumiera sin beneficio de inventario todo lo bueno y todo lo malo; todo lo digno de aprobación y lo que mereciera reproche, tanto de los gobiernos que instalaron “el orden conservador”, como lo llamara Natalio Botana, cuanto de los que participaran de la reconstrucción del país después de la crisis mundial de 1930.

Pero, ¿por qué se hace esta introducción, en apariencia desconectada del resto de lo que viene escrito?

Lo que ocurre es sencillo de explicar. Este libro es editado por la Fundación Dr. Emilio J. Hardoy y a su patrono le cupo una importante tarea, como ha sido dicho, de dar forma nacional a las corrientes políticas que el público identificó como “las fuerzas conservadoras”. En realidad, se trató de las agrupaciones de pensamiento liberal y conservador que

hicieron de la Argentina un gran país.

Borges y Hardoy se vieron varias veces. El encuentro que ilustra la fotografía que sirve de tapa a este libro se produjo cuando Hardoy presidía la Federación Nacional de Partidos de Centro y entrevistó a Borges en su casa para afiliarlo "al conservadorismo". Borges esperaba esa distinción y recibió la "ficha" como un halago. No dudó un instante en volcar su apoyo a ese partido político.

De ese momento quedaron solo versiones parciales; apenas una fotografía, algunos recuerdos, unas explicaciones pobremente vagas. Eran tiempos en que la política se ejercía con una cuota indudable de recato y la incorporación de figuras que habían sobresalido en actividades diferentes a la militancia se llevaba a cabo con discreción, empleando el decoro necesario para preservar la trayectoria del nuevo afiliado, jamás para servirse de él. Nunca se elegiría a un campeón en cualquier área del deporte para hacerlo candidato o un artista para convertirlo en funcionario público. Esa etapa vino después... y así le va a la República.

Pero ya que no fue posible congelar ese momento con los recursos técnicos existentes (filmación, grabación de lo conversado o, al menos, testimonios que pudieran ofrecer a la posteridad los protagonistas), la relación entre ambos intelectuales

será recogida por sus contemporáneos; al menos, es lo que intenta esta pretendida obra de ficción.

A partir de la efímera vida de esa Federación se verifica la historia que relata este trabajo, en parte, recopilación de afirmaciones efectuadas por los protagonistas; en algunos de sus tramos, expresión de la lógica convicción de los personajes involucrados y, por momentos, registrados por la imaginación del escritor.

Es obvio que este autor, modesto fabricante de párrafos y oraciones, hubiera querido escuchar las palabras que se expresan en este libro de boca de dos hombres grandes: uno, al que está ligado por la admiración y el cariño; otro, al que se encuentra atado por el aturdimiento que despierta su majestuosa pluma.

No pudo y debió conformarse con imaginarlo.

INDICE

1. Agradecimiento	3
2. Explicación Obligada	4
3. Í N D I C E	10
4. Eternidad en el Cielo	11
5. Un Encuentro en el Paraíso	17
6. ¿Vale la Pena la Política?	47
7. La Vida de Dos Porteños	69
8. Esa Década de Infamia	86
9. Dios	106
10. Los Derechos Humanos	121
11. Gardel	140
12. ¿Fueron Periodistas?	155
13. El Deporte, los Mitos, el Laberinto, los Espejos, la Ficción	175
14. Los Conservadores	200
EL AUTOR – Gastón PÉREZ IZQUIERDO	228

CAPITULO 1

Eternidad en el Cielo

¿Será aburrido el cielo?

Los artistas del Renacimiento, en especial los italianos, pintaron en numerosas ocasiones el infierno, tal vez impelidos por las acrobacias impuestas por la imaginación. La recorrida de los museos de Europa sugiere la preocupación que despertaba en aquellos la posibilidad de ingresar a la eternidad con el estigma del pecado.

La creación artística se explayó en monstruos y tormentos, demonios y fuegos estremecedores, preparados para aguardar a las almas que hubieren iniciado el camino del que no se vuelve alejadas de Dios. "¡Esto les espera a los pecadores!", parecían gritar desde el lienzo.

Casi ninguno pintó el Paraíso.

Es posible que haya sido para evitar imágenes insulsas, desprovistas de la amenazante figura de Satanás y sus secuaces. Tal vez. Sin

embargo, suponemos que el motivo es otro: permanecer durante la eternidad plantado en una nube celeste sería menos penoso que soportar las torturas del demonio, pero también un destino interminable y, a la larga, equivaldría a un castigo.

La verdadera causa por la que ningún artista se atrevió a imaginar el Cielo infinito (supone este autor) es que sólo lo hace deseable, gozoso e irremplazable, la visión de Dios. Principio y fin de todas las cosas, Verbo Divino y fuente única de la verdad absoluta, el alma que alcanza a verlo tiene la dicha asegurada y la eternidad se convierte en una estancia apetecible, en la que el tiempo, con su finitud humana, carece de importancia.

Así al menos puede deducirse de las palabras de San Agustín de Hipona, para quien Dios no anticipó ni postergó la Creación, por la simple razón de que siendo omnipotente e infinito no podría hablarse de un antes y un después: el tiempo, con sus medidas humanas, no tiene entidad ante la majestad del Todopoderoso. El *bing-bang* podría haber ocurrido en cualquier momento sólo decidido por Él.

Los grandes artistas podrían haber imaginado las cuevas del demonio, ente despreciable y de inferior rango, pero ninguno podía ver a Dios para pintar con acierto su morada eterna y el albergue final de los justos.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

“Mi primer millón de años en el cielo lo pasaré pintando”, solía decir Winston Churchill en vida, en parte para realzar el vuelo de su ironía, en parte para señalar su inclinación por caballetes y pinceles, abandonados para atender las urgencias que le imponían el mundo y su gobierno. Es probable que no se propusiera hacer referencia a Dios, aunque en el subconsciente vivo de su inteligencia yaciera la idea de que aburrimiento y Paraíso son magnitudes inconciliables.

Y si “veinte años no es nada” para Gardel, que lo recordaba desde un disco de pasta en la década del ´30, un millón tampoco lo es cuando se permanece a la vista del Creador.

Por ello, sin la impertinencia de pretender explicar el Cielo, podemos imaginar allí las almas de quienes queremos o admiramos, dispuestos a conocer la verdad absoluta, la que buscaron con denuedo en la imperfecta existencia mundana, cuando debieron vencer la tentación del relativismo moral y la certeza por la vía del compromiso.

En el cuento “La casa de Asterión”, Borges decía que a Teseo pertenecían la indeterminación, el laberinto, el emblema del caos, el intento por dominar ese caos (y a su centro, el Minotauro). Esta interpretación es por la que le adjudicaría a Asterión (es decir al Minotauro) un papel pasivo; para el monstruo,

la sabiduría del renacer sólo se encontraría lógica y paradójicamente en la muerte, es decir, en la experiencia de morir. En la liberación de esa cárcel provisional que sería la existencia terrena estaría la liberación del alma. Por eso recurre a la visión de un ser atormentado, errando solitario por intrincadas galerías, perplejo ante las infinitas encrucijadas que se abren a cada paso.

Es cierto que algunas creencias religiosas han sostenido la trasmigración de las almas, alegando la teoría de la reencarnación según la cual los seres disponen de diversos retornos, bajo formas variadas: una flor, un pez, un humano. Algunos han llegado incluso a aventurar una hipótesis tremenda: males espantosos que se padecen en la vida son cuentas de una vida anterior, que dejó facturas impagas.

Puede sostenerse que la teoría griega del eterno retorno es la variante última del mito que repite el gesto arquetípico, del mismo modo que la doctrina platónica de las ideas fue la última versión de la concepción más elaborada del arquetipo. Ambas doctrinas encontraron su más acabada expresión en el apogeo del pensamiento filosófico griego. Sin embargo, es posible afirmar que el cristianismo es la religión del hombre moderno y también del hombre histórico, del que ha descubierto simultáneamente la libertad personal y el tiempo continuo (en lugar del tiempo

cíclico). Desde la "invención" de la fe en el sentido judeocristiano del vocablo, el hombre, apartado del horizonte de los arquetipos y de la repetición, no puede defenderse de ese terror sino mediante la idea de Dios.

Orígenes, el teólogo de Alejandría, afirmaba la conversión final de los demonios y argumentaba que las almas sufrían períodos cíclicos de purificación. Lo horrorizaba la idea de que faltas morales pudieran subsistir después de la muerte.

Por supuesto, la patrística y en especial San Agustín han recusado esa tesis: el santo de Hipona afirmaba que solo hay un tránsito en el mundo temporal para cada hombre, según el cual, cada uno construye su destino trascendente. Sustentó de ese modo la teoría de la libertad, y conforme a ella, el hombre, al estar dotado de libre albedrío, se convierte en artífice de su destino, con lo que refutó a maniqueos y deterministas. San Agustín rebatió la tendencia a imaginar "ciclos", que como una rueda retornaran de manera infinita y, al contrario, sostuvo que cada hombre fue provisto por Dios de un alma que perdura después de su muerte y concurre a su presencia en espera del Juicio Final.

Su prédica central estuvo plasmada en un ejemplo referido a los retornos cíclicos que repudió con vigor: Platón, que enseñaba en la Academia, volvería a Atenas, a la misma escuela, con los mismos discípulos, idénticos discursos, durante repetidos siglos. El santo

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

rebatíó esa tesis con vehemencia: “¡Lejos de nosotros tales creencias! Cristo sólo ha muerto una vez por nuestros pecados y resucitando de entre los muertos ya no muere más, la muerte ya no tiene dominio sobre Él”. Y agregó: “Tú nos guardarás, Señor”.

Y como enseñara en este mundo San Agustín de Hipona, guardados por Dios en el Cielo, Hardoy y Borges se encontraron dando causa a este relato seductor e imaginario.

CAPÍTULO 2

Un Encuentro en el Paraíso

Sin las limitaciones que impone el tiempo terrenal, Emilio Hardoy recorría el Paraíso con ansiedad de adolescente. Había visitado al mismísimo Carlomagno y logrado que aquél reconstruyera, a su instancia, un árbol genealógico imperfecto, que permitiera dictaminar si la herencia de sangre del gran emperador europeo había alcanzado a las regiones vascas de los Pirineos franceses, de donde provenía su estirpe.

Satisfecho con la elucidación de ese interrogante (la antigua vanidad humana, que aún no había desaparecido del todo, lo dejó radiante con el hallazgo), continuó su marcha ansiosa.

Encontró a Pellegrini, rotundo y locuaz, rodeado de varios amigos. Su cabeza aleonada sobresalía del grupo que formaban personajes cuyos nombres llevan algunas calles porteñas. Hardoy se acercó con timidez al corro. Pronto fue divisado por el Gringo, que lo llamó en forma campechana, para

sumarlo al conjunto, como si fueran viejos amigos. El visitante quedó integrado.

Pellegrini estaba amonestando con afecto a uno de los suyos y sumaba a la reprimenda afectuosa bromas hípicas y añoranzas políticas. Hardoy se desvivía por mechar una pregunta.

En cierto momento una pausa en la francachela le dio oportunidad: "¿podría el doctor Pellegrini recordar los pormenores no escritos de la unificación de la deuda? ¿Barruntaba acaso, durante el debate en el Senado que el presidente Roca podría retirar el proyecto? Después de la entrevista Roca-Mitre ¿hubo alguna señal del Presidente que hiciera imaginar el golpe de timón?".

Finalizadas las preguntas, que provocaron curiosas expresiones en la cara de los asistentes, Hardoy se sintió feliz, como un niño a punto de descubrir el lugar exacto de la alacena donde su madre había escondido el chocolate.

Pellegrini hizo un gesto de tolerante desdén. Habría tiempo de sobra para repetir el trapicheo secreto de ese tema. Pero hasta en el Cielo, donde el cansancio no existe, el Piloto de Tormentas estaba aburrido de contar esa historia; ya habría ocasión en otro momento. Con la afabilidad de un auténtico clubman omitió la respuesta, y le reiteró la invitación para sumarse a la

pandilla integrado a la divertida tertulia.

Coco Hardoy permaneció con gusto. A fin de cuentas, varios de los asistentes eran conocidos suyos y había compartido con ellos jornadas memorables en el Círculo de Armas o en el Jockey. De eso se trataba en este caso: iuna reunión social en el Paraíso, no apta para tratar asuntos serios!

“No va a faltar oportunidad”, se dijo Hardoy a sí mismo, repitiendo la frase que tantas veces escuchara pronunciar a algunos correligionarios que formaban en los comités del Gran Buenos Aires, cuyo estilo había incorporado al léxico propio, al principio como gesto irónico, más adelante con sincera tolerancia.

¿Cuánto tiempo duró el cenáculo? Tal vez segundos, quizá siglos... Transportado por la alegre facundia del momento que había transcurrido en feliz compañía, Coco siguió su marcha, azorado y dichoso. Ahora buscaría a Cyrano.

¿Dónde podría estar ese espadachín y poeta, romántico y valeroso, triste y arrojado, enamorado eterno, de nariz tan inmensa como su inteligencia, tan profusa como su amargura? Quien, que no poseyera su talento podría haber exclamado “¡Ah... mis penachos!”

“¡Ojalá Cyrano esté en el Cielo!”, se dijo Hardoy sin deshacerse del giro humano y argentino, del que no deseaba despegarse y con brío prosiguió la

búsqueda.

Si bien las consecuencias de Babel habían quedado sepultadas y existía en el Edén una lengua que todos compartían, Hardoy estaba dispuesto a conversar en francés con Cyrano de Bergerac, lengua que dominaba desde chico. Impulsado por una ansiedad juvenil deseaba encontrarlo para formularle la pregunta que lo abrazaba desde sus tiempos terrenales. Lo consumía la emoción de conocer la verdad sobre un tema que nunca le habría quitado el sueño a nadie y no servía para ganar dinero o escalar posiciones de conveniencia.

El rastreo de Cyrano proveyó otras sorpresas. Sentado, inmóvil entre varios contertulios, sosteniendo un viejo bastón que adornaba su estampa sin necesidad de brindarle ningún auxilio, Coco divisó a Jorge Luís Borges.

Se sorprendió Hardoy cuando, desde lejos, el notable vate, divisándolo, le administró un caluroso saludo:

- Mis ojos ya no son vanos en este espacio - dijo Borges para disipar el asombro del otro, como si precisara explicar lo obvio.

Recompuesto de la sorpresa inicial, Hardoy contestó con naturalidad tratando de enmascarar el asombro:

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

- No me extrañó su vista de lince; a fin de cuentas estamos en un lugar en que las imperfecciones no existen. Confieso, más bien, que me provocó un respingo su presencia, siendo como ha sido un "ultrista", campeón del agnosticismo.

- Touché! - respondió Borges - Debo aclararle, sin embargo, que fui ultrista en mi juventud, Hardoy, pero aplaudo su juego de palabras. El ultrismo fue un enfilamiento de percepciones sueltas, un rosario de imágenes sensuales, plásticas, llamativas. Al cabo de un tiempo advertí que el dogma de la metáfora era falso.

Lo felicito por su perspicaz ironía. Siempre me entusiasmó el ingenio de los demás, como me arrebató el valor de los compadres. Pero esas metáforas ultristas se correspondían a un tiempo que perteneció al Borges estudiado, no al posterior, que usted cultivó. Fue el tiempo en que dije que el infierno y el cielo me parecían desproporcionados: los hombres no merecíamos tanto. Le diré, sin embargo, que mi agnosticismo fue una duda, no una afirmación inversa. Jamás negué a Dios; a lo sumo puede decirse que lo buscaba y, cuando estaba próximo a hallarlo una fuerza oculta lo alejaba de mí.

Alguna vez lo expresé con poesía: "Nadie rebaje a lágrima o reproche/esta declaración de la maestría de Dios, / que con magnífica ironía/ me dio a

la vez los libros y la noche” (ya por entonces yo estaba casi ciego).

A pesar de todo lo que pueda decirse, lo indagué con fruición – recuerde que escribí “El Paraíso de los Creyentes”, hacia 1960 – pero no conseguía descubrirlo. Me arrepiento de no haberlo encontrado entonces, como con seguridad el Hardoy de 80 años se arrepintió del fraude electoral del que fue parte en su juventud.

- Ahora soy yo el que exclama ¡touché! – replicó Hardoy - Acepto como una muestra de alarde intelectual su alusión al fraude, cuya complejidad histórica es tan vasta, que necesitaríamos afectar un tiempo enorme y exclusivo para su análisis. No se por qué presiento que habremos de tener una charla larga, mucho más extensa que la que tuvimos en su antiguo departamento de la calle Maipú.

Hardoy apeló a la memoria de Borges y aludió a un acontecimiento lejano, cuando en el Buenos Aires de ambos él era un político de fuste, empeñado en restituirle la grandeza a su país:

- ¿Recuerda cuando fui a visitarlo con Conrado Echebarne y Mariano Almada, para afiliarlo? Creo que fue allá por 1963... Yo por entonces presidía la Federación Nacional de Partidos de Centro, Conrado era el vice primero y Almada presidente del Partido

Demócrata de la Capital Federal; éramos la expresión más acabada del viejo conservadorismo argentino. Con Almada fuimos diputados nacionales por esa época... y dicho sea de paso, que conste que no llegamos gracias al fraude; y lo digo tanto como para detener su estocada...

- Me alegra oír estas palabras, Hardoy – contestó Borges. Tendrían que haberlas escuchado los sabios de Suecia que discernían el famoso Premio, cuando tantas veces rechazaron mi candidatura (esto fue un secreto a voces) por considerar que abominaba de las democracias.

Todo sucedió por una ocurrencia graciosa que hice en Punta del Este, un verano en que participamos con Silvina Bullrich de un encuentro que se había programado en el Convection Lincoln Center. Allí dije – entre otras salidas graciosas - “¿A quién le importa que yo descrea de la democracia?”

Por lo visto me equivoqué; al jurado de Suecia le importó (o le vino bien para utilizar esa excusa). Pero disculpe esta interrupción; volviendo al tema que nos ocupa: no sabe qué feliz me hace esta esgrima intelectual. Nunca sobrepasé los límites físicos de mi cuerpo y en la descripción de duelos de cuchillo, cimitarras que hacían círculos en el viento de la pelea o simples varones de arrabal y faca, le puse alas a la imaginación. Estas fintas verbales, en este espacio

santo, parecen que me hicieran ganar el tiempo perdido.

Sin embargo, debo confesarle algo, ya que nombra a los conservadores. Yo me creía radical (no se sonría porque es así); tal vez por ese fecundo antiperonismo que cultivé cuando llegó Perón a la presidencia, en 1946. Se han elaborado teorías sobre mi antiperonismo, la mayoría insensatas. En verdad fui contrario al régimen porque hacía retroceder la nación, espoleaba la ignorancia, estimulaba el apogeo de los inferiores. Admito que fueron esas razones y la abolición de la libertad lo que me hizo contrario a la dictadura.

No precisaron echarme los muchachos que manejaban la cultura y de paso la burocracia. Es más; dicho al pasar: no necesitaron esforzarse; les bastó un traslado, quizá un ascenso, para sacarme del medio. De un plumazo me convirtieron, de bibliotecario obsesivo, inquisidor febril de los lomos de todos los libros de todos los anaqueles, en inspector de pollos y gallinas. Nada menos que a mí, incapaz de distinguir el gallo de la ponedora. Como es de imaginar, fui a interrogar al empleado, responsable de ese traslado en la pirámide administrativa, y me dijo, asombrado por mi pregunta, que era la consecuencia elemental de mi apoyo a los aliados en la guerra. Me di cuenta que estaba demás en la municipalidad y, al día siguiente, presenté mi renuncia.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

- ¡Pero Borges! – exclamó Hardoy - ¡El hecho de que el peronismo lo hubiera designado “Inspector de mercados de aves de corral” no lo convirtió en radical de manera automática!

- Lo que pasaba, Hardoy, era que yo tenía (y conservé siempre) una profunda aversión por las tiranías. Creo que las dictaduras fomentan la opresión, el servilismo, la crueldad; pero más abominable aún es el hecho de que por encima de todo fomenten la idiotez. Botones que balbucean imperativos, efigies de caudillos, vivas y mueras prefijados, ceremonias unánimes, la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez...

Combatir estas tristes monotonías es uno de los muchos deberes del escritor ¿Habré de recordar en este lugar a los lectores del Martín Fierro y de Don Segundo Sombra que el individualismo es una vieja virtud argentina? Los radicales encarnaban para el grueso de la opinión el individualismo y la resistencia a esa unanimidad de los inferiores.

- ¡Borges! Vuelvo a repetirle: esa circunstancia no lo hace radical – exclamó Hardoy. No es del caso referir por qué no formamos parte de la Unión Democrática que con seguridad usted votó en 1946. Pero en esos años regía la Ley Sáenz Peña, de mayoría y minoría; quien no consiguiera ganar o llegar segundo no tenía representación en el Congreso. Los conservadores sólo tuvimos a Pastor, que entró por la

minoría de San Luís ¡Y vaya que hizo ruido en la Cámara!

- Eso mismo me dijo una amiga – reflexionó Borges - “¡Georgie! Vos no sos radical, ¡Sos conservador!” Y tenía razón; por eso me afilié a ustedes y no tengo nada que reprocharme.

Hardoy, con aire tolerante, como quien evita la recurrente frase con que los padres suelen recordarles a sus hijos una advertencia anterior (“¿No te dije?”), le respondió a Borges:

- Me acuerdo el comentario que le hice en ese entonces: “Piénselo bien; mire que en los últimos tiempos no hemos ganado una elección y si cree que triunfaremos a corto plazo, se equivoca”.

- Veá Hardoy – contestó Borges -, en cierta ocasión Evaristo Carriego recitó en mi casa paterna versos de Almafuerte; esa poesía me deparó una brusca revelación. Hasta esa noche el lenguaje no había sido para mí otra cosa que un medio de comunicación, un mecanismo cotidiano de signos. Es cierto que he permitido que la ironía – a veces a expensas de mi mismo – impregnara mis juicios; y he declarado sin tapujos: “en la literatura se puede ser escasamente original”. Yo debo reconocer que he sido consecuencia de otros escritores, y esa contingencia gobierna la relación del autor con la literatura anterior. Ella guarda

relación con el hecho de reconocer que, en mayor o menor grado, "toda la literatura es plagio", una idea que se debe a De Quincey, ensayista inglés, plaguario a conciencia.

Pero excusando esa digresión: aquella noche, los versos de Palacios me revelaron que podían ser también música, pasión, un sueño. Hasta el momento en que ustedes vinieron a afiliarme yo sentía que mi compromiso estaba con las letras y la cultura; mi adhesión a ustedes tuvo el valor de un símbolo, como el lenguaje y las palabras, que algunos suponen pronunciadas para expresar conceptos y en la realidad, encarnan las ilusiones en que se apoyan.

- Quería ratificar ese alcance - explicó Hardoy-. El pudor nos impedía admitir que una mera sospecha pudiera ensuciar la nobleza de su gesto: el mejor escritor de la lengua española afiliado a la corriente política que construyó el país y después lo rescató de la crisis mundial de 1930. El patriotismo con que...

- Me han dicho que esto ha cambiado en los últimos tiempos - cortó Borges. Un mal cantor fue gobernador del Tucumán, un corredor de lanchas (básico y sin talento, salvo el deportivo) ocupa el sitial del Almirante Brown, de don Martín Rodríguez, de los Alsina, de Mitre, de don Bernardo...

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

- Y, si esto continúa, Borges, voy a tener que parafrasear a Pellegrini: "Sigan así y pronto Ricky Maravilla será gobernador de Salta" – agregó Hardoy -.

- No conozco a ese ... ¿actor o deportista? – contestó Borges.

Hardoy, con gesto resignado, le aclaró:

- Es cantante, de ritmos marginales, cuya vulgaridad lo agobiaría.

- Cuando firmé el formulario de afiliación a los conservadores..., continuó Borges.

- Ficha – aclaró Hardoy. Se la llama "ficha de afiliación" y allí se consignan los datos del adherente.

Borges hizo el gesto de la persona que ha admitido la corrección pero no desea perder tiempo en expresar su aceptación:

- Bueno, cuando firmé la llamada "ficha" me acuerdo su cara de sorpresa al conocer mis nombres: Jorge Francisco Isidoro Luís Borges. Usted tuvo la gentileza de no hacer ningún comentario, que con todo gusto ahora le voy explicar.

No hay dudas de que fue una transacción entre papá y mamá: el nombre de un abuelo paterno y el de un bisabuelo materno; mamá era Acevedo Suárez, nieta del coronel Isidoro Suárez, que diera la victoria

final a la emancipación americana en la batalla de Junín. Con el sable envainado se dedicó a los negocios rurales en el Uruguay.

- Se ha escrito y dicho mucho respecto del orgullo legítimo que usted sentía por sus antepasados - dijo con gravedad Hardoy; por supuesto, han criticado su empeño en resaltar esas proezas quienes no tienen la posibilidad de exhibir ejemplos parecidos.

Recuerdo - quién que lo hubiera leído podría olvidarlo - su cuento sobre la muerte del padre de Cruz (el amigo de Martín Fierro), en un entrevero entre las montoneras y los soldados regulares. Con el cráneo partido por el sable de uno de los granaderos de Suárez, quedaron sus despojos abandonados en una zanja.

¿Cómo no habría de mostrar usted, con verdad y satisfecha vanidad, a través de un relato imaginario, la estampa de su antepasado? El relato no solo se refiere a Tadeo Isidoro Cruz: describe la época, la violencia que rodeaba a los protagonistas, el episodio del entrevero, la muerte, que era una invitada habitual a la que se recibía con indiferencia, casi como una consecuencia esperada. He leído algún librito intrascendente que critica su inclinación por relatar anécdotas en las que algún ancestro suyo aparece con relieves destacados. Me limito a recordarlo, solo para incluir al autor en la lista de personas olvidables.

La muerte del coronel Francisco Borges – su abuelo paterno - trágica, en cambio, fue llorada por los dos ejércitos de la revolución del ´74. Corrió mucha tinta para explicar su muerte, ¿que versión aceptó la familia?

- Abuelo – explicó Borges - había prometido lealtad a Sarmiento, que como se sabe, era entonces Presidente de la República. Al mismo tiempo estaba comprometido con la revolución. Fue una jugada pícara, que pensaba sería gratuita. Total, la revolución debía estallar después del 12 de octubre, cuando Avellaneda fuera ungido presidente. En apariencia no le costaba nada quedar bien con Sarmiento; le juraba lealtad a su presidencia y se plegaba a Mitre, poniendo el sable a favor de su causa cuando el sanjuanino no fuera ya Primer Magistrado.

- Pero la revolución se hizo antes, – acotó Hardoy - a fines de septiembre...

- Y eso fue fatal para abuelo - respondió Borges. Sarmiento había olfateado el complot y ordenó detener al capitán de una de las cañoneras que estaban confabuladas. Eso obligó a la otra a levar anclas y de paso forzó a los conspiradores a anticipar la salida. Todo lo demás es conocido: la proclama de José C. Paz desde La Prensa, la salida de Rivas, la llegada de Mitre, que estaba en Uruguay. Los revolucionarios hasta tuvieron la escasa fortuna de involucrar a la tribu de Catriel, lo que

espantó a la opinión pública que no distinguía a los indios y confundía un clan amigo con los confines, el despojo, los malones.

- Cuando reventó la revolución, Sarmiento le reclamó lealtad a Borges – dijo bruscamente Hardoy -.

- En realidad solo le recordó su compromiso, aclaró Borges. Abuelo era comandante del Fuerte Federación (entonces ya se llamaba Junín, por curiosa ironía se le puso ese nombre en homenaje a mi bisabuelo Suárez) y se había proclamado leal al Presidente, empleando la picardía que antes le relaté. Sarmiento solo le recordó su deuda de lealtad y para abuelo fue suficiente: entregó el regimiento en Chivilcoy. Vivió como alma en pena hasta que asumió Avellaneda.

- Después del 12 de octubre se presentó a Mitre - expresó Hardoy con impaciencia, como quien se adelanta a un relato -.

- Mitre – continuó Borges - ya había desembarcado en el Tuyú, pero no trajo (ni después llegaron) las armas que se habían comprado en Montevideo. Abuelo, deprimido porque no tenía más su regimiento, se presentó como un fantasma a Mitre y Rivas, reclamando un puesto de batalla. Parecía que le hubieran adivinado la intención fatal; ninguno de los dos quería verlo expuesto al fuego oponente e

intentaron disuadirlo. En La Verde, Mitre lo comisionó para pedirle la rendición a Arias, que por entonces era un oficialito subalterno. Fue una gestión infructuosa. Arias no podía rendirse; estaban por llegar los refuerzos que conducía Levalle y se encontraba parapetado, con armas de última generación, bien municionado y con vituallas suficientes.

- Cuando volvió de parlamentar con Arias, - dijo Hardoy - Mitre ordenó el ataque y el coronel Borges condujo la vanguardia a pesar de los esfuerzos del general por relegarlo.

- Algo así pasó, - reflexionó con tristeza Borges - pero en casa se daba una versión romántica, que nadie ha desmentido. Abuelo acostumbraba cubrirse el cuerpo con un poncho blanco durante la acción y eso ya era una leyenda en el ejército y terror en la indiada; con ese mismo poncho fue a entrevistarse con Arias. Después fueron vanos los intentos de Mitre para apartarlo del mando. Lo cierto es que nadie quería verlo muerto. El propio Arias habría dado la orden: "cuidado con tirarle al del poncho blanco".

Esto debía imaginárselo abuelo, porque antes de entrar en combate obligó al sargento ayudante que tenía a que se cubriera con el famoso poncho. Conclusión: el sargento salió ileso y abuelo con un balazo que resultó fatal. Quería morir y lo consiguió. Al estilo de un caballero andante, lavó con la vida lo que

consideraba una culpa. En otro siglo podría haber servido de inspiración a Cervantes.

Con el propósito de apartar pensamientos sombríos en su interlocutor, Hardoy cambió de tema:

- El coronel Suárez fue un héroe, oficial granadero del ejército de San Martín; se batió en todos los combates de la campaña de los Andes, del Perú, de Ecuador ¿quién podría no sentirse orgulloso de ser descendiente directo suyo?

- Cuando el ejército regresó de Ituzaingó - se entusiasmó Borges cambiando de ánimo - y Lavalle fue elegido gobernador de Buenos Aires (la famosa "elección de los sombreros"), delegó el mando en el Almirante Brown para conducir el ejército en el interior de la provincia y éste le encomendó a Suárez que fuera a Arroyo del Medio a frenar las montoneras santafecinas que mandaba López. Vinieron los gauchos armados de chuzas y coraje, pero fueron desechos por los soldados de Suárez, escueleros y aguerridos, con la disciplina violenta de las formaciones profesionales. Les pegaron una sableada. Tan rigurosa fue la embestida de Suárez que los santafecinos volvieron grupas destrozados y Brown homenajeó esa victoria rebautizando el fuerte Federación con el nombre de Junín, la batalla en la que brilló el sable de Suárez y terminó con los godos en América.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

Fue la última intervención de mi bisabuelo en las pujas domésticas. Después de unas breves escaramuzas ordenadas por Lavalle envainó para siempre y se dedicó a explotar una hacienda que había conseguido en el Uruguay, de donde vino una rama de mamá. Pero ¿sabe Hardoy?, llevar esos dos nombres fue una mochila demasiado pesada para este pobre hombre que en lugar de espada, solo supo empuñar una lapicera.

- Pero fue un orgullo para el país literario... y para el otro, henchido por saber que usted pertenece a la Argentina, agregó Hardoy.

- En realidad - dijo Borges - aunque todo el país me duele, soy porteño. Nací en el centro de Buenos Aires, pero a principios del siglo nos mudamos a una casa con jardín en Palermo. Como aprendía con una institutriz inglesa no me mandaban a la escuela, a la que recién entré en cuarto grado.

De ese sueño épico que mis padres tuvieron cuando me bautizaron con patronímicos heroicos solo quedaron retazos. Debo confesar con dolor que solo fui un espectador, al que le resultaron prohibidas las luces del escenario.

A través de las rejas del jardín veía el Palermo antiguo y solo mi imaginación volaba más allá de ellas y se sumergía en los andurriales. El Maldonado

era algo más que un dato geográfico; constituía una pauta cultural, era la aventura y lo desconocido. Con su rumor misterioso era reducto de guapos y cuchilleros, que tanto abundaban a principios del siglo XX. Por ese entonces Palermo era tierra de sicilianos y calabreses, que se mezclaban con los orilleros nativos y mascullaban rencor furioso, a la sombra de trifulcas y faroles.

Me imaginaba a mí, muchacho cajetilla y consentido, transformado en vengador aplomado, cobrador de cuentas impagas, dejadas por rufianes anónimos que plantaban su garra de caranchos carniceros sobre las carnes jóvenes de servatanas engañadas. Así nacieron, como si fuera yo mismo, Nicanor Paredes y Juan Muraña; Jacinto Chiclana y el chileno Saverio Suárez; Rosendo Juárez y El hombre de la Esquina Rosada (que alguna vez calificué de cuento falso); las historias de faca y duelos en espacios espectrales a los que nunca había concurrido. Y perdone Hardoy si he recurrido a algún término del lunfardo, estilo que deploro.

- No me altera el lunfardo - aclaró Hardoy - aunque debo confesar que fui admirador de Mallea y Ascasubi; de Güiraldes y José Hernández. Me pareció que el Martín Fierro describía una epopeya social inmensa, de un país abismado ante el cambio; le dolía la transformación inexorable por un lado y se

deslumbraba por el progreso irremediable y buscado, por el otro. Siempre imaginé que la obra de Hernández era un tironeo entre un país atado a la nostalgia del pasado y otro que aceptaba el reto del porvenir.

- Es cierto eso – el entusiasmo asomó a los ojos de Borges - pero de toda la obra de Hernández (si no hubiera escrito el Martín Fierro ese lugar lo ocuparía Ascasubi) a mi me sedujo la irrupción de Cruz. No pude menos que relatar algo que me pareció innegable en ese hombre tan gaucho como Fierro, que estaba afincado en Pergamino donde tenía una fracción de tierra y había obtenido ascensos en las fuerzas de orden: se llamaba, como usted ha recordado hace un momento, Tadeo Isidoro Cruz. Dije entonces: “Un motivo notorio me veda referir la pelea. Básteme recordar que el desertor malhirió o mató a varios de los hombres de Cruz. Éste, mientras combatía en la oscuridad, empezó a comprender. Comprendió que un destino no es mejor que otro, pero que todo hombre debe acatar el que lleva adentro. Comprendió que las jinetas y el uniforme ya le estorbaban. Comprendió su íntimo destino de lobo, no de perro gregario; comprendió que el otro era él”.

Destaco el homenaje varonil a la amistad, la admiración por el coraje del hombre al que debe enfrentar y a cuyo lado termina poniéndose incluso contra la misma partida de la que formaba parte. El

simbolismo de Cruz es maravilloso y a mi juicio evoca los héroes mitológicos de Atenas.

Ascasubi no deja de asombrarme por la maravilla de su poesía y la entereza viril de su conducta. Nació casi con la patria misma y creció con ella durante aquellos años del principio y el caos. La leyenda dice que nació debajo de una carreta, en la posta de Fraile Muerto (como los varones paridos en el ejército de Cartago por mujeres que marchaban con las huestes de Aníbal). Hombre ligado por fuertes convicciones al partido unitario, sirvió en Salta al gobierno del general Arenales. Estuvo en Ituzaingó a órdenes de Paz y Soler; guerreó entre los soldados de Lavalle y fue hecho prisionero por Rosas. Se evadió de la cárcel para pasar a Montevideo, que era una cárcel también, sitiada por Oribe; con las ganancias que le daba una modesta panadería armó un buque para volver a la Argentina transportando parte del ejército de Lavalle. Regresó después de Caseros a Buenos Aires y atacó a Urquiza con el famoso seudónimo de Aniceto el Gallo, que un hijo literario suyo, Estanislao del Campo, continuó después con Anastasio el Pollo.

Creo que si Hernández hubiera muerto antes de publicar el Martín Fierro habría sido el arquetipo del poeta gauchesco; no fue así. Los historiadores de la literatura lo sacrificaron, aunque ya antes había sido sepultado por el olvido de los argentinos. ¡No sabe la

alegría que me ha dado usted Hardoy, al manifestarse admirador de Ascasubi!

- Siempre he recurrido a la literatura en auxilio de la política y a veces la poesía, además de su invaluable alcance estético, me ha servido para apoyar conclusiones ideológicas – acotó Hardoy. Me he sentido amigo de Neruda y de Unamuno; en realidad a todos los poetas, aún aquellos cuyas ideas estaban en mis antípodas como el chileno, los he considerado amigos míos. Shelley decía, por ejemplo, que los poetas eran los legisladores ignorados del mundo. Y curiosamente Mary, una de sus tantas esposas, escribió Frankenstein, cuya creación fuera recordada por quienes hicieron después la exégesis de algunas de las grandes monstruosidades políticas del siglo XX.

La referencia a la poesía pareció iluminar a Borges:

- Es verdad en cuanto a que la poesía ha sido, con frecuencia, el brazo que empleó la política para expresarse, tal vez con la impunidad del arte. El mismo Hernández escribió el Martín Fierro desde un hotel de Buenos Aires – “El Argentino”, ubicado en 25 de mayo y Rivadavia –, mientras desgranaba el tiempo a la espera de los sucesos revolucionarios que encabezaba Ricardo López Jordán, según recordara Lugones.

Se sabe que en la crítica a la leva, por

ejemplo, Hernández en realidad quería erosionar a Gainza, que era el ministro de la Guerra de Sarmiento. Por cierto, lo hizo con escasa fortuna, ya que él mismo era un hombre de poca relevancia en Buenos Aires.

A pesar de que para 1872 (cuando se editó el Martín Fierro) la Gran Aldea era una ciudad en la que todos se conocían, no dejó una sola anécdota personal, y esto es raro: Hernández era un mero señor argentino, de tradición rosista, pariente de los Pueyrredón. No había hecho (ni hizo) nada memorable, excepto escribir ese libro, cuya trascendencia todavía ignoraba; sin saberlo, se había preparado toda la vida para componer una obra que resultó impresionante.

¿Conocía en realidad al gaucho? Esa pregunta se la formularon con manifiesta injusticia varios críticos; en rigor de verdad es absurda. Lo insólito hubiera sido que no lo conociera: había vivido crepúsculos cerca de la vaga frontera; visto el perfil de un hombre o escuchado su voz; habría oído una historia contada y olvidada en el mismo amanecer. Fue soldado y peleó en nuestros episodios de armas y con seguridad el fogón del descanso lo acercó a soldados tan gauchos como los formados por San Martín para cruzar la cordillera heroica, que peleaban "por la patria" sin importarle o ignorando la divisa que servían.

- ¿Y - agregó Hardoy - no fue el propio Sarmiento quien publicó el Facundo como una forma de

sostener el pensamiento unitario y golpear a Rosas? A fin de cuentas, las dos obras capitales de la literatura argentina – y quizá iberoamericana – el Martín Fierro y el Facundo fueron escritas como una suerte de alegato a favor de la militancia de sus autores.

Borges, que había parecido rejuvenecer cuando la conversación giró hacia temas literarios, dijo:

- Como no he sentido ese apetito visceral por la política que usted ha tenido, Hardoy, la literatura fue una instancia precisa para mí; las palabras tenían que ser un instrumento que sirviera para emitir un mensaje y también para complacer una necesidad.

Algunos episodios los destiné a satisfacer un gusto, a veces compartido; con Adolfo [Bioy Casares] escribimos alguna novela policial con el seudónimo 'Bustos Domecq', que en realidad era la combinación de apellidos que pertenecían a ancestros nuestros. Otras fueron para divertirme, mientras convalecía de un golpe en la cabeza: "Pierre Menard, autor del Quijote" y algunos cuentos pretendieron ser un alarde infructuoso de ingenio, como negar que la obra de Shakespeare fuera de Shakespeare y en cambio sugerir que pertenecía a Lord Bacon.

O aquella en que "demostraba" la inexistente divinidad de Jesús y atribuía a Judas Iscariote la encarnación redentora del Todopoderoso (por esa

ocurrencia graciosa casi no me permiten ingresar al Paraíso). Sin duda ni se dieron cuenta mis críticos que yo oculté el verdadero sentido de la narración por medio de dos alusiones bíblicas: en una le hacía decir a Asterión (en realidad era el Minotauro) que "cada nueve años entran en la casa nueve hombres para que yo los libre de todo mal" (en realidad es una referencia directa al Padrenuestro). En la otra ponía en boca del monstruo: "ignoro quienes son, pero sé que uno de ellos profetizó, en la hora de su muerte, que alguna vez llegaría mi Redentor. Desde entonces no me duele la soledad, porque sé que vive mi Redentor y al fin se levantará sobre el polvo". Esas palabras provienen textualmente del libro de Job, (19.25). Hasta algunos críticos literarios han insinuado que la cita fue introducida por mí con el fin de afirmar mi creencia en Dios.

Dicho sea al pasar, esto significa no sólo admitir la identidad de Asterión y el Minotauro, sino simultáneamente aceptar otra equivalencia: que Dios es nuestro Redentor. Fíjese Hardoy: digo que cada nueve años entran en la casa nueve hombres para que el Minotauro los libere de todo mal. Condenado a la soledad en la sucesión "infinita" de espacios y galerías, Asterión (que no es otro que el Minotauro, como ya le he dicho), desea un redentor que lo libere del laberinto. Al mismo verdugo le solicita: "Ojalá me lleves a un lugar con menos galerías y menos puertas". ¿No estaba

clamando por el cielo, acaso?

Cuando confeccioné el Epílogo de El Aleph, dije que el relato se había inspirado en una pintura de Watts. Recuerdo haber escrito – naturalmente que con ironía – "A una tela de Watts, pintada en 1896, debo La casa de Asterión y el carácter del pobre protagonista". (El cuadro mostraba una semblanza dolorida, no feroz, en la expresión de la cabeza del toro que se corresponde con el carácter de Asterión). ¿No estaba acaso sosteniendo que la mansedumbre libera el camino del hombre hacia la eternidad?

Hardoy, que había escuchado el inteligente valor de las expresiones del vate con atención y admirativa concentración, impulsado por la obsesiva preocupación que su país le demandaba, le respondió:

- Todas estas cavilaciones que realizamos nos hacen gozar, pero mientras nos regodeamos con ellas no puedo dejar de angustiarme. Me preocupa la decadencia argentina, que ha conseguido que la mediocridad se instale en los refugios más sensibles del país. Ya no están en el poder los patricios de antes, que sumaban a su obligación genética, inteligencia y cultura. Ya no existen los Sarmiento, los Mitre, los Avellaneda, los Urquiza; tampoco estadistas de la talla de Roca ni políticos de la dimensión de Alsina o Pellegrini. ¿Quién de ellos no había visitado a los clásicos? Ni siquiera han quedado émulos de sus guardaespaldas, que eran un

dechado de guapeza y lealtad, ejemplo de varones valientes que bien podrían haber figurado en alguna de sus leyendas, o servido para que su pluma hiciera inmortal sus nombres.

A mi juicio – continuó Hardoy - Adolfo Alsina fue una de las figuras más cabales de ese tiempo, prototipo del hombre de acción, que corajeaba en el arrabal o en las batallas del mismo modo que actuaba con sentido de pertenencia en los salones. Que arrebatara al público en las barricadas y era capaz de componer un discurso elaborado, con sólidas bases de doctrina y asiento filosófico. Dos de sus laderos de acción, resultaron personajes inolvidables: Pedro Galván y el Negro Gorosito, por ejemplo. Como no podía ser de otra forma, Juan Moreira fue más conocido, pero tomó el camino equivocado, el del delito y la marginalidad; y terminó como todos sabemos: ultimado por la partida.

- ¡Cuénteme de ellos, por favor! – replicó con entusiasmo Borges - ¡Cómo me hubiera encantado pintar algunas de sus andanzas mientras estaba en la tierra! En Moreira no vale la pena detenerse, ya hablé de él.

- Pedro Galván era un mozo que recién había cumplido 18 años, algo rebelde y jactancioso – explicó Hardoy. El padre, que era hombre del interior de la provincia, circunspecto y medido, leal a don Adolfo, quiso enderezarlo y lo mandó al boliche de un

correligionario donde solía parar Alsina con una carta de recomendación para el jefe. El muchacho no conocía al caudillo y cuando vio un parroquiano de aspecto estrafalario se burló de su apariencia con mala suerte: era don Adolfo. Alsina lo llamó con un gesto sumiso y cuando Pedro estuvo cerca lo durmió de una bofetada. Poco después llegó el fondero y lo puso en autos, mostrándole la carta del viejo Galván con la recomendación y el pedido de que lo bautizara en algún entrevero. El caudillo no se inmutó y le dijo: "Levantate muchacho, que acabás de ser bautizado". Lo tomó a su servicio, por su fidelidad fue uno de los laderos más incondicionales que tuvo y cuando Alsina murió, Pedro Galván no pudo reponerse del dolor y se quitó la vida clavándose un puñal contra una columna del Portal de las Ánimas.

Cavilando, como si estuviera hablando para sí mismo y entre dientes, Borges dijo:

- La historia es maravillosa... Pedro Galván.... Juan Muraña, Nicanor Paredes... isí hasta el nombre acompaña para hacer de él un individuo de antología! ¡Qué varón! ¿Y Gorosito?

Entusiasmado por el interés de Borges, Hardoy avanzó con la anécdota cordial cuyo recuerdo lo emocionaba y le permitía revivir el momento y la naturaleza del personaje:

- El Negro Gorosito era un auténtico hombre del bajo fondo. Camorrero, guapo, figura conocida en todos los lugares de mala fama: burdeles y taba, reñideros y atrios en día de votación, jamás de misa u oración. Hacía alarde de coraje y amoríos, los que afrontaba con el instrumento apropiado: el facón o la guitarra. Era incondicional de Alsina y sólo lagrimeó ante su muerte. Pendenciero y peleador, de estilo diferente a su Nicanor Paredes, usted lo hubiera convertido en un sujeto inolvidable, hasta digno de un paralelo con su histórico "caudillo de atrio", como consideraba al abstracto don Nicanor.

Borges no pudo dejar de pensar en don Nicolás, al que llamara "Nicanor" por causas que sólo él conocía. Mientras lo evocaba, recordó su pasada juventud, y al hacerlo, movió la cabeza reflexivamente, en forma penosa; como si hablara para si mismo, dijo:

- Nicanor Paredes tenía el perfil del guapo que siempre admiré y nunca fui: sereno, de pocas palabras, austero y cabal sin alardes. Si me hubiera hablado de Gorosito en la anterior morada me habría atrevido a describirlo; hasta lo estoy viendo ahora mismo: mulato, delgado, fuerte, de prematuro pelo tordillo, con el saco arrugado cerca del corazón "por el bultito del cuchillo".

Es más; no sé como no me detuve alguna vez en el mismo Alsina; - ahora Borges hablaba con

entusiasmo - el perfil que usted ha recordado recién resultaba tentador para cualquier escritor. En realidad, Paredes, Muraña, Saverio Suárez existieron en algún espacio y cierto tiempo, del mismo modo que fueron de carne y hueso Gorosito y Galván; me limité a ponerle nombres, tal vez alguna cara, apta para la imaginación de cualquier lector. Yo no podía ver a través de mis ojos vanos, pero escrutaba en las tinieblas que me rodeaban para indagar sobre su existencia. La respuesta fueron los cuentos que hilvané desde el aislamiento en que estaba tras las rejas de mi casa.

Pero Hardoy tenía ansiedad por incursionar en el área donde, durante su existencia terrena, entregó lo más valioso de su inteligencia:

- Hemos tocado distintos temas y recordado algunos personajes, Borges; no hemos incursionado aún en un tema central: la política. ¿Qué piensa de ella?

CAPÍTULO 3

¿Vale la Pena la Política?

La pregunta no era ociosa. Desprestigiada por tantas críticas – muchas de ellas justificadas – la lucha por el poder, la profesionalidad de la militancia, la transformación de su fisonomía que el tiempo lograra imponer, ha convertido a la institución en un dato negativo.

Época hubo en que el título confería dignidad y mérito a quien lo exhibía. Ser político equivalía a la obtención de un diploma de decoro y decencia, culminación feliz de la azarosa tarea humana. Y su recompensa: haber podido practicar el auxilio de quienes lo necesitaban.

En esa recatada función, el título habilitante se otorgaba por medio de una delicada selección en la que, honestidad y vergüenza – a las que debía sumarse la capacidad del interesado – constituían elementos indispensables para ejercer el servicio público.

La sociedad evaluaba la conducta del individuo y recién después emitía un veredicto, por lo general inapelable. Aún el caudillo, con su estilo

primitivo y a veces brutal, no escapaba a esa indagación; más aún: era el primero en ser sometido a ese escrutinio popular que se practicaba antes de la concesión del pergamino respectivo.

Por supuesto, lejos se estaba del tiempo en que la política, a través del poder, pudiera otorgarle riqueza a un individuo. Antes bien: una militancia en regla aseguraba a quien la ejerciera el consumo de su patrimonio, en general, heredado y garantizaba el camino a la pobreza. Por supuesto, en ese tiempo se estaba lejos del momento en que la política sería acariciada como una salida laboral, como un reemplazo desvergonzado del trabajo honrado, como una forma de abandonar el carro del botellero para ingresar al mundo de la abundancia económica.

Esta descripción no implica rechazar el concepto de "sociedad abierta" que, con toda justicia, puede mostrar a los cuatro vientos el país. En la medida en que el menesteroso acreditara condiciones de patriotismo, espíritu de progreso, vocación por entregarse a sus semejantes, su postulación sería bienvenida. Sólo si ella fuera un instrumento para salir del "ghetto" a cualquier precio merecería el repudio expuesto anteriormente, porque el interesado no podría mostrar la virtud de esas condiciones.

Los norteamericanos se ufanaban en mostrar al universo entero que su sociedad hacía posible que "el hijo del obrero pudiera ser presidente de la República";

los argentinos podríamos jactarnos de proclamar la misma fórmula, pero exigiendo al interesado los requisitos de patriotismo y desinterés que impone la austeridad republicana.

Además de ello, durante los tiempos de la "política romántica", el nepotismo era un componente deleznable, que aseguraba el desprecio y la condena por parte de la opinión pública a quien lo practicara. En tiempos recientes, asegurar un empleo en las sombras del poder a los parientes más cercanos, para afirmarles una posterior postulación, garantiza el éxito de quien lo realiza, transforma el gesto repudiable en una decisión generosa y afirma la voracidad de su entorno por sumarse a una fiesta en la que, felicidad y derroche, marchan a la vanguardia de un exhibicionismo sensual y enfermizo.

Con estos pensamientos encerrados en sus convicciones más íntimas, Hardoy dijo:

- Vea Borges; voy a anticiparle lo que pienso yo. Para mí, más que un aspecto de la vida, la política es la vida misma del hombre cabal, porque en ella se concentran los ingredientes con que se elabora sin cesar: la ambición y el abandono, la ilusión y la tristeza, el coraje y la debilidad. De su mezcla imperfecta, completada por las circunstancias y el genio de cada protagonista, que no es sino una circunstancia más, nacen el triunfo y la derrota, 'esos dos impostores'. En la política se manifiestan la suma virtud y la suma

culpa, a menudo en el mismo personaje, sujeto a su condición humana.

- Esa definición yo mismo la firmaría - replicó Borges - no sólo por la precisión de los términos sino por la plasticidad del lenguaje. Encuentro, en cambio, que es una expresión de laboratorio, hecha sobre las cubetas de un ensayo y no sobre la corteza real del ejercicio práctico. No es la descripción de la política argentina que vivimos nosotros al término de nuestras vidas. Esa magnífica síntesis que usted confeccionó no incorpora dos elementos que se observan de manera objetiva, sobre todo en la Argentina de fines del siglo XX y comienzos del XXI, y con seguridad, están sostenidos en el convencimiento del público: venalidad e incompetencia.

- Usted no puede con su genio - contestó Hardoy. Sin dejar de darle la derecha, Borges, fíjese que intento definir la política en abstracto, sin mencionar las aristas perversas que usted bien señala, pero sin incorporarlas como componentes de ese instituto que trato de describir. Observe que no digo que la política sea lo más importante de todo. La santidad, el arte, la sabiduría, los goces inefables de la amistad, las efusiones hogareñas, la vida interior con sus placeres secretos, las relaciones sociales refinadas y, naturalmente, el amor. En suma: todas las riquezas y dones que Dios ha distribuido de manera generosa entre los hombres están, en la escala de valores, antes que el

poder y la lucha por el poder mismo.

- En ese caso – reflexionó Borges - habría que agregarle algo a esa definición que usted acaba de complementar. Decía Keynes: “El amor es lo primero, la filosofía lo segundo, la poesía lo tercero y la política ocupa el cuarto lugar”.

- A pesar de eso, Borges, creo que ese intelectual notable (¿podríamos decir superdotado?) – dijo Hardoy - que usted ha nombrado, cuya influencia en los eruditos del siglo XX fue tremenda, ha hecho una síntesis demasiado estrecha. Son ciertas las preeminencias del amor y la filosofía, pero, a mi juicio, omitió decir que nuestro cristianismo y nuestro humanismo, el apego mismo a la vida, valen más, mucho más, que la política.

Un hombre que solo viviera para el poder – continuó Hardoy - sería un monstruo como Stalin, de quien los comunistas solo descubrieron sus crímenes después de muerto y a expensas de infinitas injusticias y millones de víctimas. Pienso que haber seguido de cerca las acciones de Stalin me hizo más conservador aún. Frente a los jactanciosos alardeos del jefe del Kremlin por los resultados de sus cosechas de trigo, fue Churchill quien en Teherán le dijo: “si la reforma no puede hacerse sin injusticia, me quedo sin la reforma”. He ahí una verdadera definición del conservadorismo universal.

- Suscribo lo que usted dice, Hardoy, aunque

en defensa del maltratado Keynes digo que grandes descubrimientos científicos del siglo XIX abonaron el camino a doctrinas que hubieran espantado a sus autores si solo las hubieran imaginado. Siento que Keynes debe agregarse a esa nómina.

Traigo un caso: con su teoría de la evolución, Darwin sostuvo la preeminencia de la especie más fuerte para sobrevivir en la lucha contra la extinción. No podría haber imaginado que intelectuales valiosos atribuirían a ella la inspiración de las dos grandes herejías del siglo siguiente: las de Hitler y Stalin, con su visión reducida y pedestre de la raza elegida y el triunfo universal del proletariado - señaló Borges -.

- ¡Hitler y Stalin! - exclamó Hardoy - ¡Qué mezquinos y vulgares, estrechos y adocenados nos parecen los totalitarios de todos los matices! Por encima de todo y más allá de las biografías desgraciadas de sus víctimas, han vivido sin ilusiones y sin fe, sin poder recoger los mejores frutos del Señor. Para ellos todo empezó en la lucha de clases, la hegemonía de la raza, la conquista del poder por el proletariado, la acción de masas. De esa concepción han desaparecido el hombre y lo humano.

- Cierto; sin embargo, según Goethe - recordó Borges - de similar raíz habría sido el pensamiento de Napoleón: "La política es el destino mismo de la Nación".

- No obstante, creo que el gran curso omitió

algo (si es que en efecto Goethe puso esas palabras con exactitud y económica síntesis en sus labios) - reconvinó Hardoy -.

¡Olvidó nada menos que la consideración moral! La unidad de una nación, tanto como su origen; la historia en que se funda, la lengua - que ha motivado identidad en las relaciones y en la cultura - dependen de un código moral universal, que su pueblo ha aceptado de manera espontánea. Al valorarse los credos políticos que proponen las diferentes ideologías, tendría que sopesarse la aproximación de las mismas a las normas supremas de la moral.

Mal que deba confrontar a Maquiavelo, el fin no justifica los medios, por la sencilla argumentación de Aldous Huxley: la elección de los medios determina fatalmente la naturaleza de los fines. Creo, Borges, que moral y política no pueden ir separadas. Ya Aristóteles lo había expresado: "el saber político constituye una rama especial del saber moral; no del que se refiere al individuo o a la sociedad doméstica, sino al bien de los hombres reunidos en sociedad, al bien del todo social". Lo enseñó con una síntesis inmejorable: "los antiguos la definían como la recta vida de la multitud reunida".

- Yo considero ese deber social unánime - agregó Borges - dentro de las particulares del individualismo. El hombre, como ser supremo de la razón (sujeta al Creador, naturalmente; si pensara otra cosa yo no estaría aquí), queda expresado dentro de

objetivos comunes a una colección de hombres.

Veo, a pesar de todo, Hardoy, que usted me está proponiendo que exploremos la política como instituto decano. Pero encuentro una dificultad. Los hebreos empleaban una locución superlativa en referencia al mayor Libro Sagrado, la Biblia, recurriendo al plural: era el Cantar de los Cantares; para identificar las cosas superiores utilizaban el plural: decían Noche de las Noches, Rey de Reyes, Vanidad de Vanidades. ¿Cómo haríamos para elevar la política, digamos... a la segunda potencia? No podemos utilizar el plural sin demasiado esfuerzo para exaltar el rango de la expresión, porque la política está de manera inseparable, atada a la percepción de la democracia.

Y esto me hace pensar en el libro, Hardoy. No en el libro físico, sino como instrumento de extensión del cuerpo de un hombre: el microscopio y el telescopio fueron ampliación de su vista; el teléfono de su voz; el arado y la espada, prolongación de su brazo. El libro es distinto: es una forma para que persistan la memoria y la imaginación. Cuando Bernard Shaw escribió Cesar y Cleopatra hablaba de la Biblioteca de Alejandría y decía que era la memoria de la humanidad. Yo le agregaría también que es el refugio de la imaginación, de los sueños, del pasado, porque ¿qué es nuestro pasado sino una acumulación de sueños? ¿y qué diferencia existe entre recordar sueños y recordar el pasado?

La noción de democracia también influyó en

el libro. Hojas de Hierba, de Walt Whitman, por ejemplo. Fue un canto a la epopeya norteamericana, por ese entonces símbolo triunfante de un ideal (ahora un tanto gastado por el abuso de las urnas electorales y el exceso de retórica) tan vigoroso que por él millones de hombres dieron y siguen dándole su sangre.

- Yo también pienso - dijo Hardoy - que democracia y política no pueden separarse; una es correlato de la otra. Lo que ocurre es que aquella entraña un riesgo que es ineludible correr.

Es obvio que sería un abuso afirmar que "el pueblo nunca se equivoca". Por el contrario; se equivocó muchas veces y volverá a hacerlo. De otro modo no existirían los demagogos, que desde Atenas fueron identificados como precursores de un arte impuro, destinados, sin fines superiores, a exaltar las pasiones más bajas del público.

Dicho sea de paso: ¿no consultó Pilatos al pueblo de Jerusalén para decidir la suerte de Nuestro Señor Jesucristo? Acaso no preguntó: ¿quieren la vida de Barrabás, ladrón y asesino, o la de este muchacho, manso carpintero de Belén, sin prontuario ni antecedentes penales? El pueblo no dudó: gritó que quería la crucifixión de Jesús. ¡Vaya si las mayorías nunca se equivocan!

Por supuesto que la democracia es muy imperfecta, pero es el instituto que no ha encontrado hasta el momento una sustitución apropiada. Con la

ironía que fue célebre en él, lo decía, palabra más o palabra menos, Winston Churchill: "la democracia es el más absurdo sistema,.... salvo todos los demás".

- Hardoy, yo veo a la democracia – reconoció Borges – como un instrumento que funcionó como ejemplo y esperanza universal a partir de Norteamérica; la de los griegos (que constituyó el basamento filosófico del instituto) fue una expresión mítica o teórica, sobre todo. El orbe tenía puestos los ojos en América y en su "atlética democracia", a la que el mismo Goethe destinó uno de sus epigramas.

La asocio de manera inseparable al libro, porque fue un poeta de la talla genial de Whitman quien, bajo el estímulo de Emerson, se impuso el relato de la epopeya de ese acontecimiento nuevo: la democracia norteamericana. No olvidemos que la primera de las revoluciones de nuestro tiempo, que se anticipó a la francesa e influyó sobre la nuestra, fue la de Norteamérica y que la democracia fue su doctrina.

¿He mencionado la palabra epopeya? – se iluminó Borges - Aquí llegamos a lo que me parece el aspecto más deslumbrante de Whitman. Fíjese que en cada uno de los modelos ilustres que el joven Whitman estudió había un personaje central – Aquiles, Ulises, Eneas, Rolando, El Cid, Sigfrido, don Quijote – cuya estatura resultaba superior a la de los otros, que quedaban supeditados a él. Podría decirse que antes de Withman la literatura épica se refugiaba en la dimensión

de sus superhombres, es decir, personajes que sobresalían una enormidad respecto de sus semejantes.

El hallazgo notable de Whitman consistió en descifrar que ese universo en el que campeaban los héroes había sido abolido a partir de la revolución norteamericana, porque el mundo de la aristocracia había fenecido. Se dijo entonces que su epopeya no podía ser sino plural, presuponiendo la absoluta igualdad de todos los hombres (que es la clave de la democracia). Por supuesto, necesitaba de un héroe, pero el suyo como símbolo tendría que ser numeroso, forzosamente debía ser incontable y ubicuo, como el disperso Dios de Spinoza. Ese "paladín" múltiple fue la democracia.

- Lo que pasa es que se ha hecho un abuso semántico del término "democracia" - acotó Hardoy. Tanto me seduce este interesante punto, Borges, que lo interrumpo para introducir un bocado. Hubo un debate interesante durante la existencia de la "cortina de hierro". Un autor sostenía que "ni acá ni allá del Elba se baten por el penacho" y se preguntaba si no sería que la misma palabra "democracia" revelaba una virtud que justificaba el combate: un régimen que se afirme como democrático creía poder asegurarse el concurso de las "fuerzas de la vida" (y aplaudo lo que usted ha señalado, Borges).

Continuó Hardoy: Nunca me dejé llevar por esa confrontación, pero fue necesario que aprovechara

la luz echada por un poeta doblado de humorista: Gilbert Chesterton. Las "... cosas esenciales entre los hombres son las que poseen en común y no las que poseen separadamente". La democracia es, según Chesterton, la satisfacción dada al instinto o el deseo político que lleva al hombre a ocuparse de la cosa pública, aunque lo haga mal. Y a mi juicio, la democracia representa en nuestra época la forma insustituible de administración de la "cosa pública", aunque por desgracia y con demasiada frecuencia, se lo hace más mal que bien.

Aún los caudillos de nuestras guerras civiles realizaron una forma rudimentaria y bárbara de democracia (pero democracia al fin) en que los gobernantes se reclutaban indiscriminadamente entre los ciudadanos. En la segunda mitad del siglo XIX (¡ah... que tiempo promisorio...!) predominó la "democracia gobernada", que se proponía usar el poder no para reformar la sociedad sino para asegurar la libertad, invocando en teoría la voluntad de la ciudadanía. Pero esto no ocurría solo en la Argentina, como una cruel e ingrata literatura nacional lo ha señalado con fines críticos; en las naciones más evolucionadas del mundo se utilizaba una forma primaria y elemental de democracia. En los Estados Unidos se aplicaba el famoso "five dollar vote", y hablamos de Norteamérica, la nación donde la institución no solo fue rectora sino que anticipó el camino de Occidente, como usted bien

señaló recién. Y ni hablar de Gran Bretaña, donde un mozo inteligente y capaz no podía soñar con el Parlamento a menos que contara con una fortuna, capaz de ser gastada en las elecciones inmediatas.

El siglo XX vio nacer la otra democracia, la "democracia gobernante", que dio origen al "poder abierto" según el cual el número ayuda a forjar una mayoría que manda, pero la minoría, numéricamente inferior, deberá ser escuchada. Tiene derecho a ser, porque el paso no le ha sido cerrado en forma definitiva: puede ganarse el pueblo a su favor y convertirse en mayoría. Esta posibilidad es lo que engrandece, hace seductora la democracia y le confiere la dimensión majestuosa que tiene. (Es también una de las razones morales que la diferencian de la dictadura).

- Y dígame Hardoy - inquirió Borges - las formaciones especiales, los grupos de choque, los piquetes que cierran el paso al libre tránsito y se erigen en dueños de la calle, como soportó la Argentina de los primeros años del tercer milenio ¿pueden invocar su pertenencia al sistema democrático?

- ¡Por supuesto que eso es una aberración de la democracia! - proclamó casi gritando Hardoy - ¡Es una absoluta negación de ella!

Dentro de aquella, la fórmula representativa no solo es la mejor disponible: es también la que resulta inevitable. La Constitución de 1853 decía con razón que el pueblo no gobierna ni delibera sino por medio de sus

representantes. La democracia directa, como en el ágora de los antiguos griegos, es imposible de practicar en las sociedades modernas. Más aún: incluso los Cabildos Abiertos fueron concebidos por la legislación española como un método aplicable a los primeros tramos de la colonia; cuando aumentó en forma notable la población americana, esos Cabildos perdieron vigencia y solo fueron rescatados (a instancias de los mismos españoles) en el preciso momento de la Revolución contra la Metrópolis. En tiempos recientes, cuando se la ha invocado ha sido para justificar acciones violentas y someter el libre albedrío de la sociedad. El mecanismo representativo permite conciliar de manera adecuada las aspiraciones populares con el respeto a formas superiores de convivencia y la adopción de medidas de gobierno rápidas y eficaces (aún en la hipótesis posible de que éstas no sean ni rápidas ni eficaces).

Las reformas de la democracia han de ser consecuencia necesaria de la transformación social, pero ellas deberán realizarse respetando el espíritu de sus instituciones, para perfeccionarlas y asegurarlas, nunca para deformarlas o suprimirlas. Los derechos humanos, la división de poderes, la información, las facultades de las minorías, no pueden disminuirse y menos hacer que desaparezcan sin arrastrar al mismo tiempo en su caída a la democracia misma.

- Para nuestro mal – reflexionó Borges - creo

que los momentos de más gloria de nuestra rica historia deben asociarse a la época de la "democracia gobernada". Fíjese que ironía, en nuestro país el personaje central y más recordado de la novelística ha sido el matrero (que Ascasubi llamaba "malevo"): Moreira, Hormiga Negra, Calandria, el Tigre del Quequén.

Si resultara cierto que Fierro es la cifra de nuestra complejísima historia, el gaucho no hubiera sido el protagonista de la emancipación americana, como lo fue con Güemes, Belgrano, San Martín. Habría sido integrante de una banda de desertores, prófugos, matreros, al final pasados a las filas de los salvajes. A Fierro es imposible imaginarlo soldado de Belgrano o de San Martín, disciplinado y escuelero como en verdad fueron esos soldados-gauchos. Si el gaucho solo fuera un hombre desesperado como lo pintó Hernández, no hubiera habido conquista del desierto y Pincén o Calfucurá habrían asolado nuestras ciudades a perpetuidad.

Si nos dejáramos llevar por esa poesía subyugante y emotiva, tendríamos que aceptar que una multitud casi unánime inclinaría su adhesión a la ilicitud y la trasgresión, cediendo a una demagogia tan ruinosa como abrumadora.

- Las "democracias gobernantes" - sentenció Hardoy - tendrían que basar su mérito y subsistencia moral en el principio de premios y castigos, computados

a favor de los beneficios que en efecto producen y no consintiendo la adulación baja y perversa. Cuando este precepto es abandonado, la democracia gobernante pierde entidad ética y se convierte en el ejercicio de una fuerza dominante, en una tiranía. Debemos resistir la propensión a premiar la vulgaridad o la chabacanería, el abuso o el desgobierno ineficaz y corrupto.

- Dejemos por un momento la política y la literatura - dijo Borges con una sonrisa. Ni siquiera en este ámbito sagrado, Hardoy, usted pierde el instinto por el ejercicio de aquella o la práctica del periodismo y de ese modo me ha hecho hablar a mí de mi infancia, de mi nacimiento, hasta de mis antepasados; incluso le he confesado mis ideas más íntimas. No ha hecho usted lo mismo con su propio pasado, por ejemplo. Por favor, cuénteme de su origen.

- Lo haré con todo gusto, Borges - le contestó Hardoy. Pero antes permítame hacer alguna otra referencia a la democracia; no quisiera que quede flotando la sensación de que estimulamos una forma elitista de gobierno. Al menos no fue así el estilo que me fue inculcado en las largas etapas de florecimiento de mi país, que por extraña vinculación, coincidieron con las de mayor desarrollo de mis ideas.

En contra de lo que se pretende instalar como precepto irrefutable, el conservadorismo fue una fuerza popular, numerosa, agitada, que venció o perdió elecciones, pero que no necesitó amañarlas.

Lamentablemente, el fraude que se instaló en la década del '30 en especial en Buenos Aires, alentó una leyenda que sepultó la popularidad del partido. Porque ese fraude no fue extraño a la prepotencia electoral, al menosprecio por el adversario, a la desconsideración por las formas. ¡Hasta llegamos a prohibir que un caballero como Marcelo de Alvear fuera candidato a presidente!

Por suerte, Borges, pude reparar en vida parte de la injusticia que se cometió con Alvear. Fue exactamente el 23 de marzo de 1992, cuando se cumplieron 50 años de la muerte de ese ilustre argentino y se lo recordó por medio de un homenaje que se hizo en la Recoleta. Allí no solo adherí al elogio que se hizo de su persona, sino que públicamente pedí perdón por el fraude electoral que le cerró el paso al poder. En forma textual dije que impedir a ese gran señor de la República fue un acto irracional y, más que eso, fue un acto de locura, un crimen político. Y ese crimen político lo pagamos allanando el camino para el advenimiento de una dictadura. Ya en los años '40 habían muerto Uriburu, Yrigoyen y de la Torre y una nueva generación política asomaba para dirigir la ciudadanía ¡Ése era el momento! Se perdió por nuestra culpa. En esa ocasión me opuse, pero eso no alcanzó para excusar mi responsabilidad, porque fui beneficiario del fraude electoral.

Vea Borges, tanto deploro el fraude que

siendo yo un muchacho escuché el lamento de muchos dirigentes importantes de la provincia: cuando debieron cambiar las urnas para asegurar el triunfo, se encontraron con que en las verdaderas había más votos conservadores que en las falsas; sin embargo, a partir de esa decepción grosera con que se "matoneó" a la gente (el famoso "usted ya votó") se produjo un efecto demoledor para las sucesivas aspiraciones electorales. Jamás se volvió a ganar una elección en esos distritos.

En cambio, los dirigentes locales que resistieron esa imposición que les venía "de arriba", siguieron contando con el favor popular; todavía en la década del '60 se ganaba en varios distritos de la provincia y en otros se peleaba la primacía. Pero fue el último estertor de una fuerza que había cumplido un ciclo glorioso.

Por desgracia, las formas impidieron la valoración del fondo; se había obrado con patriotismo, honradez, con una gran capacidad de gobierno. Mire Borges; usted sabe que he estado ligado por lazos estrechos con uno de los diarios más señeros del país: La Prensa.

Bueno, a principios de la década del '40, los editoriales de ese gran diario decían (palabra más, palabra menos) que no bastaba con asegurar la libertad, poseer una administración pública eficiente y expeditiva, una justicia cuyos magistrados fueran virtuosos y dotados de un extraordinario nivel jurídico, una

universidad en la que resultara notable el rango de excelencia, en una palabra: que no era suficiente gobernar bien. Era preciso que además se asegurara el respeto por las formas electorales y se abandonara el fraude instrumental. ¿Se da cuenta Borges? ¡Exactamente al revés de lo que vino más tarde, en que las virtudes republicanas se abandonaron y se instaló un régimen electoral sin mayores impugnaciones, cuyo triunfo fue precedido de una demagogia descarada!

- Puedo agregarle algo que lo dejará contento, Hardoy – dijo Borges. Durante esa década tan denostada, en el país existía – ¡y vaya si se hacía notar! – “opinión pública”. Y se sabe que la opinión pública solo puede existir en una sociedad individualista y en un ambiente de libertad. Ella constituye una de las fuerzas más útiles en una comunidad que ha alcanzado cierto grado de cultura política. Implica una manifestación de vida, un síntoma de buena salud.

Los niveles más altos se alcanzaron en Gran Bretaña; decía Lord Balfour que “... nuestro mecanismo político supone un pueblo tan unido que puede darse tranquilamente a la discusión, tan seguro que el estruendo eterno del conflicto no lo turbará peligrosamente...”. Tal vez por eso mismo la opinión pública británica se ha prohibido a sí misma y de manera espontánea, poner en discusión los valores fundamentales sobre los que reposa el orden social; es lo que más tarde se llamó “políticas de Estado”. Entre

todas las encarnaciones de la voluntad popular, la opinión es la de resonancia más humana.

- Sin necesidad de viajar a Inglaterra - contestó Hardoy - aquí, Pellegrini decía algo en la misma sintonía (y por cierto, mucho antes que Balfour). El gringo se preguntaba indignado (porque se había descubierto una algazara popular) qué pensarían en Europa de nosotros: que después de seis meses de paz nos atacaba la nostalgia del desorden y teníamos necesidad de irnos a las manos.

En nuestro país, en tiempos en que existía una "democracia gobernada" (creo Borges que el término le ha gustado mucho) la República tenía, como usted dice, "opinión pública". El presidente Luís Sáenz Peña por ejemplo, debió renunciar cuando ella le retiró su concurso: los hombres más eminentes no se atrevieron a desafiarla y se negaron en forma unánime a integrar su gabinete.

¿Y después de derrotada la revolución del '90 no fue acaso el senador Pizarro quien expresara "la revolución está vencida, pero el gobierno está muerto"? En la renuncia de Miguel Juárez Celman, producida diez días después de la asonada ¿no debería buscarse una referencia directa al veredicto de la opinión pública?

Pienso que muchos años antes que en España se firmara con gran realismo y patriótico desinterés el "Pacto de la Moncloa", la Argentina lo aplicaba de hecho y sin proclamas expresas, del mismo

modo que la doctrina inglesa podía exhibirlo sin necesidad de invocar un precedente. ¿Quién no recuerda aquel artículo de Barroetaveña editado por el diario La Nación, "Tu quoque juventud", que defenestró el homenaje ofrecido a Juárez Celman por la "juventud dorada"? (el llamado "banquete de los incondicionales"). Esa publicación fue uno de los desencadenantes del pronunciamiento del '90.

En los Estados Unidos, Bryce decía que por encima del presidente y de los gobernadores estatales, sobre el Congreso y las Legislaturas, por arriba de las convenciones y la maquinaria de los partidos, la opinión pública subsiste como la gran fuente de poder, el amo ante quien los siervos tiemblan, porque es la opinión de toda la nación, con escasas variantes en las distintas clases sociales.

¿Alguien podría imaginar la vigencia de una opinión pública independiente en la antigua Unión Soviética? En los regímenes donde la libertad no existe o es insignificante, la propaganda oficial cumple la tarea con la dulce obnubilación de la droga: el pueblo no tendrá una opinión propia, que se exprese con la fuerza irrefragable de una convicción colectiva; la mentira, predicada en dosis demagógicas, le mostrará un cristal bajo cuyo color aquella deberá ver las cosas.

- Comparto todo lo que ha señalado - coincidió Borges. Pero no olvide, Hardoy, que me debe una descripción de su vida terrena= Nos acercamos a

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

ese punto, pero siempre aparece el país y su historia; el público y su protagonismo; la verdad y el engaño y terminamos ensimismados en la dialéctica de proposiciones superiores. Hábleme de usted, por favor.

CAPÍTULO 4

La Vida de Dos Porteños

Hardoy no dudó un instante que debía honrar esa deuda con Borges. No obstante, lo que había señalado el vate era cierto: la tentación por las urgencias que meneaban al país y a su historia; al público, ese gran protagonista de los sucesos; la verdad, con su dolorosa cuota de realismo y tragedia y sobre todo el engaño, tantas veces enmascarado en aquella, forzaron a ambos a postergar las reflexiones personales e íntimas.

Pero Hardoy, fiel a su estilo condescendiente, dijo, dispuesto a satisfacerlo:

- Voy a complacerlo, Borges, aunque le anticipo que mi vida ha transcurrido con las inflexiones que se conocen por medio de los escasos honores que coseché y los numerosos amigos con que me he visto favorecido a lo largo de aquella.

Nací en un hogar que no fue visitado por la necesidad ni al que se asomaron las privaciones. Gracias a un buen pasar que provenía de los ingresos

que percibía mi padre, pude concurrir a una buena escuela alemana – bilingüe, como se diría hoy – gracias a la cual alcancé el dominio de esa lengua. Mi hermana, algo más de un año menor que yo, también recibió una buena educación.

Por desgracia, papá murió cuando era todavía un hombre joven – fue en un accidente provocado por un automotor – y conocimos una etapa de estrechez, que mi madre supo sobrellevar con dignidad y sin perder el goce por una vida en la que valores morales y antecedentes familiares jugaron un papel importante. Ambos influyeron en mi vida. Mi padre fue Director de la Aduana de Buenos Aires y La Plata – en ese entonces, la fuente primordial de ingresos fiscales del país – cargo que ocupó sin perjuicio del ejercicio de la profesión de abogado. De mamá recuerdo no sólo la integridad con que afrontó las dificultades que sobrevinieron a partir de su viudez, sino su larga y penosa enfermedad final que en ese tiempo, sin los aportes de la medicina moderna, era en verdad una prueba cierta.

Como a todo muchachito de esa época, se me impuso la obligación de aprender música.

Mis primeras incursiones aporreando el piano registraron las melodías clásicas, muy caras al oído de mi familia; “decentes” para emplear una palabra de ese tiempo. Pronto me entusiasmó el tango y tanto mi familia como mis vecinos debieron sufrir con “El Marne”,

una composición que me encantó y a la que durante toda mi vida interpreté con placer. Pero no crea que esa sola pieza atormentaba a familia y vecinos: en mi repertorio incluía "La Cachila", "Comme il faut", "Retintín", "Una noche de garufa", y algunos más que pusieron a prueba la misericordia de quienes vivían cerca mío.

No obstante la prolija descripción que del inicio de su vida hizo Hardoy, ambos personajes habrían de disputar en un tema menor, aunque los dos dieran una importancia trascendente a la materia.

Es que, en la Argentina, la música popular participa de las diferencias sustanciales entre los hombres y suele sorprender que alguien, aún a despecho de evidenciar falta de formación musical, emita un juicio temerario sobre aquella.

Por eso Borges, a pesar de tener una existencia sobresaliente como literato, que en muchas ocasiones aplicó a la musicalización de temas populares, dijo con determinación:

- Discrepo Hardoy con esa bendición suya al tango. Yo me identifico con la milonga: varonil, sufrida, descriptiva, canyengue y alegre al mismo tiempo. Algún tango, de los primitivos, que solían escucharse en las viejas victrolas y eran un compendio de alegría prostibularia me entusiasmaron; pero en general esa

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

melodía no ha merecido mi ponderación.

- No Borges, ahora el que disiente soy yo -
respondió Hardoy.

¿Es posible que alguien que haya amado a Buenos Aires como usted, pueda descreer del tango? Su identificación con la ciudad se percibe en el deleite que le provocan el empedrado, las plazas, los gritos y los silencios, los monumentos, los adoquines, los cementerios. ¿Puede alguien querer tanto a una ciudad que nos ha llegado en su descripción sensual desde fines del siglo XIX por medio del tango y abjurar de éste al mismo tiempo?

- Siempre me ha parecido una melodía mestiza que, a diferencia de la milonga, enterró las rimas auténticas que venían de payadores y soldados, troperos y gauchos, mezclando en los grandes arreos y en las marchas incesantes de ejércitos en pugna las diferentes costumbres y hábitos lugareños - replicó Borges -.

Pero Hardoy argumentó:

- No debía pensar en eso cuando escribió "El hombre de la esquina rosada", cuya trama evoca algo más que los romances de Villoldo o Vicente Greco. ¡Vamos Borges! ¡Sincérese en este momento! El famoso Jacinto Chiclana ¿no fue acaso una homologación de tangos en los cuales la amistad, el duelo criollo, el

cuchillo (como prolongación de una mano agresiva, justiciera o cobarde) actuó como protagonista fundamental? En aquel cuento, usted pintó al matador como alguien que cumplía un ritual, como el verdugo que hacía su trabajo para conformar a su destino; no había rencor ni odio. Solo sentido del deber; primitivo, básico, pero de observancia obligada, como una deuda de honor ¿no le parece esa historia afín con esos tangos en los que solo talla la amistad, como "Tres amigos"? ¿No se asemeja su Rosendo Juárez al mítico Gorosito que fuera ladero de Alsina? El duelista que mata casi en forma anónima ¿no parece el personaje de "Silbando"? "... un relumbrón, con que un facón, pega su tajo fatal".

Discúlpeme Borges, pero la ponderación que hace del tango primitivo, soez, querendón, pícaro, no se encuentra en sus escritos en los que refiere la tristeza de un lugar y de sus protagonistas: el galpón del suburbio, situado en un barrio de calles de tierra, lagunas con sapos y el grito incesante de los grillos. Allí bailaban (y competían) compadres arrabaleros y chinas sumisas a su destino; en ese bailongo donde una disputa tenía causa en una reyerta intrascendente y terminaba en una muerte impúdica, no se reflejaba el tango inicial, alegre y provocador. Este tango fue, digamos... posterior a la Guardia Vieja. Fue el que al final prevaleció y su mayor auge ocurrió justo cuando usted escribía esos cuentos invalorable. De su pluma

salieron situaciones y hombres que la poesía popular condensó en letras tangueras.

- Pero fíjese Hardoy, que no estoy borrando con el codo.... En Evaristo Carriego dije (palabra más, palabra menos): "La milonga y el tango de los orígenes podían ser tontos o, a lo menos, atolondrados, pero eran valerosos y alegres; el tango posterior es un resentido que deplora con lujo sentimental las desdichas propias y festeja con diabólica desvergüenza las desdichas ajenas". Ya en 1926, cuando escribí "El tamaño de mi esperanza" había dicho algo similar: "Una cosa es el tango actual, hecho a fuerza de pintoresquismo y de trabajosa jerga lunfarda, y otra fueron los tangos viejos, hechos de puro descaro, de pura sinvergüencería, de pura felicidad, de valor. Aquéllos fueron la voz genuina del compadrito: éstos (música y letra) son la ficción de los incrédulos de la compadrada...Los tangos primordiales: El caburé, El cuzquito, El flete, El apache argentino, Una noche de garufa y Hotel Victoria aún atestiguan la valentía chocarrera del arrabal".

Pero Hardoy, ¿qué voy a alegar con usted si ha reconocido la misma preferencia por las composiciones elegidas? Su repertorio era el de Arolas, un típico exponente de la Guardia Vieja, cuyos tangos son de una musicalidad completa.

- Sin embargo, querido amigo, - respondió

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

Hardoy - insisto en mi apreciación inicial, aunque reconozco que no tengo derecho a erigirme en exegeta de Borges. No deje en el tintero un gran tango que usted mismo compuso: "Alguien le dice al tango". He memorizado una de sus estrofas porque ella define no sólo el tema sino a usted mismo: "Tango que he visto bailar/ contra un ocaso amarillo/ por quienes eran capaces/de otro baile, el del cuchillo/ Tango de aquel Maldonado/con menos agua que barro,/ tango silbado al pasar/desde el pescante del carro."

El autor de esa letra no puede preferir el tango díscolo y burlón del prostíbulo a la composición nostálgica hacia una época que pudo ser triste, pero fue auténtica y hermosa.

- Lo que pasa Hardoy - volvió a insistir Borges - es que yo rechazo el tango en su aspecto llorón, como lo fue después de la Guardia Vieja. El tango comenzó a "italianizarse" e incorporó palabras del lunfardo, la jerga delictiva. Es verdad que al Palermo de cuchilleros y guapos lo presencié desde la abertura que dejan las rejas del jardín, pero don Nicanor Paredes fue real y para mí todo un prototipo. (En realidad, se llamaba Nicolás, pero cambié su nombre después de muerto por respeto a su familia, ya que varias veces repetí "que debía unas muertes").

¡Qué hombre de ley, Paredes! Nunca pude ganarle al truco, por ejemplo. Por intermedio suyo

conocí a Evaristo Carriego, que vivía cerca de casa y comenzó a frecuentar la mía hasta su muerte. Creo que acertaba Horacio Salas cuando decía que "para Borges el tango es uno de los elementos de la mitología ciudadana, no de la historia", uno de los "soportes de la leyenda" de los guapos y los malevos del faubourg. A grandes rasgos, creo que hay una relación entre el guapo y el malevo con relación al gaucho y de la milonga con respecto al folklore guitarrero de la pampa: fue el resultado de su incorporación a la ciudad y de su instalación en las orillas. Admiro la guitarra y deploro el bandoneón, por ejemplo. ¡Me parece estar viendo ese carro fileteado con primor y la inscripción procaz: « Esta guitarra mata »!

- El carro de la inscripción que llevaba un mensaje de muerte en el fileteado vistoso de su estructura – le recordó Hardoy –, sólo tenía el valor de un símbolo, como el silbido insolente con el que el carrero musicalizaba un tango desde el pescante. En cambio, a la verdadera muerte le vi la cara siendo yo muy chico, y ella deambulaba por mi barrio como un perro furioso durante la famosa Semana Trágica.

Con rapidez abandonó Borges sus inquietudes por la música ciudadana y arremetió con vigor en el terreno de la política; con entusiasmo, dijo:

- A pesar de ser yo mayor que usted Hardoy, no la viví de cerca. Debí conformarme con el relato que

llegaba a casa, a veces distorsionado por la inclinación de cada intérprete. Me gustaría conocer su visión, en la que sin duda, la percepción infantil tiene que estar coloreada por su formación política y las ideas que usted sostiene.

- Sin dudas así ha de ser, Borges, contestó Hardoy. Cuando llegó el radicalismo al poder, papá renunció al cargo de Director de la Aduana, no obstante el conocimiento personal que tenía con Yrigoyen. Como usted se imagina, en esos tiempos, la solidaridad partidaria tenía otra escala que después se abandonó.

Dicho sea de paso, papá formó entre los personajes que acompañaron a pie hasta su residencia a Victorino de la Plaza, siguiendo una costumbre por desgracia abandonada. Dejamos, por lo tanto, la residencia oficial en que vivíamos y nos mudamos a un departamento ubicado en la calle Corrientes, en las cercanías de Pueyrredón. Allí fue donde presencié los episodios más sórdidos que recuerdo y que me han llevado a aborrecer la anarquía.

Todo ocurrió cuando un hecho grave no fue contenido a tiempo por el gobierno de Yrigoyen. Se dejó crecer la violencia, los nihilistas (como se llamaba a los activistas de la anarquía) comenzaron a dominar la situación; la policía fue desbordada y desapareció de escena. Las calles estaban vacías durante el día y eran un páramo en la noche. A veces un tranvía se

aventuraba con pasajeros, pero pronto aparecía un grupo violento que lo detenía, hacía bajar al pasaje y lo prendía fuego en medio de una general algazara.

Cuando la calle estaba dominada por la violencia, el general Dellepiane, comandante de Campo de Mayo, desobedeciendo órdenes, avisó a sus superiores que marcharía sobre Buenos Aires, ocuparía el Departamento de Policía y emplazaría piquetes de soldados armados en esquinas estratégicas para imponer la disciplina. Mientras se acercaba, recibió la autorización del ministro para hacerse cargo de la ciudad.

De manera sospechosa, se provocó un apagón en el Departamento de Policía; en medio de la oscuridad, estallaron petardos y se produjo una balacera general. Solo el dinamismo y coraje de Dellepiane pusieron fin a esa situación caótica, finalizó el tiroteo y fue devuelta la tranquilidad a la ciudad.

Como por arte de encanto se terminaron los anarquistas, los cosacos, y los jóvenes bien que formaban la Liga Patriótica y habían tomado en sus manos organizar una represión tan absurda como patética.

- Yo también tengo la misma percepción de esa semana – manifestó Borges -. Quizás sea una coincidencia ideológica, tal vez una asociación social o

una mera conformidad clasista; lo cierto es que la ciudad de Buenos Aires estuvo en vilo durante esos sucesos y la llama del desborde a punto de expandirse en forma irremediable.

- ¿No habla eso de la psicología de masas, tan sagazmente observada por Ortega y Gasset? – dijo Hardoy, encubriendo en la pregunta una sutil afirmación -. Con la profundidad de análisis que le era común, ya Pellegrini lo había señalado con motivo de la huelga feroz de 1902. Decía el Gringo – palabra más, palabra menos, como diría usted - que « ...todos los conflictos sociales comienzan de la misma manera: con un reclamo, en general, muy justificado. Aparecen después los interesados en politizar la protesta, sigue la provocación y continúa una represión poco feliz. Tal vez, en el medio aparece un muerto y la cosa ya no tiene solución. Pero entonces es cuando el Estado pierde la noción de sus obligaciones: el primer deber que tenía era poner orden, aplicar la ley, y si alguien hubiera cometido un delito ejercer sobre él la acción judicial que corresponda. Ahora bien, cuando el orden ha sido recuperado (sin cuya vigencia todo lo demás es inaplicable), tiene que buscar a los responsables del abuso, si los hubo, y caerles con toda energía. No es justo que alguien se beneficie a la sombra de la autoridad del gobierno». Dicho sea de paso, Pellegrini, en ese momento se refería al reclamo inicial ¿Qué había de injusto que en el puerto un hombre se negara a

levantar una bolsa de 100 kilos, más que su propio peso? ¿Es moralmente reprochable que alguien exija que la bolsa pese "sólo" 75 kilogramos? Por otra parte, a los sectores laborales siempre se les había pedido que cooperaran con el esfuerzo que hacía el país para salir adelante. Hacia 1902, la prosperidad tocaba a la puerta de los habitantes de la Argentina, ¿era injusto que también esos sectores quisieran participar de la bonanza general?

- Yo estoy de acuerdo, pero convengamos que usted, con ese enfoque, parece un socialista - dijo con tono irónico Borges -.

La cara de Hardoy reflejó la seriedad de la respuesta cuando dijo:

- Sin embargo nunca lo he sido, ni siquiera en mi juventud, cuando un muchacho abraza esa ideología, precursora de su posterior inclinación conservadora. Al contrario; he pasado mi vida aterrorizado, temiendo que mis vaticinios fueran errados y llegara el triunfo final del socialismo soviético. Cuando alcancé la vejez pensé mucho en Ortega, en su «rebelión», cuando anticipaba que las masas harían escuchar el bramido de su reclamo.

No hizo falta esperar al famoso «jueves negro» de octubre de 1929; en el mundo entero se levantaron las barreras ante el empuje de todos los

desheredados en busca de una justicia social que se les negaba inexorablemente. Ya en 1921, Matías Sánchez Sorondo, refiriéndose a la asunción de Hipólito Yrigoyen a la presidencia, habló de un «plebiscito» que se había puesto en marcha entre nosotros. En realidad sin saberlo estaba profetizando la marea irrefrenable del peronismo que llegó al poder 25 años después.

-Pero el peronismo atrajo lo más reprobable del ser humano – alegó Borges - la «bronca», el resentimiento, el ascenso de los inferiores.

Como si estuviera ante un auditorio anhelante, Hardoy reflexionó:

- Sin embargo, todo debe ser analizado partiendo de un fenómeno de masas, percibiendo los pliegues subterráneos que hacen obrar de una manera determinada a las sociedades en su conjunto. Al término de la «semana trágica», que había comenzado con un conflicto común en los talleres de Vasena, cuya solución habría sido sencilla si el Gobierno hubiera actuado con cauta autoridad, todo hacía suponer que la factura le sería presentada al señor Yrigoyen. Sin embargo no ocurrió así; como una muestra del misterio que envuelve la política (y el “fenómeno de masas”, como hemos dicho antes), en las elecciones que se realizaron de inmediato, Yrigoyen mantuvo el prestigio y la popularidad, El partido Conservador de Buenos Aires, esa gran fuerza política que había sido fundada en 1908

a instancias de Figueroa Alcorta, fue ampliamente derrotado. Vaya lo dicho para juzgar la acción de masas, de caudillos y la reacción de los pueblos.

- No hay dudas que el dominio de ese misterio, - replicó Borges - ese « romance » que hace posible que un hombre sepa interpretar los instintos generales de la muchedumbre, es la clave para convertirlo en caudillo. Los grandes condotieros de la antigüedad, los célebres jefes a cuyo destino se entregaron con mansedumbre poblaciones íntegras, esos individuos que tuvieron aptitud para que el público con gusto se sometiera a tormentos y privaciones bajo su mando, tenían un enlace secreto e instintivo con sus conducidos. Algunos de sus seguidores hasta estarían en condiciones de ofrecerle el bien que con más instinto un individuo puede defender: la vida.

- Digamos, sin embargo - acotó Hardoy - que salvo excepciones, esos conductores han sabido templar con acierto la cuerda de la demagogia. Fueron muy pocos los que no recurrieron al halago de las bajas pasiones, a la exaltación de los peores instintos del hombre. Para no hacer nombres, que desnaturalizarían el sentido de esta reflexión, lo invito a pasar revista mental de los caudillos que podrían estar adaptados a este perfil; en todos los casos encontrará ingredientes que sirven para aplicar a ese sujeto; lo cual, sin embargo no contesta la observación inicial. Algo tienen

para lograr tantos incondicionales.

- Usted – acotó Borges - ha sido identificado como una personificación indiscutida del conservadorismo tradicional. Y cuando un observador distante como yo piensa en los conservadores, lo hace imaginando dos supuestos. Por un lado las gestiones históricas, que se entrelazan con la Argentina-promesa, la que atrajo inmigrantes de Europa, construyó ferrocarriles por todo el país y a la que de manera vulgar se la llamó «el granero del mundo». Sin duda alguna, Roca personifica este período, el que sus detractores llamaron de la «oligarquía vacuna». Ese conservadorismo es «nacional», por darle un nombre. Después de un interregno, esas ideas reaparecen, pero los conservadores «conservadores», es decir, los que se consideraron a si mismos genuinos, lo hicieron representando a la provincia de Buenos Aires. Tal vez hayan sido los sucesores de Ugarte.

Usted, que es una típica encarnación de los sectores más tradicionales de esos conservadores de Buenos Aires, ¿cuánto de su trayectoria atribuye a la influencia familiar, a las cercanías sociales con abanderados de esa corriente o a su propia elección?

- Vayamos por partes, contestó Hardoy. Hablamos primero de los gobiernos anteriores a 1916 (fecha en la que ganó Yrigoyen y donde el gobierno de la Argentina patricia terminó). No puedo sino

descubrirme ante esa nación “de la Generación del ‘80” y “del Centenario”, como podría llamársela.

El que se instaló a partir de 1930 fue un poder que procuró devolver al país la grandeza que había perdido, sobre todo, después de concluir el gobierno de Alvear. Digamos que ese período, si bien fue gobernado con patriotismo y capacidad, no percibió el “fenómeno de masas” de que hablamos antes, y en el fraude tuvo sepultura cultural e histórica. Por supuesto, en ese largo período, que superó la década, comenzó mi militancia. Si bien con los años fui un crítico cerrado del fraude, reconozco y me arrepiento de haberme servido de él y gozado de sus beneficios. He pedido perdón por algunas barbaridades que se cometieron y, cincuenta años después, me he disculpado ante la tumba de Alvear – como ya le dije – por haberme sumado a quienes le negaron el derecho a ser candidato a presidente en la década del ‘30.

¿Cuál fue la raíz de mi militancia? Por supuesto, las ideas que sostuve las digerí inicialmente en mi propia casa: mi padre y toda la familia de mi madre abrevaron en la ideología liberal-conservadora; no puedo negar la influencia que su pensamiento tuvo en mi formación.

Con un dejo de picardía, dijo Borges:

- Me parece visualizar en el Hardoy

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

intelectual, ávido de la buena lectura, admirado exponente de la inteligencia nacional, un hombre que sólo tuvo ante sí la posibilidad de optar por ideas que encuadraban en su ámbito familiar y social ¿me equivoco?

CAPÍTULO 5

Esa Década de Infamia

En un libro que publicó en 2002 (“Crítica de las Ideas Políticas Argentinas”), Juan José Sebrelli – un hombre procedente de la izquierda nacional – decía, no sin un dejo de fina ironía, que si se utilizaba la denominación ‘década infame’ para identificar a los gobiernos que se habían ejercido entre 1930 y 1943, ¿qué calificación se reservaba para los posteriores?

Se sabe que fue un oscuro periodista proveniente del nacionalismo, quien tuvo la fortuna de “inventar” la definición de década infame para el período que se inició con Uriburu. Esas ocurrencias, como la anterior y desusada de “régimen falaz y descreído”, fueron útiles para designar una etapa - aún cuando se tratara de meras expresiones sintácticas - tan reñidas con la realidad como fecundas para su utilización en la barricada. La mera confrontación de esas frases con los datos históricos de que se dispone, acerca las expresiones al disparate.

¿Cuándo se vivió mejor en la Argentina? ¿Fue

en el Centenario de 1910 o en el Bicentenario de 2010? Se dirá que en aquellos años los trabajadores carecían del paraguas legal que obtuvieron, años después, mediante una legislación social progresista y fecunda. Y sin dudas esa reflexión será cierta; pero el mundo desconocía esas normas que de una manera embrionaria la Iglesia Católica procuraba imponer mediante sus encíclicas sociales.

Tan mal no se vivía y trabajaba en ese entonces si se considera que existían los llamados "trabajadores golondrinas" que viajaban desde Europa para participar en las cosechas pampeanas, volver a su tierra de origen con los salarios ganados y mantener a su familia hasta la próxima recolección.

Es verdad que las condiciones de trabajo eran precarias y la "junta" se hacía a mano; que muchas veces se dormía a la intemperie, sin más techo que las estrellas, salvo las noches de lluvia, en que se pernoctaba bajo una lona, que el patrón desplegaba para cubrir las maquinarias, por supuesto.

Pero esos eran tiempos en que no solo faltaba legislación social; aún la inteligencia humana no había realizado los inventos que le permitieron al hombre tener acceso a los grandes descubrimientos técnicos y científicos. El dolor y el sufrimiento igualaba a los individuos; cualquiera fuere el patrimonio económico de una persona no tenía acceso a la anestesia moderna

ni a los antibióticos: en el Centenario, Alexander Fleming era aún un niño.

Comparada con otras naciones – por supuesto del primer mundo, de esas que ahora nos miran por sobre el hombro – la Argentina del Centenario era el Paraíso.

El gobierno de Francia había enviado un sociólogo a Buenos Aires, para efectuar un estudio de campo sobre la realidad social en que se vivía. La conclusión despierta admiración y merecería ser destacada para honra de ese tiempo: decía el experto que lo había sorprendido advertir que los obreros viajaban en el mismo tranvía que quienes no lo eran ¡Y no llevaban un uniforme que los distinguiera como tales! Era normal que en Europa el hijo de un trabajador tuviera el “beneficio” de continuar siendo obrero como lo había sido su padre, pero el precio era que permaneciera y muriera en esa misma condición.

Los gobernantes argentinos de entonces podían mirar hacia atrás sin temor a toparse con el reproche de los próceres; la misión estaba cumplida.

¿Y después de 1930? El mundo había padecido una sacudida impresionante. Los Estados Unidos – ya por entonces la primera potencia del mundo – sufrían una tasa de desempleo que ninguna pesadilla habría podido imaginar. Se inventaron las “colas”: filas

para adquirir combustible, para conseguir empleo, para recibir un plato de comida.

Las naciones se replegaron sobre si mismas y el nacionalismo vivió horas de gloria. Gran Bretaña – la nación que había ganado tanta plata con nuestro país (y con la cual nosotros hicimos grandes negocios y aprovechamos su tecnología) – dejó de comprar carne y granos argentinos. Tironeada por el Commonwealth, suscribió el Tratado de Ottawa, por el cual se obligaba a comerciar únicamente con sus dominios.

De repente, por ese acuerdo, el campo argentino, el sector que siempre había pagado las crisis, cuya producción constituía la principal fuente de divisas permanentes de la nación, se quedó sin cliente. La miseria tocó a la puerta del rico y del pobre. Las cosechas se perdían; era más barato quemar la producción que levantarla.

Para la combustión de las locomotoras se utilizaba maíz, recolectado de la manera más precaria y económica posible. Ni siquiera tenía el valor agregado que, décadas después, ofrecería la soja, con cuyos protos se hace gasoil, utilizando mano de obra y tecnología; por entonces ese “yuyo” era desconocido.

El gobierno de entonces, presidido por Justo, dio muestras de un pragmatismo notable. Liberales consumados, optaron por propiciar políticas dirigistas y

asumieron la responsabilidad frente a la historia de tomar medidas en secreto, sin mostrar las cartas al Congreso, al que escrupulosamente recurrirían después, para someter al veredicto de los órganos de la Constitución las acciones que con valentía y patriotismo habían llevado a cabo. (Aún a riesgo de que, en caso de ser anuladas, la honra de quienes habían impulsado las medidas quedara maltrecha. Para agravio del buen nombre bastaba con la sospecha o la intriga, administrada en dosis generosas por la oposición).

En ese contexto, el vicepresidente Roca viajó a Londres, para firmar el famoso Tratado con Runciman por el cual tantas generaciones denostaron a sus participantes y a quienes los apoyaron. Tan malo no habrá sido para la Argentina, ya que poco después, pudo proclamarse que las consecuencias de la crisis mundial habían desaparecido. La legislación social fue de vanguardia y algunas de esas normas aún hoy se encuentran vigentes.

Hasta la música popular reflejó la vuelta a la producción y el trabajo. Cambiaron las letras de los tangos; no se le hubiera ocurrido a Discépolo describir la amargura de la crisis reflejada en nuestra sociedad; en esa segunda mitad de la "década infame" Farol, Tres esquinas, describían un arrabal de trabajadores, que había reemplazado el suburbio de cuchilleros y malevos por la oscura realidad de las fábricas. Las industrias

estaban de pie, las obreras que concurrían a los talleres aportaban el desfile multicolor de su figura

Dicho sea de paso: durante décadas, el Tratado Roca-Runciman fue signo de entrega de la soberanía argentina. ¿Habría sido premiado Runciman por su "victoria" diplomática sobre Roca? ¡Para nada! ¿De qué victoria hablamos? ¡Jamás volvió a ocupar un cargo público! Fue separado de toda función, sepultado para siempre, como responsable de un acuerdo ignominioso y traidor para Gran Bretaña y sus dominios. ¿Habría que continuar insultando a Roca o será preciso felicitarlo por su patriótico desempeño?

Este pensamiento, que era el de Hardoy, le permitió responder la inquietud de Borges con legítimo orgullo:

- Voy a contestar su reflexión Borges, pero antes, permítame realizar una pequeña digresión. Recién nombró a la oligarquía vacuna. En mi análisis, esa oligarquía no es heredera de las viejas familias patricias que pelearon en la guerra de la independencia o en las luchas civiles. Los personajes que realizaron la hazaña de convertir un país pobre e ignorado por los centros del poder mundial en una república culta y evolucionada, eran, en su mayoría, recién llegados al Río de la Plata. Fueron los que fundaron la Sociedad Rural en 1886, alambraron los campos, instalaron la agricultura, plantaron vides, refinaron por cruza la

hacienda y aprovecharon los brazos de la inmigración masiva para fecundar el desierto y exportar una producción cada vez más voluminosa y adecuada para satisfacer la demanda de un gran mercado de ultramar.

En 1880, con la sanción de la ley que designa la Capital Federal, se produce una inflexión de la historia: a partir de entonces, la Argentina no será más una prolongación de la Colonia, sino al contrario, la que rompe con lo heredado y produce una fractura con el pasado.

- Admitiendo lo que usted menciona - coincidió Borges - no sería casual que el Martín Fierro hubiera sido editado en esa época; como el Quijote, que fue un alarido de la Edad Media por permanecer contra la Edad Moderna que se abría paso, el libro de Hernández habría sido el grito de la Argentina heroica pero atrasada, desesperada por defenderse de un nuevo país, moderno, esforzado - algo cartaginés tal vez - que pujaba por darse su propio perfil. El documento de identidad de ese país fue la Generación del '80. Sin perjuicio de ello, debo reiterar mi opinión: Fierro no fue el arquetipo del gaucho que peleó en las guerras civiles y cruzó con San Martín la cordillera.

- Fíjese - acotó Hardoy - que el 1º de enero de 1872, se produce la famosa masacre de Tandil. Un grupo de paisanos analfabetos se abalanzó sobre la población al grito de "¡Muerte a los masones! ¡Viva la

religión!”.

Por supuesto, ninguno de ellos sabía qué era la masonería, siendo que además, en ese entonces, en Tandil no había masones y ellos eran analfabetos para haberlos estudiado, como se comprobó después. Pronto el grito fue reemplazado: “¡Mueran los extranjeros!” ¡Mire si no fue un alarido contra la inmigración!

Las víctimas más notorias fueron un matrimonio inglés que explotaba un almacén de ramos generales, un modesto italiano organillero y varios integrantes de la colonia dinamarquesa. Buscaron, por fortuna sin éxito, a un gallego carretero que arrendaba un campo: don Ramón Santamarina. La escasa suerte de los asesinos hizo posible que el damnificado pudiera seguir su vida y ella se fecundara en uno de sus hijos, que fue el célebre “don Antonio”.

Traigo ese ejemplo a colación porque el odio fue hacia aquellos inmigrantes cuya prosperidad se verificaba mediante el trabajo y la inteligencia, que ponían en evidencia su gratitud inmensa hacia el país que les había dado esa gran oportunidad de progreso.

El caso se cerró virtualmente con la ejecución del instigador, un santón llamado Solané, pero siempre subsistió la idea de que, detrás del personaje, existían figuras ocultas que estimularon el raid criminal. Al menos, la correspondencia privada de Ramón

Santamarina trasluce el olfato amargo de la traición. Don Antonio Santamarina resultó ser, con el tiempo, un exquisito coleccionista de pinturas, que en gran parte donó al Museo Nacional de Arte y otras de gran importancia al de Tandil; fue intendente de esa ciudad, diputado y senador nacional y presidió por varios años el Partido Conservador de Buenos Aires. Hago referencia a su nombre, porque confirma la tesis que recién expuse: la Generación del '80, la Sociedad Rural, la Unión Industrial, pertenecieron a la llamada «oligarquía vacuna», pero la formaron noveles estancieros e industriales que modernizaron la república y resultaron víctimas de la reacción de los desplazados.

- Por supuesto se de quien se trata en el caso de Antonio Santamarina – agregó Borges; yo personalmente lo traté y guardo una sincera admiración por su exquisita inclinación al arte, aunque personalmente nunca tuve devoción por la estética, derivada de pinturas y esculturas. Y lo digo no sin una cuota de sorpresa conmigo mismo, porque mi hermana Norah fue una distinguida pintora.

- Bueno, yo creo – señaló Hardoy - que don Antonio perteneció a esa segunda colección de hombres importantes que gravitó en la Argentina. Para mi han existido tres corrientes fundamentales. La primera de ellas la compuso la generación heroica, los patricios que fundaron la Patria y aseguraron la independencia.

Después gravitó una segunda oleada, que integraron algunos descendientes de esa casta notable y muchos inmigrantes o sus hijos, que crecieron identificados con la tradición anterior. A esta camada nos hemos referido antes: fue la fundadora de la Sociedad Rural, de la Unión Industrial, deleitaba su solaz en el Jockey Club o el Circulo de Armas y se corporizó en forma visible por medio de la llamada Generación del '80.

A mi juicio, la gravitación de esta pléyade magnífica quedó sepultada con el ostracismo de Marcelino Ugarte, el «petiso orejudo», como lo bautizaron con sorna los radicales, tal vez en represalia por el mote de «peludo» que la Fronda, con tono de burla, le aplicó a Yrigoyen. Con el triunfo de Yrigoyen se produjo la llegada al poder de una nueva clase media, (la tercer corriente) representada en lo fundamental por los “doctores”, es decir, los hijos de los últimos inmigrantes que pedían - con un derecho innegable - una ubicación cercana a los lugares dominantes. Tal vez, la mayor queja contra ellos radique en el escaso reconocimiento que tuvieron hacia una clase dirigente que, con generosidad, les facilitó su ascenso político y social.

La llegada de Yrigoyen al poder - afortunado vencedor en los comicios - con su estilo hierático e impasible, provocó sensibles estremecimientos en la incipiente democracia de masas. Sin embargo, los

ciudadanos que, reemplazando los caballos, se uncieron al coche presidencial quizá no sospecharon que con su conducta daban inicio a una nueva forma de gobierno que fatalmente habría de derivar en el ejercicio de un poder tumultuario y demagógico, paternalista y primario.

- Sé bien cuál fue ese gobierno - dijo con gravedad Borges - y además de víctima, fui su cerrado opositor. Ahora bien; discúlpeme Hardoy, pero este análisis que hace - y al que me lleva - es "intelectual", por decirlo de algún modo; yo quiero escuchar de su propia boca cómo orientó su vocación y cuánto de ello se debió a influencia de la familia, del medio, de su instalación social.

- Vuelvo a decir - respondió Hardoy -; vayamos por partes. Primero deseo hacer el diagnóstico. Hablamos antes que nada de los gobiernos previos a 1916 (fecha en la que el gobierno de la Argentina tradicional terminó). No puedo sino descubrirme ante esa nación "del Centenario", como ya creo haberlo dicho.

El que se instaló a partir de 1930 fue un régimen que procuró devolver al país la grandeza que había perdido y si bien fue gobernado con patriotismo y capacidad, no percibió el "fenómeno de masas" de que hablamos antes y en la prepotencia electoral tuvo sepultura.

Por supuesto, en ese largo período, que superó la década, comenzó mi militancia; y si bien con los años fui un crítico cerrado del fraude, nunca voy a cansarme de decirlo: reconozco y me arrepiento de haberme servido de él y gozado de sus beneficios. He pedido perdón por algunas barbaridades que se cometieron (de las que me siento cómplice) y, aunque con cincuenta años de demora, me he disculpado en el sepulcro de Alvear por haberme sumado a quienes le negaron el derecho a ser candidato a presidente en la década del '30. Todo esto ya se lo he dicho y si lo repito no es por flaquezas cerebrales de una edad avanzada (de la que en este espacio carezco), sino porque en realidad me han obsesionado, al sentirme yo mismo protagonista y usufructuario de esos sucesos.

¿Cuál fue la raíz de mi militancia? Por supuesto, como ya le he dicho, las ideas que sostuve las digerí inicialmente en mi propia casa: mi padre y toda la familia de mi madre. No puedo negar la influencia que su pensamiento tuvo en mi formación.

Mi padre, por ejemplo, fue socio del estudio que integrara en conjunto con José María Rosa y Francisco J. Oliver. Por desgracia, ese acreditado escritorio, que habían fundado en el siglo XIX el padre de Rosa y Juan José Romero (ambos ex ministros de Roca) terminó cuando falleció mi padre atropellado por un camión en las inmediaciones de la Plaza

Constitución. Al poco tiempo murió Oliver y Rosa se dedicó en forma exclusiva a la política. La muerte de papá, además del impacto afectivo sobre nosotros, tuvo una influencia decisiva en el estado económico de nuestra familia. Por si fuera poco, el mismo año de su muerte se liquidó la Cooperativa de Hacendados que había fundado don Santiago Elisagaray y presidiera Celedonio Pereda. Allí yo había empezado a trabajar cuando apenas tenía 16 años y esos ingresos, en una familia que no necesitaba de mi apoyo dinerario mientras vivía papá, me permitían estudiar y hacer política, que, por supuesto, la practicaba en las filas del conservadorismo tradicional.

Debo agregar que sin la ayuda generosa de don Felipe Castro, el caudillo conservador de Lomas de Zamora que me hizo ingresar en la municipalidad, no hubiera podido ayudar a mi familia en ese doloroso momento. ¿Debo agregar algo para justificar mi inclinación política?

- Es como yo lo imaginaba. Sólo quería escucharlo de su boca - sentenció con una sonrisa Borges.

- No obstante, no crea que fui inmune a otras tentaciones - agregó Hardoy. Por ejemplo, el nacionalismo ejerció una inquieta influencia sobre mí y, en mi juventud, Ernesto Palacio, Mario Lassaga y el "Vate" Araya me conmovieron con intensidad.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

- Nunca hubiera imaginado a Hardoy, un espécimen calificado del conservadorismo más liberal - replicó Borges - atraído por una corriente ideológica que fue tan extrema como su antítesis, el marxismo-leninismo que tanto daño causó, en especial a los hombres más jóvenes. También el nacionalismo fue negativo.

- No Borges - dijo Hardoy, acompañando las palabras con un movimiento de cabeza - nunca me sentí cercano al nacionalismo, pero disfruté de la amistad de esos hombres que fueron superiores. En rigor, no me expresé bien; no fue el nacionalismo el que tuvo influencia sobre mí sino la personalidad de algunos de sus expositores. A Palacio, por ejemplo, bastante mayor que yo, lo recuerdo de sus tiempos de novio, cuando absorto y embelesado, contemplaba a quien después fuera su devota esposa. Me parece verlos, sentados en algún banco del parque del famoso Hotel "Las Delicias" de Adrogué. Su obra más famosa fue, sin duda, la "Historia de la Argentina", un libro merecedor del olvido, escrito, me parece, que a desgano. Sin embargo es el más reconocido de su producción, olvidando - a mi criterio con gran injusticia - "Catilina contra la oligarquía" en la que Palacio muestra lo mejor de su vuelo literario describiendo el personaje, cuya imagen nos llegó a través del juicio severo de Cicerón.

Con ánimo resignado y un dejo de

frustración, que no podía ocultar a pesar del lugar donde se encontraban, Borges respondió:

- Por desgracia, ese nacionalismo nunca vio que nuestra asociación con Gran Bretaña fue un gran negocio para nuestra nación y para los ingleses; éstos hicieron una considerable diferencia económica, pero nosotros pudimos traer los ferrocarriles y los banqueros de la rubia Albion, lo que nos permitió poblar el desierto y multiplicar la riqueza pública y privada. En otro orden de cosas, yo también debo señalar que he admirado la belleza literaria de Palacio.

- De ese grupo – agregó Hardoy - he conservado incluso la nostalgia de su humor: irónico, culto, ingenioso, cáustico. He sabido por boca de los mismos protagonistas que mientras Palacio escribía su célebre "Catilina...", Lassaga le preguntó si era cierto que el famoso romano era apuesto, muy rico, inteligente y valeroso y ante la respuesta afirmativa de Palacio continuó: "¿Dices que viajó a Grecia a estudiar filosofía al lado de maestros ancianos?". Otra vez Palacio asintió y Lassaga remató: "¡Por favor, Ernesto! ¡Habrá ido a Atenas a solazarse con las hetairas!"

- Es cierto – reflexionó Borges con una sonrisa; todos ellos han dado muestras de un humor cruel, la mayor parte de las veces, a expensas de ellos mismos. He sabido que el "Vate" Araya alguna vez fue reprendido por su padre (que era un gran señor,

respetable y digno) debido a su falta de aplicación, que desnaturalizaba el esfuerzo paterno. El "Vate" le contestó muy suelto de cuerpo, recomendándole leer el número de Caras y Caretas que debía aparecer a los dos días. Allí fue publicada una poesía suya referida a sí mismo, que en la parte que nos concierne, decía: "Y así mi vida se desliza/ feliz entre almohadones/ agotado por el esfuerzo/ de cien generaciones."

- Siempre me he preguntado - observó Hardoy - si esos hombres de cultura refinada, brillo superior y sarcasmo a flor de piel habrían desarrollado su talento en otro ambiente, que no hubiera sido el provisto por una Argentina espléndida. Fíjese que sólo la gran inteligencia que se les reconocía hizo que fueran inolvidables algunas expresiones que en personas menos cultas habrían sido vulgares y reprobables. Lassaga y Araya, que eran rosarinos, escribieron en una ocasión una famosa "Oda a Rosario"; comenzaban con una espléndida evocación del pasado de la ciudad, pero al llegar al tiempo contemporáneo decían: "... ciudad de Astengo, de Echesortu y de Casas;/ sede del honorable Benvenuto;/ aquí se funden cuatrocientas razas/ pero nunca se funde un gringo bruto". Por supuesto, fueron "invitados" cortésmente a retirarse de Rosario. Como en la antigua Grecia: icondenados al ostracismo y obligados a emigrar a otra ciudad!

Festejó con alegría Borges el relato, pero

expresó de inmediato, con toda seriedad:

- Ese nacionalismo de humor fecundo, culto y de derecha, puede ser dividido en tres grandes grupos: los afrancesados, inspirados en Maurras; los católicos, de raíz hispanista y los deslumbrados por las revoluciones totalitarias, nazi o fascista. El Lugones de sus últimos tiempos ¿en qué grupo podría ser encasillado?

- Creo que la majestad de Lugones merece ser incluida en otra categoría – respondió Hardoy. Me ciño a algo dicho por Julio Irazusta: “Como los partidos de extrema izquierda, [el nacionalismo] sufrió las tentaciones ofrecidas por las revoluciones del mundo, esta vez, hacia la extrema derecha. Su antielectoralismo recalcitrante le hizo rechazar toda propuesta de fundar un partido nacionalista, al estilo tradicional, para ir a las urnas...”. Lugones pagó con su propia vida la angustia de no ver realizada esa utopía.

- Si, yo creo que el afán por llegar a la jefatura suprema – apuntó Borges - como la que ejercían los dictadores en boga en Europa hizo estragos entre los jefes de ese grupo. La idea de copar un movimiento ajeno o un régimen (como el de Perón, según intentaron algunos de los integrantes de FORJA, por ejemplo) les hizo olvidar que esos hombres fuertes, que tanto admiraban en Europa habían empezado de abajo y triunfado con apoyo popular, más que por obra

de ingenierías alambicadas de raíz maquiavélica. Irazusta decía también – con esa elegancia literaria que tenía – que como ese nacionalismo no tenía domicilio político fijo, cuando la historia fue a buscarlo descubrió que carecía de señas para encontrarlo.

Hardoy decidió retomar el hilo de su propia confesión:

- Mire Borges, no voy a esquivar el bulto omitiendo los orígenes de mi militancia. Desde fines de 1927 hasta los primeros meses de 1936, cuando fui elegido diputado nacional por primera vez, terminé el colegio secundario, me recibí de abogado y... lo más grave de todo: se consumió mi juventud. Casi no tuve adolescencia. Como le decía, gracias a Castro ingresé en la municipalidad de Lomas de Zamora y, poco después, fui designado para integrar, como asistente, una Comisión Honoraria que presidía Juan Vilgré Lamadrid, destinada a estudiar las reformas aconsejables a la Constitución Provincial. Vilgré (famoso por ser una persona bondadosa y buen catador de hombres) fue designado ministro de Gobierno y me llevó con él de secretario privado.

Cuando finalizó su breve mandato (por la caída del gobernador Federico Martínez de Hoz), pasé a desempeñarme como una especie de subrelator en la Fiscalía de Estado y tuve la fortuna de conocer a tres grandes fiscales, de distinto estilo y formación, pero

todos verdaderos sabios que ejercieron una notable influencia sobre mí. Ellos fueron Juan Silva Riestra (el deportivo descendiente de Norberto de la Riestra), Juan E. Solá (un erudito del derecho civil, gran señor, excelente amigo, elegante y seductor, en especial de las damas) y Gabino Salas, ex ministro de Ugarte, brillante legislador y eximio camarista; solía recurrir a la ironía y enarbolándola como una bandera, exclamaba, por ejemplo, que no violaba la "ley de residencia" viviendo en Buenos Aires en lugar de hacerlo en La Plata, porque, según él, aquella era "la verdadera capital de la provincia". Dominaba en forma minuciosa el código civil y la doctrina de Vélez, aunque se proclamaba ignorante de esa disciplina; solía decir, también, que un buen juez del crimen debía haber estado preso por lo menos dos años. "Yo nunca lo estuve – exclamaba con alegre ironía – pero, ¡vaya si lo merecía! Por eso fui un excelente juez".

Ese fue el medio familiar, laboral y social en el cual tuve acogida y desempeño ¿Fueron mis ideas las que me llevaron a acercarme a él?, o al revés, ¿el medio influyó para que germinaran aquellas? Nunca me detuve a analizarlo. La correspondencia entre mi entorno familiar, mis propias ideas, la vida social y las oportunidades de trabajo sucedieron como un camino doble, que invitaba a ser transitado en ambas direcciones.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

Pero si a esta altura me preguntaran, proclamaría sin vacilaciones que con defectos y virtudes he sido siempre un conservador orgulloso de sus ideas y su pasado.

CAPÍTULO 6

Dios

Tratando los aspectos más elevados de esta larga conversación, ambos abordaron uno de los temas más controvertidos, que asaltara sus inteligencias en la vida terrena y los enfrentara a vericuetos de difícil recorrido. A boca de jarro, Borges preguntó:

- ¿Usted tiene sueños, Hardoy?

- Por supuesto – respondió el otro. Algunos vanos, otros que me mancillan el alma al no concretarse. Sueño con un país grande, con el gobierno de los mejores, con el desprecio por la demagogia y la condena del latrocinio. He soñado tanto con el país del Centenario que no alcanzo a descubrir qué parte de ellos son sueños y cuando comienza el deseo o la esperanza.

- Yo, en principio, me refería a otro tipo de sueños – dudó Borges. A los que acometen nuestro reposo y se desvanecen en el amanecer, cuando el recuerdo hace mezclar la fábula de lo que en efecto se soñó y la imaginación de lo que uno cree haber soñado.

Viene esto a cuento – continuó – para aquellos escépticos que me atribuyen un agnosticismo a ultranza y consideran que mi inclusión en el Cielo es una mera intrusión, como si mi presencia fuera la invasión de un lugar que usurpo. El senador Boecio – a mi juicio, el último romano – solía referir un sueño que sin duda sirvió de inspiración al Dante.

Decía Boecio que, cuando despertaba, recordaba al espectador de una carrera de caballos. El espectador estaba en el hipódromo y desde su palco veía los caballos y la partida, las vicisitudes de la carrera, la llegada de la cabalgadura vencedora a la meta.

- Boecio no solo inspiró a Dante Alighieri – acotó Hardoy – sino que a él (entre otros factores) se atribuye la fe que iluminó al poeta.

- A eso quiero llegar. Pero Boecio sueña otro espectador; éste es espectador del espectador y además espectador de la carrera: es previsiblemente, Dios. Yo agregó (y lo he escrito en mi vida mundana) que Dios ve toda la carrera en un solo instante de su eternidad: el arribo de los potros a la cinta, la largada, las alternativas, la llegada. De un solo vistazo lo ve todo, como también advierte toda la historia universal; de ese modo, Boecio salva las dos nociones: la del libre albedrío y la de la Providencia. Igual que el espectador, Dios ve toda la carrera y, como él, no influye en su

resultado, del mismo modo que no incide en nuestros actos. Nosotros obramos libremente, pero Dios ya sabe cual será nuestro destino final, del mismo modo que sabe quién será el vencedor de la carrera. A mi juicio, así ve Dios la historia universal; lo ve todo en un solo, espléndido, vertiginoso instante que es la eternidad.

La tesis medieval me indujo a sostener la infinitud de Dios, que hacía posible que todo y nada se conjugaran en una sola mirada omnipotente. El principio neoplatónico que se elaboró en la Edad Media (Edad que, no obstante tantas calumnias, nos dio la idea de un texto capaz de múltiples lecturas) sostenía la necesidad de descifrar las leyes que rigen la estructura del universo. Debo confesarle que intenté, vanamente, encontrar sus claves, aunque, en la intimidad, dudaba que ellas en realidad existieran.

Tal vez por eso pretendí en Nueva Refutación del Tiempo acometer contra esa prisión trágica de nuestra existencia mundana como son el tiempo y el espacio. La futilidad de pretender desentrañar la eternidad y el infinito (lo que nos conduce necesariamente a encontrarnos en medio de un laberinto) procuré desarrollarla en la Biblioteca de Babel, que representa lo absoluto, es decir, la acumulación de todos los textos que encierren lo que es posible conocer (lo que, por supuesto, es imposible de comunicar a los hombres, que son una mera expresión

de la limitación).

- Le aclaro, Borges – coincidió Hardoy - que yo comparto esa visión de la omnipotencia divina y también que el hombre, como las naciones, está provisto por Él de suficiente libertad como para construir su propio devenir. Ha existido un planteo acerca de la omnipotencia de Dios: en una carta que le escribiera Pier Damiani a Desiderio, abad de Monte Cassino, alrededor del 1000 y pico, elabora un texto que se ha llamado De divina Omnipotentia. Allí señala que le ha escuchado decir a San Jerónimo que a pesar de su omnipotencia, Dios no puede devolver la virginidad a una mujer que la ha perdido: "si Dios es omnipotente, ¿puede hacer que lo que ha sucedido no hubiera sucedido?" La reflexión se lleva al caso de Roma; no hay dudas que si Dios lo desea, puede destruirla. Ahora bien: ¿puede decidir que el gesto de Rómulo y Remo fuera inexistente y que su fundación nunca ocurrió? Yo creo que la respuesta está en la libertad que el mismo Señor le otorgó al hombre; Damiani lo dice con palabras tremendas: "¡... hombres vanos, sacrílegos negadores del dogma, que oponen frívolas discusiones a quien camina con simplicidad...!"

Vea, sino, el ejemplo de nuestra misma patria: de nación rectora, objeto del deseo de los hombres que se sentían desheredados del mundo, a inscribir su nombre entre los países más despreciables,

donde la corrupción carcome sus vísceras y la pobreza la ha hecho descender a los niveles más subrasantes del universo. Todo eso ha ocurrido merced a esa libertad que tuvo, aún para degradarse. Como argentino que amó con pasión a su patria he visto con dolor el uso que se hizo de la libertad que Dios le dio. Sólo me queda confiar en que su misericordia infinita la beneficie con los dones de su Providencia dándole otra oportunidad.

Decía Aristóteles que "no hay más bondad – yo agregaría 'e inteligencia' – en el género humano - continuó Hardoy - que la que Dios quiere otorgarle por la misma virtud de Dios y por Su amor y condescendencia. Y esto es así porque el hombre nació perverso y no puede librarse de las redes de la iniquidad sin la ayuda de Dios por mucho que se esfuerce o por mucha que sea su voluntad".

Mire, Borges, ese gran rey que tuvo Babilonia y se llamaba Hammurabi, hizo inscribir en su inmortal código: "¿Cómo puede librarse el hombre del mal que lleva en sí mismo? Por la contemplación de Dios, por la penitencia y el arrepentimiento; por la confesión de sus pecados: en definitiva, sólo gracias al poder de Dios. Algún día el propio Dios se manifestará a la vista de los hombres encarnado como un hombre más".

Dígame Borges ¿no es maravillosa esa referencia? ¡Hammurabi reinó 2000 años antes de la venida de Jesucristo! En eso creo que la cultura, lejos

de fomentar la incredulidad, impone a la inteligencia el uso de la razón para encontrarse con el mensaje de Dios. Y la compasión del Creador se evidenció no sólo en que envió a su propio Hijo a adquirir forma humana para lavar los pecados del hombre, sino que, al haber perdido éste el estado de gracia, quedó condenado a la muerte eterna de la que únicamente pudo ser redimido por medio de aquella. ¿No fue acaso eso mismo lo que dijo Aristóteles, a quien recién citara?

- A veces me he preguntado si Dios – dijo Borges como pensando en voz alta - de manera deliberada, no redujo el reconocimiento del Mesías a un acto de fe. Isaías escribió: "¿quién creerá que lo hemos oído? ¿a quién fue revelado el brazo de Yavé?". Las Escrituras decían que nacería entre los judíos, pero esas mismas profecías advertían sobre la incredulidad de muchos. Debo decirle que yo también estoy adscrito a esa tesis; descreo, por lo tanto, de la opinión de Dunne, quien imagina que cada uno de nosotros posee una modesta eternidad personal, que utilizamos al dormir todas las noches. Según él, a cada hombre le está dado, con el sueño, una pequeña eternidad personal que le permite ver su pasado cercano ... y también su porvenir más próximo. Lo que pasa es que según Dunne, el soñador ve todo esto de un solo vistazo, de modo similar al que Dios, desde su vasta eternidad, de una sola mirada ve todo el proceso cósmico.

La desorganización está dada en la ciudad o en el sueño; yo, por eso, he elegido el laberinto para representar lo opuesto. En el laberinto existe alguna distribución; es el lugar del caos, el ámbito que contiene a muchas representaciones homólogas del caos, la muerte, las tinieblas, la enfermedad, el dolor, la ignorancia, la noche, el sueño. Pero en el laberinto existe una cierta organización, una mínima simetría.

¿Qué sucede al despertar? Como estamos acostumbrados a la vida sucesiva, damos forma narrativa a nuestro sueño, pero él ha sido múltiple y a la vez simultáneo: no podemos relatarlo.

Alguna vez lo escribí y he debido acudir a la ficción para referirme a ellos, pero tratando que fuera accesible a la comprensión, aún cuando importara una verdadera reflexión metafísica. Las ruinas circulares vienen a contar que el sueño es la verdadera realidad. En el relato de ese cuento, un hombre sueña con otro hombre al que idealiza, pero al despertarse, su creación desaparece y el propio protagonista descubre que él es también un producto imaginario del sueño de otro soñador.

Lo que he tratado de significar es que, de ese modo, para el salvaje o para el niño los sueños son un episodio de la vigilia; para los poetas y los místicos, es posible que toda la vigilia sea un sueño.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

- Esto lo dice, de una manera más seca y lacónica, Calderón de la Barca: "la vida es sueño" – comentó Hardoy.

- También, con una imagen insuperable, Shakespeare, agregó Borges: "estamos hechos de la misma madera que nuestros sueños". Y de una forma espléndida el poeta austríaco Von der Vogelweide, quien se preguntaba: "¿He soñado mi vida, o fue un sueño?"

Hardoy, sintiéndose como transportado con el giro que tomaba la conversación, dijo:

- Lo que pasa es que el problema de la eternidad va acollorado con el de la inmortalidad, que aún en el plano inconciente es una aspiración permanente del ser humano.

- En este tema pienso – señaló Borges - de manera similar a Williams James (el único filósofo norteamericano de importancia y que con su pragmatismo iluminó y justificó la conquista del oeste) cuando declara que es un problema menor; y, de hecho, en "Las Variedades de la Experiencia Religiosa" apenas le dedica una página al tema. James dice que el problema de la inmortalidad personal se confunde con el problema religioso y agrega: "... para el común de la gente, Dios es el productor de la inmortalidad...".

- Del mismo modo pensaba don Miguel de Unamuno.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

- Si – dijo Borges en tono risueño – pero me hacía gracia algo de Unamuno: aclarando que solo Dios es el ser capaz de producir la inmortalidad, agregaba que si él viviera varios siglos desearía seguir siendo Miguel de Unamuno. ¿Se imagina Hardoy, tamaño aburrimiento? ¡Por supuesto que yo no habría querido continuar siendo Jorge Luís Borges! Si San Agustín no hubiera existido (para afirmar que somos un individuo único, creado así por la omnipotencia de Dios, cuya alma espera el Juicio Final) tal vez mi deseo ocupara el lugar de una flor o un tigre...

Mire Hardoy, algunas cosas quedan grabadas para siempre en la memoria humana y aún se recuerdan en este ámbito celestial. En cierta ocasión, vino mi hermana Norah a casa y me dijo que pensaba pintar un cuadro que se iba a llamar “Nostalgias de la Tierra”, cuyo contenido sería lo que siente un bienaventurado cuando está en el Cielo. Ella lo iba a pintar con los elementos que memorizaba del Buenos Aires de su infancia. Yo había escrito algo de contenido similar, apoyando la doble condición: (humana y divina) de Jesucristo. Lo imaginaba recordando un día de lluvia en Galilea, el aroma que guardaba de la antigua carpintería, y algo que es propio de la tierra y no se ve igual en el Paraíso: la contemplación de la bóveda estrellada, que Jesús habrá admirado (admirado de sí mismo) desde su condición humana.

Pero debemos obrar con cuidado, porque es posible que para alentar el ingenio terrenal, conjeturemos alguna herejía.

Pongo por caso un inolvidable poema de Dante Gabriel Rossetti: se trata de una muchacha que está en el Cielo y se siente desdichada porque su amante ha quedado en la Tierra y lo extraña. Pasa el tiempo y su amor no viene; más aún: no vendrá nunca porque ha pecado y su destino no ha sido el Cielo; ella continuará esperándolo por siempre. Decía James que la inmortalidad del alma corresponde menos a la filosofía que a la teología (por lo menos a algunas, agregaría yo). Este callejón sin salida tiene una aparente solución (si el hombre a través de la fe no espera el encuentro con Dios como recompensa final): la trasmigración de las almas, que es una respuesta poética y por supuesto, más seductora que la otra, aunque naturalmente inexacta, como expresara San Agustín. La poesía nos permite imaginar que en la reencarnación seremos D'Artagnan, Sócrates, o una rosa.

- Pero ya hemos dicho que San Agustín - reflexionó Hardoy - destruyó la idea de la trasmigración de las almas. Un antiguo amigo mío, Carlos Pedro Blaquier, decía que el Pecado Original rompió la Alianza de Dios con el hombre, pero el Padre envió a su hijo a la Tierra para que con su muerte en crucifixión perdonara aquel pecado y estableciera una Nueva Alianza. Y

agregaba (creo que con una cuota indudable de ironía) que esa era una característica de las antiguas divinidades, que requerían sacrificios humanos para aplacarse.

La impresión de que mi amigo utilizara la sorna para expresar ese pensamiento la fundo en que con absoluta convicción afirmó que Jesús había muerto en la Cruz por todos los hombres, para el perdón de sus pecados, lo que hace suponer que todos los seres humanos, aún los no bautizados, serán recibidos en el Cielo. No fue un "sacrificio humano" (como entiendo decía con sarcasmo Carlos Pedro) sino el acto maravilloso de la Redención.

Borges, usted ha nombrado a Sócrates - continuó Hardoy. Quizá lo más admirable del diálogo que escribió Platón fue la reflexión de Sócrates el día que habría de beber la cicuta. Sentado en la cama, se refriega las rodillas porque le han sacado los grillos que lo encadenaban. Dice: "Qué raro. Las cadenas me pesaban; eran una forma de dolor. Ahora siento alivio porque me las han sacado: el placer y el dolor van juntos, son dos gemelos". ¡Qué admirable! En el último día de su vida, no dice que está por morir sino que reflexiona: el placer y el dolor van juntos. A mi juicio, este es uno de los momentos más conmovedores de toda la obra de Platón: nos muestra a un hombre valiente, que está por morir y no habla de su muerte

inmediata.

- Luego sobreviene uno de los instantes más estremecedores – agregó Borges -: Sócrates dice a sus discípulos que debe tomar el veneno ese día y se genera una discusión apasionante. Sócrates les informa que existen dos sustancias: el alma y el cuerpo y que aquella puede vivir mejor sin el estorbo de éste. (Para la doctrina de ese tiempo, el cuerpo era la cárcel de la psiquis).

Esto me recuerda un mito que me conmovió: se decía que Demócrito se había arrancado los ojos para poder pensar mejor, para que el mundo externo no lo perturbara. ¡Esa anécdota no puede superar los umbrales de la fantasía! Dígamelo a mi, que en mi existencia humana tuve el placer de los libros ... y la amargura de la noche.

- Yo, por mi parte – dijo Hardoy - puedo recordar a Dante, que decía estar “en la mitad de la vida”, haciendo mención a las Sagradas Escrituras que la estimaban en 70 años (en nuestra existencia mundana ambos superamos con holgura ese límite). Yo deduzco, por una simple regla aritmética, que Alighieri tenía en ese momento 35 años; según él, la conciencia del hombre tiene anhelos, esperanzas, apetencias, temores, que no se corresponden con la duración de la vida. Tal vez, pensando en esto, Santo Tomás dejó esa sentencia tremenda: “La mente espontáneamente desea

ser eterna, ser para siempre”.

- Si, pero podríamos responder que desea otras cosas también; muchas veces anhela cesar - dijo con agudeza Borges. De otra manera, ¿cómo se explicaría el suicidio?

- Lo que ocurre es que al temor de vivir y al miedo de cesar se le contraponen su reverso: la esperanza - refutó Hardoy.

- Pero el ansia de vivir para siempre – agregó Borges - no es necesaria para realizar las expectativas trazadas en la existencia humana. Yo personalmente, no la deseaba (la eternidad) y al contrario, la temía; me parecía espantoso pensar que iba a continuar, en que iba a persistir siendo Borges. Le confieso, Hardoy, que estaba ya harto de mi mismo, de mi nombre y de mi fama y la muerte física era la liberación de ese peso.

- Usted podría repetir a Tácito: “No con el cuerpo mueren las grandes almas”, pero si lo hiciera estaría confrontando a Dios, para quien todas las almas son iguales y todas tienen como destino final la eternidad - dijo Hardoy con tolerante sinceridad.

- Estoy de acuerdo – coincidió Borges - Tácito creía que la inmortalidad de las almas era un don reservado a algunos y, por lo tanto, no le atribuía ese derecho al vulgo. Sostenía que ciertas almas ganaban el derecho a ser inmortales y que, después del Leteo

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

socrático, merecían recordar quiénes habían sido.

Goethe retoma este pensamiento después de la muerte de su amigo Wieland: "Es horrible suponer que haya muerto inexorablemente". Cree en la inmortalidad personal de Wieland, no en la de todos.

Con una poesía maravillosa (que en forma textual no recuerdo), Lucrecio le decía al lector que no se condoliera porque le faltaba todo el porvenir; lo inducía a que pensara que, sin embargo, con anterioridad, había existido un tiempo infinito. "Que cuando naciste ya había pasado el momento en que Cartago y Troya guerreaban por el imperio del mundo. Sin embargo, ya no te importa; entonces, ¿cómo puede importarte lo que vendrá?".

- Hace un instante, Borges – agregó Hardoy – usted me preguntó si tenía sueños. Y yo, incapaz de olvidar mi antigua condición humana, le respondí en tiempo presente; en rigor de verdad, tendría que haberle contestado que los tenía, pero en mi vida humana, en la Tierra.

Ahora, en la neutralidad de este espacio, debo decirle que los teólogos definieron la eternidad como la simultánea y lúcida posesión de todos los instantes, pasados y venideros, y anticipaban que se trataba de uno de los atributos de Dios. Dunne, a quien usted citó momentos antes, señalaba (a mi juicio con

error) que ya estamos en posesión de la eternidad y que nuestros sueños lo corroboran. Según él, en ellos confluyen el pasado inmediato y el porvenir limítrofe. Dice que en la vigilia recorremos a velocidad uniforme el tiempo sucesivo y en el sueño, en cambio, abarcamos una zona que puede ser muy amplia; es decir: soñar es coordinar los vistazos que suministra esa contemplación y urdir con ellos una historia.

Es claro que esa historia suele ser disparatada. He soñado, mientras integraba el Congreso Nacional, que ese Parlamento se encontraba en Europa; no importa el país. Más aún; en la nebulosa que precede el despertar, me imaginaba formando parte de ese Parlamento integrado por miembros de distintos países, que existieron en diferentes épocas. Allí estaban Castlereagh y Churchill, mezclados con Clemenceau y Gambetta, con Ferri y Cavour, con Bixio y Canning. Ese sueño lo registré en distintas ocasiones y en ellos me sentía empequeñecido, incapaz de articular palabras y, menos aún, elaborar un discurso. Mantuve en silencio ese sueño que homologaba en mí contra una absoluta incapacidad oratoria y ahora pienso que puedo proclamarlo: era un mensaje de Dios, que me informaba sobre las limitadas posibilidades de mi inteligencia y los alcances reducidos de mi condición humana, sujetas ellas a las circunstancias, como diría Ortega.

CAPÍTULO 7

Los Derechos Humanos

El encuentro entre dos personas de nivel superior no podía eludir la consideración de un tema que ha dividido al pueblo argentino: la guerra fratricida que desataron grupos radicalizados que actuaron durante la vida de nuestros contertulios

Con hipocresía, ánimo revanchista, utilizando en forma desmedida el poder para satisfacer un espíritu de venganza que responda a una guerra militarmente perdida por quienes la iniciaron, un sector del país pareciera haberse apropiado de esos derechos para hacerlos flamear como una bandera. Irónicamente, los portadores de esa ideología fueron, precisamente, quienes desataron la violencia sangrienta en la Nación. Borges, con preocupación, decía:

- Dígame Hardoy ¿usted cree en los derechos humanos?

- Permítame que invierta la pregunta - respondió Hardoy: ¿puede alguien no creer en la vigencia de los derechos humanos? Creo que a este

respecto se ha producido una irónica inversión de las identidades o preferencias; quienes en los momentos clave de la historia abjuraban de esos derechos se erigieron después en campeones de los mismos. Paradójicamente, los que tradicionalmente los tuvieron como estandarte, son señalados como si pendiera sobre ellos una acusación. Pero vuelvo a repetir: esto pasa en especial en nuestro país y no son más que las ironías propias de nuestra existencia como nación. Esa es la razón de todas las confusiones y, tal vez, la llave que permite abrir la puerta a su pregunta.

- Mi inquietud era por esa causa - dijo Borges; quería escuchar de usted lo que para muchos de nosotros resulta una obviedad. ¿Se acuerda que por esa paradoja me fue negado un premio? Después me dijeron que la propia Academia Sueca había reconocido su parcialidad.

- Voy a decirle, ante todo - expresó Hardoy con aire cansado - que hablar sobre esta materia es volver a un tema que me resulta reiterativo y, repito, como una obsesión. En esta disciplina - como en tantas otras - es imprescindible remitirnos a la Constitución de 1853.

Esa Carta fue un instrumento maravilloso, gracias a la cual nuestro país ingresó a la aristocracia de las naciones más descollantes del mundo. (Dicho sea de paso, también fue un importante tratado de paz - como

dije ya en varias ocasiones - pues puso fin al histórico enfrentamiento entre unitarios y federales).

- Eso que dice es cierto –agregó Borges - aunque ya los principales jefes del partido unitario habían aceptado el federalismo. Pongo por caso a Lavalle, un campeón del unitarismo, a la sombra de cuyas banderas fusiló a Dorrego; cuando hizo la campaña del ejército Libertador contra Rosas, levantó al tope de sus legiones la divisa federal.

- Si, pero esos eran los jefes militares – replicó Hardoy - incluso si usted quiere, Borges, puede extenderlo al general Paz; el pensamiento unitario todavía estaba intacto, manifestado por los Alsina, Agüero, Varela, Mármol, Avellaneda. Volviendo al comienzo, es decir, a su pregunta inicial, la Comisión que en el Congreso de 1853 preparó el proyecto de Constitución decía que se había preocupado especialmente por atender este tema.

La coincidencia de Borges fue total:

- Es que, entre otras cosas, gracias al contenido de la sección dedicada a las "Declaraciones..." nuestro país afrontó el inmenso desafío de aceptar masas de inmigrantes. Digamos también que fue afortunada la inspiración en la Constitución de los Estados Unidos, que tanta autoridad ejerció sobre la nuestra; resultó innegable la influencia anglosajona en

ese texto.

- Iría más lejos aún - volvió a la carga Hardoy -. La inmigración (que no fue irrestricta) formó parte de un plan estratégico: fue concebida como una de las palancas del desarrollo y esa fue una de las causas por las cuales se redactaron esas "Declaraciones". Para que todos los habitantes del mundo que decidieran ingresar a la Argentina supieran que habría una Ley Suprema que les brindaría protección y daría a sus negocios y derechos seguridad jurídica (y una Corte de notable prestigio, sabiduría y contenido de justicia), imprescindible para que resultara atractivo venir al país. También para que supieran que debían atenerse a sus leyes; que estas no estaban de adorno. Por eso, no debe minimizarse la injerencia de Alberdi; fue genial su visión acerca de que el desarrollo, por ese entonces, dependía de la inmigración europea.

Vea Borges, ya por ese tiempo – continuó Hardoy - Pellegrini le había recriminado a Roosevelt (Teodoro) que a nuestro país únicamente llegaban los inmigrantes que no habían conseguido entrar a Estados Unidos. "Solo nos llega lo que ustedes descartan", decía el Gringo un poco en serio y otro poco para apurar al presidente norteamericano. Pero Roosevelt le señaló que con la política que venía aplicando el país, muy pronto esa inmigración se convertiría en una oleada irrefrenable. Y así fue, gracias a Dios.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

- La Ley Suprema y el indudable prestigio del Poder Judicial se encargaron de hacer el resto – acotó Borges.

- Es que sin una Corte ejemplar y “enamorada de la Justicia” – insistió Hardoy – los derechos humanos – como todos los derechos individuales – se convierten en letra muerta. Los constituyentes de 1853 se preguntaban: “¿cómo hacer para que el gobierno federal proporcione a la Nación respeto y reputación exterior, paz intestina y desenvolvimiento del comercio, de la industria y de la población?”. Y de inmediato, la Convención Constituyente les dio respuesta: para eso estaban “los medios consagrados en las ‘Declaraciones y Garantías’”. Y la verdad es que esos hombres acertaron con el procedimiento, pues la inclusión de este capítulo, unido por supuesto al control que ejerció siempre la Corte Suprema de Justicia, ese gran “vigilante de la Constitución”, quedó asegurada la convivencia civilizada que permitió el progreso impresionante de que gozó la nación.

- Por eso, Hardoy – sentenció con nostalgia Borges – es interesante observar cómo a través del tiempo son siempre las mismas fuerzas las que intervienen en la lucha política y social. Sus rótulos varían; toman otros nombres, van al combate con diferentes banderas, pero a poco que se profundice el

análisis se advierte que el conflicto es sustancialmente igual. .

- Fíjese que en la actualidad ya no son el autócrata que se amparaba en el derecho divino, ni el caudillo bárbaro que se jactaba de despreciar los principios y la ilustración. Ya no son ellos, como en los siglos XVIII o XIX – Hardoy se había entusiasmado y volcaba los conceptos sin solución de continuidad – los que dan batalla contra románticos y liberales. En los tiempos modernos, el monarca autocrático y el caudillo feroz han sido reemplazados por los que invocaban la representación de las masas, quienes siempre hacían flamear banderas de doctrinas políticas totalitarias o concepciones sociales colectivistas. Ellos fueron los nuevos enemigos que lucharon contra los defensores de los derechos del individuo, de las formas democráticas tradicionales y de la libre actividad económica. En una palabra: son los eternos enemigos de la libertad. .

- Lo que ocurre, Hardoy, es que nadie, de buena fe, sin concesiones falaces a la demagogia, puede discutir hoy que el hombre como tal, como persona, como ente moral y jurídico, digamos, es quien cuenta en definitiva – señaló un Borges que a esta altura sentía el contagio de la pasión que rebalsaba a su interlocutor -. Lo que es realmente paradójico es que aún los más exagerados partidarios del predominio de la sociedad y del Estado frente al individuo, se justifican a si mismos

invocando y proclamando una mentira: son tan audaces como para afirmar que defienden los derechos individuales y sin temor a que les crezca la nariz como a Pinocho, se definen a si mismos como abanderados de los derechos humanos.

- Vea, Borges, un tratadista francés, Georges Burdeau, decía con aguda percepción – expresó Hardoy haciendo una pausa - que “en su principio, el derecho social no se oponía al derecho del hombre de estilo tradicional; al contrario: lo complementaba y prolongaba, agregando, al ejercicio, el goce”. Pero después vinieron las ingenierías sociales, los gulags, las cárceles del pueblo, el paredón y los fusilamientos. De aquellos derechos humanos, cuando los enarbolaron los aún hoy llamados “jóvenes idealistas”, nada quedó. Iniciaron la destrucción de la organización jurídica y social de la patria.

Al derecho clásico, que afirma la libertad del hombre, el derecho social debería adjuntarle la posibilidad de ser libre. No existe en la doctrina moderna ningún derecho social que no pueda vincularse con lógica a alguno de los principios enunciados por el pensamiento democrático clásico. Con lo cual, volvemos a uno de los supuestos iniciales: no hay mejor forma de gobierno que la que deriva del sistema democrático, aún cuando éste sea imperfecto. Pero la democracia debe ser aceptada siempre, no solo cuando ella sirve para

consagrar el poder de turno, que la invoca para desnaturalizarla, al privar de su goce a quienes no tienen su mismo pensamiento.

- Es que la libertad es una entidad suprema – reflexionó Borges. Desde que ella ha sido erigida en valor absoluto, todo esfuerzo para liberar al individuo está legitimado por el servicio de la libertad. ¿No es acaso éste el razonamiento que expuso Lugones en su magnífica biografía de Sarmiento, al explicar las alianzas de los unitarios con Gran Bretaña y Francia? Se encontraban ideológica y moralmente amparados en su concepción universal: si la patria estaba gobernada por un tirano, se justificaba todo tipo de alianzas que permitiera derrocarlo y restablecer ese presupuesto absoluto que era la libertad.

- Lo que pasa, Borges – agregó Hardoy con entusiasmo - es que el proyecto frecuente de los “progresistas” por anatematizar a sus adversarios está presidido por el absurdo: iprocuran ellos proclamarse defensores de principios sociales “contra” quienes sostienen los derechos individuales! En lo fundamental, no hay contradicción o incompatibilidad entre los derechos individuales y los sociales, ya que éstos perseguirían también la realización de aquellos aunque por otros medios.

No obstante hasta allí, aunque leal, es una confrontación que está llamada a fracasar. El absurdo, la

incongruencia patológica, la paradoja, se consuma cuando los enemigos de los derechos individuales, de los derechos humanos, se mimetizan con esa misma ropa que repudian para simular ser defensores a ultranza de los derechos del hombre y perseguir a quienes siempre los han enarbolado sin alharaca ni sonsonete. Tenía razón Cervantes cuando su ingenio literario puso en boca del ilustre hidalgo aquella sentencia inolvidable: "Cosas veredes, Sancho..." – concluyó Hardoy con una mueca amarga en la cara.

- Pero, en definitiva – complementó Borges – al agitar esos principios, aún cuando lo hicieren con hipocresía y falta de autenticidad, quedaban obligados a aceptar total conformidad sobre las bases éticas que regulan la convivencia de los individuos. Para alegría y confort de los tiempos actuales, nos da tranquilidad la seguridad de que, de ese camino, no puede volverse atrás, no tiene retorno. En el futuro el Estado estará obligado a respetar esos derechos. En el fondo, significa el triunfo de los principios del cristianismo, y es indudable que mientras ellos subsistan, sobrevivirá la civilización que él ha creado. Dar máquina atrás sería como arrojar tierra a la cara; algo impensable, aunque

- A pesar de que el proyecto de Constitución de Europa le reconoce al continente haber tenido origen en la Grecia clásica – caviló Hardoy -, pero le niega su

impronta cristiana; “Sócrates si, Jesús no”, diría algún compatriota que en su momento aplaudió “alpargatas si, libros no”.

- Bueno, Hardoy, no usurpe mi papel antiperonista – dijo, con buen humor, Borges. No olvide que más que las ponderaciones que recibí por mi modesto aporte a la lengua española, me sentí orgulloso de haber contribuido como escritor a que mi pensamiento político tuviera el contenido de un símbolo.

-Me he descubierto siempre ante su valor testimonial – acotó Hardoy -, pero recuerde que durante una década estuve encargado de los editoriales de La Prensa, diario que también fue un símbolo del atropello y el desdén por las normas positivas (y mucho más por las morales).

- Esta coincidencia – aunque la nuestra es verdadera, no presentamos fisuras ni mantenemos objeciones que homologuen un enfoque diverso (a pesar de las estocadas cordiales que nos dispensamos) – me recuerda una importante reunión que la fracción francesa de la UNESCO había sostenido en su país – dijo Borges haciendo gala de su famosa ironía humorística. La delegación estaba dividida en dos; ambos grupos sostenían posiciones violentamente antagónicas respecto de los derechos humanos y a pesar de los pronósticos negativos llegaron a un acuerdo. Esto despertó la curiosidad de todo el mundo, pues los

enfoques eran absolutamente opuestos. Ellos respondieron: "Estamos de acuerdo sobre estos derechos con tal que no se nos pregunte el porqué. Porque con el 'porqué' empieza la disputa".

Aceptó Hardoy, con una sonrisa, la digresión de su interlocutor y señaló:

- A mi juicio, el fundamento filosófico de los derechos del hombre corresponde al derecho natural, lo que les confiere carácter inalienable y sagrado. En las modernas constituciones democráticas, las declaraciones de derechos no sólo se mantienen sino que se extienden y perfeccionan. En ese sentido, la Asamblea General de las Naciones Unidas en su reunión de 1948 le dio al tema carácter ecuménico: "Todos los seres humanos nacen iguales en dignidad y en derechos. Ellos están dotados de razón y de conciencia y deben proceder unos con respecto a otros con espíritu fraterno".

Coexisten, así, los derechos, por así decirlo, "viejos" con los "nuevos". Como puede observarse, aquellos consagran una cierta "protección" al hombre frente al Estado; éstos reconocen un "crédito" del individuo contra el Estado. Los primeros, confieren al individuo el medio para impedir que el Gobierno cometa ciertos actos en su perjuicio. Los segundos, le otorgan la facultad de exigirle que realice determinadas acciones en su beneficio (derecho de huelga, a una remuneración

justa, un estatuto para los trabajadores, la protección de la familia, etc.). Tal vez, por esta circunstancia, se ha dicho que los "nuevos" derechos plantean una ambigüedad jurídica: ¿son derechos del hombre o deberes del Estado? Es evidente que éste queda obligado a protegerlo aunque aquél no lo pida y aún cuando pudiera no quererlo.

Entrecerrando los ojos, como si adivinara el pensamiento del otro, Borges dijo:

- Dígame Hardoy, ¿usted cree que también el hombre, el individuo, no ya solo el Gobierno como representación del Estado, puede violar esos derechos?

- Los derechos humanos fueron concebidos como un medio de protección de los derechos del individuo. No solo frente a la omnipotencia del Estado, sino, ciertamente, para cualquier movimiento que pretendía ejercer o imponer un sistema político institucional por la fuerza. En otras palabras, los derechos humanos son garantía de los pueblos en contra de todos aquellos que desde el poder o fuera de él, quieren conculcarlos como medio de destrucción de un sistema, más allá de la protección individual.

Por eso cabe preguntarse: ¿qué pasa cuando los hombres no actúan ya por sí solos, de manera individual, sino organizados? En los últimos tiempos proliferaron las organizaciones irregulares, las fuerzas

de choque, los “guerrilleros” con sus formaciones militarizadas en las que existen rangos y jerarquías para la imposición de la disciplina y el cumplimiento de las órdenes. También es cierto que han instalado métodos crueles por naturaleza: fusilamientos sin derecho a defensa de sus propios miembros, asesinatos a los adversarios políticos, secuestros, torturas, cárceles del pueblo, etcétera. Actos, en fin, de terrorismo, como explosiones indiscriminadas capaces de destruir colateralmente a extraños, homicidios de agentes del orden y robos destinados a financiar esas organizaciones clandestinas. Esto nos lleva a la situación imperante en nuestro país durante la primera década del tercer milenio. Se aplicaron a muchísimos procesados normas penales que no tenían vigencia al momento de la producción de los hechos que se les imputaban. Sin perjuicio de ello, se han invocado acuerdos internacionales, que se suscribieron con mucha posterioridad a esos hechos y, por si fuera poco, han sido omitidos dos aspectos fundamentales del derecho criminal: la irretroactividad de la ley penal y la prescripción por el transcurso del tiempo. Borges: de un plumazo se retrocedió más de 1000 años en esa materia; estamos como en la Edad Media que, dicho sea de paso, los sectores “progres” califican de oscurantista.

- Yo no he tenido una formación política ni jurídica como usted, pero entiendo que la doctrina clásica – opinó Borges - ha repudiado los actos

criminales enmascarados en delitos políticos. Es irónico que quienes debieran ser procesados se conviertan en jueces.

Más aún; he leído a un autor serio que decía que, en cierta ocasión, un terrorista francés colocó un explosivo en las vías del tren que conducía al emperador Napoleón III con su Corte a Calais y que debía estallar a su paso. El artefacto fue desmantelado por la policía antes de detonar y el autor – un hombre de apellido Jacques – huyó a Bélgica. El gobierno de ese país lo detuvo para devolverlo a Francia, pero un recurso llevó a la Corte de Justicia a negar su entrega. Los franceses retiraron el reclamo para evitarle a un gobierno amigo una disyuntiva de hierro: o complacía el requerimiento francés y desobedecía a sus jueces o viceversa.

Nuestro país conoció diversos episodios puntuales en el pasado. Durante el motín radical de 1905, que tuvo por jefe a Yrigoyen, los conjurados de la provincia de Mendoza asaltaron la sucursal del Banco de la Nación, se robaron \$200.000 y cuando fracasó el alzamiento huyeron a Chile con el dinero. ¿Fue ese un delito político? ¡Y me he enterado, hace poco, que nuestro Gobierno negó la extradición a Chile de un ciudadano de esa nacionalidad acusado en su país de haber asesinado a un senador y participado de un secuestro! A la inversa, nosotros condenamos a un

ciudadano de Chile acusado de supuestos crímenes destinados a personas de signo opuesto a las víctimas del anterior. ¡Me pregunto que opinarán en los países centrales de nuestros jueces!

Retomo la historia. Al final, los fugitivos que habían huido a Chile regresaron al país con motivo de la sanción de la ley de amnistía, aquella que diera origen al inolvidable discurso póstumo de Pellegrini. ¿Lo recuerda? “¿Quién perdona a quién? ¿La víctima o el victimario?” Pellegrini hablaba de “la penúltima ley de amnistía”, porque decía que siempre habría ocasión de sancionar una nueva ley de olvido hasta tanto no se removieran las causas que daban origen a los levantamientos.

Claro está que, por ese entonces, la falta de una ley de sufragio secreto era la que impulsaba las rebeliones. Los hechos violentos que ocurrieron durante nuestra vida reciente reconocen un origen más complejo. Por eso pienso que una ley de olvido, una sincera amnistía, puede constituir el único modo de poner fin a una guerra que continúa vigente en espíritus que se consideran injustamente perseguidos y adversarios que procuran la satisfacción pequeña de la vendetta. Como hombre surgido de las filas tradicionales del conservadorismo abomino de los ideólogos, con sus alambicadas elaboraciones de ingeniería social. Siempre me he inclinado por los

procedimientos sencillos y eficaces y, para conseguirlos, no me he preocupado por recurrir al archivo de nuestros adversarios.

Estoy convencido – voy a repetirlo hasta cansar a mis interlocutores – que todos los derechos y garantías deberían estar asegurados por un Poder Judicial (y en especial, por su Corte Suprema de Justicia). De nada hubiera servido la proclamación solemne de esos derechos y garantías si la misma Constitución no hubiera creado los medios legales que permitieran hacerlos efectivos. Si falla el Poder Judicial, debemos despedirnos de esos derechos y, cuando ello sucede, la noche más oscura se abate sobre el país. Felizmente, la Constitución histórica los creó, y fue una gloria para el derecho argentino aplicarlos, hasta que aparecieron quienes tuvieron la osadía de liquidarlos, sumiéndonos en aquella oscuridad.

Creo que la admiración que usted siente por el sistema anglosajón debería quedar exaltada por el notable acierto que los constituyentes tuvieron en aceptar el régimen norteamericano. La Constitución de 1853 previó un mecanismo judicial que impuso un Tribunal cuyas sentencias ninguna otra autoridad podía modificar o derogar.

- Siga, por favor, que esta reflexión me atrapa - lo interrumpió Borges con entusiasmo.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

Hardoy continuó:

- Claro que después pasó mucha agua bajo el puente; la Corte era "el vigilante de la Constitución" y al decir de Joaquín V. González, "la ley suprema requería un tribunal supremo y al establecerlo en esa forma, el admirable sistema de nuestro gobierno creó una fuerza secreta e indestructible que circula por todo su organismo y le comunica siempre nueva savia y vitalidad".

La propia Corte, en alguna de sus composiciones inolvidables, ha dicho que es el intérprete final de la Constitución, el último resorte al que la libertad de un individuo puede recurrir. De nada valdrían inmensos recursos económicos, convenios de trabajo de alta conveniencia para los trabajadores, subsidios infinitos, si el Poder Judicial no existiera o fuera un barniz, la simulación de una justicia ecuánime, la burla a una potestad de equilibrio y sensatez o la subordinación a mandas del poder ejecutivo o de las ideologías dominantes. Cuando ello ocurre, hay que despedirse del derecho y la justicia.

Fíjese que no por nada, la propia Corte ha dicho en un célebre fallo, refiriéndose a sí misma, que "un tribunal, al que se fijan reglas de criterio y al que se hace responsable, no será nunca, no podrá ser, aunque quiera, un tribunal arbitrario. El poder Judicial, por su naturaleza, no puede ser jamás el poder invasor, el

poder peligroso, que comprometa la subsistencia de las leyes y la verdad de las garantías ...". Pero, repitiendo otra vez la sabiduría de Cervantes: "cosas veredes, Sancho..."

Esas consideraciones no anticipaban una Corte sumisa, genuflexa; el inmenso poder que la Constitución le confiriera no puede ser admitido en una Corte que fallara a sabiendas contra el derecho, o mirando para el costado. ¿Qué ocurriría Borges, si esas facultades pasaran a manos de jueces prevaricadores? En los períodos en los cuales el poder Judicial da muestras de sumisión al Ejecutivo, en los que tiñó sus fallos con una pátina política, complaciente a determinadas ideologías, ese imperio del derecho y la justicia sucumbió. La Argentina sufrió duramente en sus instituciones el menosprecio contra la independencia y jerarquía del Poder Judicial. Testimonio claro dentro de un sistema formalmente democrático fueron los gobiernos que tanto usted como yo padecimos con persecuciones personales.

En los Estados Unidos, la Corte tuvo tanta importancia que sobre ella llegó a construirse lo que se llamó "el gobierno de los jueces". Tampoco es justa esa abusiva intromisión; Cortes enérgicas frenaron a presidentes impetuosos como Andrew Jackson, pero también impidieron el avance de Congresos renovadores como los de Franklin Roosevelt.

Me inclino por el prestigioso equilibrio y sabiduría que iluminara a jueces supremos de nuestro país, que en algunas de las composiciones que tuvo el tribunal máximo fueron un dechado de virtud republicana y testimonio de sapiencia del derecho. Por cierto, han existido algunas integraciones cuyos nombres es mejor olvidar. Ello ocurre incluso con el despotismo del gobierno pseudo democrático de raíz absolutamente totalitaria.

Vea Borges, he asumido como un timbre de honor del que me siento orgulloso, que se haya dicho que la Corte histórica, aquella que fue ejemplo y norte, fuera un expediente conservador, una manera de hacer más lenta y gradual la evolución. En una nación como la nuestra, sujeta a las más irregulares mutaciones, ello constituye una prueba más de la prudencia que es justo atribuirnos a los conservadores.

La Corte Suprema histórica, con el carácter y las atribuciones que le diera la Constitución de 1853, ha contribuido de manera principal a mantener, aún en momentos difíciles, los derechos de las minorías políticas y sociales y a favorecer un progreso orgánico, sin bruscos avances ni retrocesos.

Ésa fue la mejor garantía para los derechos humanos y ése es su mejor título en la historia del país, sin cobardías aberrantes ni venganzas oportunistas.

CAPÍTULO 8

Gardel

Como suele ocurrir en una larga conversación de amigos, los temas sobresalientes fueron alternando con los frívolos. Este diálogo no podía escapar a esta fatal consecuencia y, como muchachos sorprendidos por la brusca media vuelta del profesor que se encuentra frente al pizarrón, la conversación tomó un sesgo trivial y alegre. Dijo Hardoy:

- ¿Sabe, Borges? Me pareció ver hace un momento a Gardel. Personaje típico de la Argentina de la primera mitad del siglo XX, donde estaba asegurado el ascenso social de quienes intentaran, con condiciones, la empresa prodigiosa del progreso.

Vea, recuerdo que cuando, en 1982, el Jockey cumplió 100 años de su fundación, Manucho Mujica expresó, a través de un libro que ilustró ese acontecimiento y en términos exactos, que bien podrían aplicarse a Gardel, el sentido moral de esa institución. Dijo algo así como que el Club no estaba destinado a ser exclusivamente un ámbito orientado a los aspectos

livianos del confort y el halago, sino a constituirse en un testigo activo de la transformación social del país. Sin duda, se refería a que su acceso no estaba confinado a los que tuvieran el beneficio de la buena cuna; más bien, a todos los que demostraran cultura y señorío.

- Fui íntimo de Manucho – respondió Borges. Con él compartimos momentos inolvidables; más aún, junto a él y Silvina (Bullrich) compusimos un trío divertido, que en muchas oportunidades nos halagó con humor. Viniendo el juicio de Manucho Mujica Lainez no me extraña la agudeza de su veredicto y el acierto de sus conclusiones.

A no dudarlo, su obra más famosa fue Bomarzo, pero a mi juicio La Casa o Los Ídolos (que yo mismo prologué) tuvieron menos prensa, pero fueron más brillantes. Incursionó también en el género biográfico y la semblanza de Cané (a quien admiraba) ha sido impecable.

Pienso - volviendo al Jockey – que, por otra parte, ése fue el designio de sus inspiradores, fueran ellos Pellegrini o Cané. Creo haber leído que Cané le decía, a su amigo en una carta, que el Club debía constituirse a imagen de sus similares de Europa, pero diferenciarse de ellos en que tendría que estar abierto a todos los hombres que demostraran caballerosidad, dotes sociales de convivencia, afán por la cultura y la distinción. Para ser justos y objetivos no fue el Club de

los terratenientes; de hecho, Pellegrini no lo era y la poca tierra que había recibido su mujer de herencia la vendió para pagar una deuda sin vencer que tenía con el Banco Nacional.

Por lo demás, me tiene sin cuidado Gardel.

- Yo también guardo un afectuoso recuerdo de Manuel Mujica Lainez – coincidió Hardoy, haciendo caso omiso de la frase peyorativa destinada a Gardel. Nunca voy a olvidar que en las elecciones de 1951, cuando carecíamos de toda expectativa electoral, aceptó ser nuestro candidato a diputado nacional por la Capital. Se afilió al partido Demócrata Nacional y asumió la candidatura como un deber y un sacrificio. Ése era Manucho: irónico, escéptico, experto en burlarse de sí mismo, pero de un compromiso con sus convicciones incommovible. Su apreciación respecto de la misión del Club fue impecable: suponer que Pellegrini – nada menos – hubiera sido el alma mater de una institución carente de objetivos políticos es ver solo los aspectos superficiales del hecho. Sería como tomar el rábano por las hojas.

Por supuesto que se cometería una necesidad si se negara que en la intención de Pellegrini no existiera el propósito de fundar un Club que fuera “más cómodo que la casa de cada uno de los socios”, según sus propias palabras, donde primaran el arte, la distinción, el buen gusto. Incluso en un aficionado al

turf como era el ex presidente, es explicable la intención de identificar en un book los linajes de todos los caballos que compitieran en el país. Pero Pellegrini y sus amigos ya avizoraban el cambio que habría de producir en la Argentina la inmigración, palanca del desarrollo programado. Sabían que sus hijos, nacidos en el país, iban en algún momento a reclamar un lugar en la administración del poder, en las Fuerzas Armadas, en la Justicia, en el manejo de la Universidad. Era necesario crearle condiciones apropiadas para su inserción, para que se sintieran exclusivos, para que, en una palabra, persiguiendo la hidalguía, dejaran atrás la pobreza extrema de sus ancestros.

Por desgracia, no ocurrió así. Por qué sintieron un rencor opresivo y ciego hacia las clases superiores del país, es algo difícil de explicar; quizá merezca un estudio desinteresado y neutral.

Tal vez, las mofas referidas a sus orígenes fueron excesivas. Quizá la referencia burlesca al hacinamiento inicial haya sido demasiado cruel. Lo cierto es que los hijos de los inmigrantes, que fueron destacados profesionales, emprendedores valiosos, se volvieron contra esa sociedad que, irónicamente, se había abierto para que su estancia en el país fuera diferente de la que habían padecido sus padres en Europa. Hijos de obreros, no estarían destinados a continuar – si tuvieran condiciones y empeño – en la

misma profesión de sus antepasados como si se tratara de una condena, que en Europa sí hubieran tenido que padecer.

- Hay un hecho innegable – recordó Borges: los hijos de los inmigrantes fueron enemigos de la “clase patricia” y adversarios de las corrientes políticas dominantes. Antes bien; procuraron desplazarlas y a fe que lo lograron. Este es un tema que más bien justificaría una incursión en el campo de la sociología; yo solo puedo aportar, sin ningún rigor científico, mi percepción personal. En ese sentido, pienso que el conventillo, con sus imágenes mordaces, toscas y violentas, obró como un factor determinante.

Allí fue frecuente la usurpación de mujeres; el exterior del inquilinato no era más acogedor: ridiculización por el atuendo, por la lengua, en la que se expresaban palabras descompuestas del idioma original y también del adoptivo, fueron factores de humillación de difícil olvido. Súmele a ello el personaje inventado por la fantasía popular – con notable apoyo en la realidad – que fue el cocoliche y las piezas teatrales (me refiero al sainete) que se regodeaba en ridiculizar a los personajes con mucho éxito y tendrá un cóctel explosivo. Conventillo, cocoliche y sainete, ¿cómo no habrían de acumular rencor? Injusto, desagradecido, si; pero muy explicable.

- Sin embargo, sería injusto – expresó

Hardoy - que se juzgara a toda la inmigración por esa mayoría. Existió un número importante de personas que nacieron en cunas modestas pero, con esfuerzo, alcanzaron a labrar un surco. No fueron estrepitosas y tampoco hicieron alarde, porque ignoraban que constituían esa minoría que actuaba y pensaba de diferente manera a la masa de descendientes de aquella inmigración. Sitúo a Gardel en este sector (aunque a usted no le merezca aprecio), porque es un paradigma de la suma pobreza encumbrada al éxito.

Otros hijos de inmigrantes que no tuvieron, como él, la marca de la estrechez extrema y el hambre, fueron intelectuales exquisitos y triunfadores: vaya, por caso, el general Justo. Descendiente de una pequeña inmigración que llegó al país desde Gibraltar, ocupó los mayores grados en el ejército y las principales magistraturas del país. Por supuesto, además de no ser un resentido, frecuentó los salones de la sociedad con naturalidad y estilo. Cuando me refiero a Gardel lo propongo como arquetipo de lo que los norteamericanos llamarían un "self made man", hecho a sí mismo en base a disciplina, tesón, condiciones; estas últimas, aprovechadas y exprimidas con inteligencia y mérito.

Vea Borges, poseo por Gardel una especial simpatía. En parte, porque fue un exponente de esas actitudes; tal vez, porque fuera conservador. Tengo dos versiones que me han llegado de primera mano y

afirman sin dudas esa circunstancia: su notable ubicuidad social, la disposición natural para frecuentar amistades y personajes - algunos de alcurnia y otros surgidos del reaje común, - su recurrencia permanente a las inclinaciones ancestrales. Una de ellas me la dio mi amigo Miguel Riglos, "el Mosca Riglos", que mantenía con Gardel un trato de antigua data.

Dicho sea de paso, le voy a contar una anécdota que él me refirió: vale oro y sirve para apoyar el juicio anterior. En el año 1933, estaba Riglos viajando por Europa, cuando en un hotel de Nantes se lo encontró a Gardel, conviviendo con una argentina gorda y fea. En un momento, estando solos, Riglos le dijo:

- "Pero Carlos, ¿Qué hacés mostrándote con una mujer tan espantosa?"

Gardel, con gran modestia, le contestó:

- "Y qué quiere, don Mosca, para no perder la costumbre... icafishiando!"

- ¿Y la otra? - preguntó riendo Borges.

- Se la contó a un discípulo mío un íntimo amigo suyo - respondió Hardoy. El relator en cuestión fue Rodolfo Arci, quien en su infancia era muy aficionado a la guitarra y al canto, al extremo de haber constituido esa inclinación el medio de vida y el sostén de su familia. Le contaba Arci a mi amigo que

acostumbraba a actuar en un comité conservador de Avellaneda que regenteaba Ruggierito y patrocinaba a don Alberto Barceló; en él era frecuente encontrarlo a Gardel. Se trataba del famoso comité de la Avenida Pavón 252 de Avellaneda (dicho sea de paso, allí se lanzó la candidatura de don Alberto a la gobernación de Buenos Aires); era la base de acción del barcelocismo en la zona. Después de muerto Juan Ruggiero, en octubre de 1933, el local fue sostenido por su hermano Guillermo y se convirtió en el centro que irradió la frustrada candidatura a gobernador de Barceló. Y esa sede partidaria, justamente, era el comité que frecuentaba Gardel – sobre todo en vida de Juan Ruggiero, de quien era amigo y favorecido –. Llegaba a veces como artista, otras como simple simpatizante. La presencia de Gardel continuó hasta la muerte del cantor, porque no cabían dudas de su pertenencia partidaria.

Más aún, la revista *Leoplán*, de la década de 1920, en algunos avisos hacía mención a la concurrencia de varios dirigentes conservadores que recorrían la provincia en giras proselitistas, pronunciando discursos desde el tren, como era la costumbre de entonces. Entre esos dirigentes se mencionaba a Pancho Uriburu, Matías Sánchez Sorondo, Antonio Santamarina, Rodolfo Moreno (lo cual no era llamativo), Gardel y Razzano (lo que sí era sorprendente), quienes participarían de los actos como intérpretes musicales para amenizar las reuniones. Pero

- y esto es lo interesante - nunca rechazaron la calificación política que se les endosara.

- Creo - reflexionó Borges - que su identificación con Gardel es más por afinidad partidaria que por sus condiciones de cantor. Yo no puedo sino mantener la coherencia intelectual que esboqué cuando me referí al tango. No me agrada, y por lo tanto, tampoco me gusta Gardel, para cuyo estilo se compusieron numerosas letras que hicieron del tango un sollozo. La canción popular perdió virilidad con el tango lacrimógeno de Gardel, empeñado en lamentar el abandono de una mujer, en extrañar su ausencia, en sentir dolor por la traición femenina.

Vea, Paredes (que fue un guapo real, al que yo solo le cambié el nombre de pila porque debía unas muertes, como ya le dije), era un pesado de Palermo, serio, parco y de pocas pulgas; protector de Carriego, de famosa valentía y dueño de un gran aplomo. Le escuché decir una vez (y lo recuerdo para siempre): "un hombre que piensa cinco minutos seguidos en una mujer no es hombre; es - con perdón de la palabra - un manflora". Y Gardel fue el responsable de que el tango tuviera ese aire suplicante que le hizo perder el tono pendenciero y varonil con que se lo conoció en los burdeles primitivos.

- Borges - dijo Hardoy meneando la cabeza - volvemos al punto de inicio y retomamos el tema. Al

tango ya lo hemos analizado y yo tuve la peregrina idea de que había logrado que cambiara de opinión. Por lo visto me equivoqué o no fui comprendido, algo que no me sorprende, a juzgar por mis resultados en la política vernácula. Pero vuelvo a insistir, el Gardel que admiro es el que constituye un ejemplo de apertura social, el que testimonia la posibilidad de escalar posiciones dentro de ella. Aquí me estoy refiriendo al Gardel mítico, al que cualquier cacatúa sueña con su pinta, pero también, al que ha sido dueño de una voz privilegiada, que a casi 80 años de su muerte, personas que no lo conocieron se permitan afirmar que "cada día canta mejor".

- No me sorprende que usted lo estime - replicó Borges -. Fue el prototipo de un conservador como popularmente se lo identifica: aficionado a los lances personales, cuidadoso de su arreglo y por demás elegante, jugador, conquistador eterno, marginal y consentido.

Yo lo veo desde otro ángulo: como responsable de un tango que postergó a la milonga y sepultó la canción campera, con la cual él se identificó en sus orígenes. Mire, el tango posterior a la Guardia Vieja tuvo como instrumento representativo un artefacto nacido en La Boca, que se llamó bandoneón.

Si hubiera sido popular estaría representado por la guitarra que, por el contrario, fue empleada

siempre en la milonga. El tango primitivo, el de los burdeles, se acompañaba con piano, flauta y violín y esos prostíbulos eran frecuentados por muchachos bien, de buena cuna, calaveras, y también por rufianes que se codeaban con ellos. Esos instrumentos eran costosos y no pertenecían al ambiente popular. Las referencias a los bailes de Hansen son falsas: esa confitería era visitada por familias y nunca fue un bailongo orillero, como los que he descrito en "El Hombre de la Esquina Rosada". El snobismo que tantas veces nos atacó como país también hizo su incursión en la música. Cuando París aceptó el tango, lo homologó Buenos Aires.

Sin embargo y aunque le parezca mentira, yo en algunas cosas estoy de acuerdo con Gardel: por ejemplo, en que a ninguno de los dos nos gusta el tango; ni escucharlo ni bailar. Tanto es así, que el mismo Gardel decía que "al tango no lo sentía" y en cambio lo apasionaba la música campera; lo volcó a aquel estilo una cuestión de "marketing", como se diría ahora.

- Escúcheme Borges - contestó Hardoy con impaciencia - yo no me refiero al Gardel cantor; entre otras cosas, carezco de conocimientos musicales como para emitir un dictamen. Por otra parte, el público, a casi 80 años de su muerte, ha dado su opinión definitiva, considerándolo, en su género, el mejor cantante popular de todos los tiempos. Ojalá existiera

una opinión semejante respecto de los conservadores, que dejamos de gobernar hace menos de 70. Al contrario: ahora Roca, por ejemplo, es considerado un genocida, como si hubiera exterminado pueblos originarios de nuestra tierra - o cualquier otra tribu-. Y conste que paso por alto la reflexión respecto a los ocupantes primitivos del suelo, porque tendríamos que repudiar a los romanos por desplazar a los etruscos, a los cartagineses por aniquilar a los íberos, etcétera, etcétera.

- Ya lo se – contestó un Borges conciliador. Usted se refiere a Gardel desde un punto de vista sociológico...

- Ya he apuntado a ese perfil –insistió Hardoy -, pero aún a costa de sentirme repetitivo, voy a machacar sobre el mismo tema. El hombre fue una encarnación típica de nuestra política de desarrollo, que vio en la inmigración uno de los mecanismos más formidables. Llegó al país a fines del siglo XIX, en brazos de una mujer repudiada en el Viejo Mundo por su condición de madre soltera. En nuestro país, ese hijo humilde fue a la escuela (gratuita), se alfabetizó, creció, hombreó bolsas y acomodó cajones en el Abasto (es muy probable) y, por supuesto, frecuentó los lugares más cercanos a la tentación: burdeles, cafetines, garitos. En ese tiempo, el suburbio era un choque entre la Argentina campera y tradicional y la urbe, insolente y

bochinchera. Allí, en ese medio – sé que usted no comparte este enfoque – el hombre conoció el abandono. Pascual Contursi y su famosa “Noche Triste” interpretaron con versos populares ese sentimiento del llamado arrabal.

Mire, poco antes del Centenario se hizo un censo nacional: nuestro país reconocía poco menos de siete millones de habitantes, de los cuales más de tres millones lo componían inmigrantes.

El país tradicional, heroico y silencioso estaba cambiando. Donde podía advertirse esto con mayor intensidad era en el ámbito de la cultura. Esa nación recorrida por los grandes arreos, por el fogón del gaucho donde las guitarreadas intercambiaban melodías regionales y el desplazamiento sucesivo de ejércitos en guerra había ensamblado una cultura nacional. Fue transformada por la avalancha inmigratoria, pero aquella era tan sólida y estaba tan arraigada que no pudo hacerla sucumbir. A partir de esos aportes fue diferente, es cierto, pero no abdicó de sus funciones; porque al contrario – y aquí Gardel es un ejemplo típico – los hijos de los inmigrantes y los inmigrantes mismos que habían llegado de muy niños al país querían ser argentinos, adoptaron sus modales, el timbre de voz, la entonación y el acento. Cantaron o compusieron sus canciones, jugaron o fueron aficionados al fútbol, militaron en política o fueron malevos o matones al

servicio de un caudillo. Se parecieron a los nativos o los imitaron: la cultura que se instaló fue una fusión.

Nuestro personaje fue recogido por el dueño de un restaurante cuando era un muchachito y lo hizo cantar por la comida. El hermano de ese propietario era el caudillo conservador de la parroquia y, por supuesto, el mozo comenzó a frecuentar no solo el boliche de Traverso, sino también el comité, que regenteaba el otro Traverso, Constancio, en la calle Anchorena 665. Allí conoció a don Benito Villanueva y comenzó el ascenso, no solo artístico sino también social. Fue comensal suyo y también de don Alberto, el caudillo conservador de Avellaneda cuyos comités frecuentó bajo la protección del famoso Ruggierito.

Es verdad que otros, con el mismo origen que tuvo él, carecieron de las oportunidades que se le presentaron a este morocho gordito y simpático, de sonrisa compradora. Pero esos son los imponderables de la vida. Pellegrini decía que un hombre depende de su inteligencia, de su salud... y de la suerte. Es cierto que este hombre tuvo inteligencia, la supo aprovechar bien y lo acompañó la suerte. En algunos aspectos fue un adelantado para su época. Hacía encuestas de mercado y cuando entendía que bajaban las ventas de sus discos realizaba giras artísticas para reforzar su vigencia. Incursionó en el cine sonoro, y como la "pinta" quedaba expuesta en las imágenes cinematográficas, hizo

regímenes intensos para adelgazar y consumió horas en el gimnasio.

Al ponderarlo, no hago más que dar curso a un sentimiento de gratitud hacia todos los que, desde la pobreza y las miserias del arrabal inmigratorio, se levantaron reconocidos hacia un país que les abrió las puertas del progreso moral, social y económico. Y sobre todo a la clase dirigente que hizo posible ese crecimiento.

CAPÍTULO 9

¿Fueron Periodistas?

Ambos decidieron incursionar por un territorio que compartían: la palabra escrita. No solo en el aspecto literario, que hizo a uno de ellos el referente inevitable de las letras españolas, sino en el combativo y febril que correspondió al campo del periodismo. Introduciéndose en esos senderos seductores, Hardoy lanzó una pregunta:

- No desearía exagerar, Borges, pero ambos hemos sido atraídos por el papel y las palabras. A los dos nos atrapó el periodismo, al menos el escrito, que es algo así como llamarlo el clásico. Usted que se tuteó con la literatura en todas sus formas, ¿cómo vivió su incursión por los medios?

- Me parece que otra vez estoy enfrentado a una entrevista – contestó Borges en tono de broma. Jamás rechacé una invitación, aunque debo confesarle sin eufemismos que en la mayoría de los casos, tampoco quienes me interrogaban tenían una formación intelectual valiosa. Más bien he encontrado obviedad y

lugares comunes; una pregunta provocadora y frecuente: "¿Usted es argentino?".

Por supuesto, contestaba que sí, que al fin y al cabo no era tan raro ser argentino puesto que estábamos en Buenos Aires, donde por lo menos habría unos seis millones de argentinos, que se elevaban a más de 20 si tomábamos todo el país; raro sería ser argentino en Islandia o Bangladesh.

Pero, ironías al margen, en general mi vinculación se produjo porque los diarios tuvieron a bien dar publicidad a mis trabajos. Desde 1910, el año glorioso del Centenario de la patria, he venido publicando mis trabajos en los diarios, algunos cuya vida periodística ha concluido, como ocurrió con El País, donde en aquel año salió una traducción que hiciera de un cuento de Oscar Wilde.

- Pero según tengo entendido – al menos así se ha escrito, replicó Hardoy – su categoría de traductor comenzó mucho antes...

La nostalgia por ese recuerdo lejano hizo dibujar una leve sonrisa en el rostro de Borges cuando recordó:

- Bueno, lo impresioné a papá cuando tenía siete u ocho años llevándole la traducción de "El Príncipe Feliz", de Wilde, lo que para mí no fue sorprendente y menos sobresaliente, porque el inglés lo dominé gracias

a los esfuerzos de Miss Tink, una gobernanta inglesa cuya dedicación era tan pertinaz como su rigor. Yo había nacido cuando terminaba el siglo, es decir, que para la época de El País estaba por cumplir once.

Lo que nunca he de olvidar fue mi primer cuento: "La visera fatal", que redacté en español antiguo. Muchos han visto en ese trabajo un gran esfuerzo, tan meritorio como el que hizo (cuando ya era un hombre maduro) Umberto Eco ("La Isla del Día de Antes"), pero, entre nosotros, quiero bajarle virtudes al tesón: me había inspirado en El Quijote y, quizá, por su influencia, el arcaico era el único estilo que dominaba.

Antes que me olvide, debería contarle algo más sobre la obvedad de los entrevistadores: suelen preguntarme si lo que escribo lo hago primero en inglés y después lo traduzco al español.

Con esa pregunta lo único que consiguen es estimular mi vena irónica y entonces siempre respondo que sí; que cuando escribí la letra de estos versos: "Siempre el coraje es mejor,/ nunca la esperanza es vana,/ vaya pues esta milonga,/ para Jacinto Chiclana" se ve de lejos que fue pensada en inglés y pueden advertirse las vacilaciones del traductor.

¡Si escribir es difícil, pensemos lo que sería hacerlo en un idioma extranjero y después traducirlo! Creo que nadie hace eso. Por cierto, me hubiera

convertido en el primer caso, dentro de la historia de la literatura, en obrar de una manera tan tortuosa.

- Algún mérito debe encontrarse en esos cronistas – contestó conciliador, Hardoy. Lo que se sabe de usted, de la intimidad de su vida y sus perfiles brillantes de escritor, ha sido porque algún entrevistador lo ha puesto en blanco y negro. Permítame decirle que sería muy interesante que usted mismo concentrara en una respuesta su misma vida. Sería algo así como “Borges por Borges”, un género que ha sido muy usado para biografar a gente de la farándula, cuya intrascendencia corrió pareja con su rápido olvido. El vedetismo de algunos personajes favoreció un mercado numeroso, que alentó las ansias de ganancia de la empresa editorial.

El comentario de Hardoy tocó una fibra sensible de Borges, que refirió:

- Eso es lo que no existía antes, cuando los emprendimientos editoriales eran personales o al menos familiares, iqué lejano parece el momento en que el propio Shakespeare fue encarcelado por impresor, no por las ideas que trasuntaba como escritor!

El beneficio económico era una consecuencia lógica – a fin de cuentas, había que pagarle a la gente que colaboraba – y se sabe que el riesgo es lo que hace moralmente lícita la ganancia del capital. Pero no existía

la obsesión empresaria por la utilidad, que hoy se ha convertido en un deber de los ejecutivos, de cuyo éxito deben dar cuenta. Es fácil adivinar que el concepto empresarial de los medios exige, como correlato, la esquematización de los modos de comunicar. Todo debería implementarse como rígidas normas establecidas en aras de un periodismo de fácil comprensión, aunque de extrema pobreza expresiva. Es decir: en lugar de elevar al lector, para que alcance un adecuado nivel cultural por medio del periódico, se hace descender a éste para que resulte de alcance masivo y asegure la mayor rentabilidad posible. A mayor tirada, más anunciantes, más ganancia.

- Yo creo que el periodismo de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX – dijo Hardoy, feliz de ingresar en un tema que lo atrapaba – cumplía una función más formativa y tal vez menos informativa. Era el tiempo de los grandes escritores cuyas columnas poblaban nuestras redacciones: Ortega, Mallea, Anatole France, Güiraldes, quienes acercaban reflexiones que iban desde la literatura a la filosofía.

- Lo que pasaba era que en ese tiempo no se hacía referencia a las noticias cotidianas, fugaces-agregó, con desgano, Borges - porque a la noticia inmediata se la lleva el viento. Lo más nuevo hoy, es el diario; y lo más viejo, es ese mismo diario al día siguiente, porque nadie piensa que debe recordarse lo

que ha sido escrito en ese periódico: se escribe deliberadamente para el olvido.

En la época a la que nos estamos refiriendo, la frontera entre el periodismo y la literatura era apenas una tenue línea que permitía a los redactores escapar, sin tropiezos ni angustias, de la doctrina de la objetividad para asumir el papel de creadores, con derecho a su propia y personal realización a través de la literatura. Los géneros, en periodismo y en literatura, no habían asumido, a fines del siglo XIX, el rigor de fronteras infranqueables.

Sábato solía decir que los diarios tendrían que salir una vez por año o cada siglo, o cuando sucediera algo realmente importante; por ejemplo y ocupando ocho columnas: "El señor Cristóbal Colón acaba de descubrir América". Yo le agregaba que también ese título era dudoso, porque, ¿cómo se hace para saber de antemano que una noticia será importante? La crucifixión de Cristo fue importante después, no cuando ocurrió. Si hubieran existido entonces los tabloids, habría ocupado apenas un pequeño espacio en la sección "Judiciales". Y, gracias a la redención de la Cruz, estamos nosotros aquí.

Lo mismo ha pasado con la llegada del hombre a la Luna: fue transmitida en forma directa por la televisión y todo el mundo supo en qué consistió la aventura. Si en cambio hubiera existido solamente un

relato, el acontecimiento podría haber sido soñado, imaginado o al menos pensado por cada uno, y con seguridad el resultado tendría que haber sido más sabroso, porque habría consistido en lo que en realidad fue: el epicentro de la humanidad.

- Sígame contando de su incursión por el periodismo - dijo Hardoy en forma apenas audible.

- Usted sabe que viajé con toda mi familia a Europa - Borges lo complació sin hacerse rogar - y, en 1919, nos radicamos en Mallorca. Desde allí le mandé a un diario de Ginebra una colaboración en francés sobre libros de Pío Baroja y Azorín. Después me publicaron "Himno al Mar", que fue la primera de mis incursiones en el "ultrismo", género que usted tuvo a bien recordar al comienzo de este encuentro (e ironizar, sin recordar - o desconociendo en cambio - que antes de marchar de la Tierra pedí asistencia sacerdotal). A partir de las expediciones que hice por esa especie, observé un culto de la metáfora y continué enviando colaboraciones a varios medios: Baleares y Última Hora, de Mallorca, El Faro, de Galicia, etcétera.

Por fin, en 1921, volvimos a Buenos Aires después de siete años de ausencia.

Encontré cambiada no solo la ciudad sino al propio país; aunque tal vez, el que se había transformado era el mismo Borges, que salió siendo

niño y regresó hombre (dicho sea de paso, hablaba tres lenguas, además del español; el alemán lo aprendí para poder leer de primera mano a Shopenhauer). Escuché las vibraciones que me acometieron por considerarme parte de esta ciudad y sentí la necesidad de escribir "Fervor de Buenos Aires".

Quienes ponen el acento (para atacarme) en mi interés por temas universales deberían recordar que para 1930 había escrito "Evaristo Carriego", en honor del popular poeta que había frecuentado mi casa y cuya prosa estremeció mis sentimientos más íntimos.

Por supuesto, la vida periodística me atrapó y fundé - o colaboré - en numerosas publicaciones literarias, alguna de ellas españolas. Desde Prisma, Inicial, La Gaceta Literaria, Alfar, Los Anales, Ultra, Grecia, Cervantes, Hélices, Cosmopolitas, Multicolor y, fundamentalmente, Sur, la famosa revista que fundara Victoria Ocampo, donde alguna vez me explayé contra la barbarie del nazismo y a favor de la libertad. Tendrían que leer algunos de esos artículos los que con agresividad injusta critican mi referencia opuesta al terrorismo en la década del '70. El terrorismo fue y será siempre la negación de la libertad aunque más nefastos que los militantes del terror son los hipócritas que cuando el liberalismo fue rentable tomaron esas banderas y, más tarde, proscribiéndolas, ayudaron a sus verdugos. Esta incursión en el periodismo especializado

no me impidió frecuentar el de carácter masivo: La Nación, La Razón, La Prensa, Clarín. Me extendí en distintos medios y en varios países: la Argentina, Uruguay, España.

A propósito: le voy a contar una anécdota, que si bien tuvo los ribetes ácidos de la ironía, no ha dejado de estar recubierta por una pátina de humor. Fue a raíz de un cuento que publiqué en La Nación; allí anunciaba que el 24 de agosto de 1983, el día de mi cumpleaños número 84, me iba a suicidar. Por supuesto, faltaba entonces mucho tiempo para esa fecha, pero “no hay plazo que no se cumpla ni tiempo que no se corte” dice un viejo refrán campero, y en forma peligrosa, se acercaba aquél día. Mucha gente se mostró preocupada, porque tal vez, la ficción se convirtiera en realidad. Yo mismo comencé a inquietarme, preguntándome “¿Qué hago? ¿Me comporto como un caballero y me suicido para no defraudar a esa gente? ¿O me hago el distraído y dejo pasar la cosa?” Lo cierto es que el tema me sobresaltó un tiempo; al final, decidí que ante cualquier pregunta contestaría que había obrado como escritor y no como periodista.

Pero, discúlpeme Hardoy, ahora le pregunto de manera expresa: ¿usted me está haciendo una entrevista? Si así fuera, permítame agregar un solo dato más: en 1961, junto a Samuel Becket, me fue diferido el Premio Formentor, valorando sobre todo la narrativa,

aunque mi mayor anhelo fue siempre ser reconocido como poeta. (En realidad, el premio fue por Ficciones que, en verdad, fue un género que me permitió dar forma a los sueños y sobre todo, a la oscuridad de mi vista, que ya por entonces intuía con el avance irrefrenable de mi ceguera). Pero así es la vida.

- Yo también recuerdo ese cuento, aunque debo decirle que nunca le atribuí el sentido de una crónica anticipada; descontaba que no se iba a suicidar – dijo con una sonrisa, Hardoy. Tampoco olvido ese premio. No, Borges, no lo estoy entrevistando. Estoy gozando de este momento que puedo disfrutar con uno de los mejores prosistas de la lengua española. Me agravian “Memorias del fuego” de Galeano, cuando dice de usted que se refugia en el pasado, en el pasado de sus ancestros y de los escritores que supieron nombrarlos y que el resto es humo ¡Borges humo! Algunos creen que la injuria sirve para bajar a alguien; yo creo que lo que buscan es elevarse ellos y, por cierto, lejos de conseguirlo se relegan más aún.

Para mí, el pasado en el periodismo eran Paz, Sarmiento, Mitre, Alberdi; adversarios entre sí, en muchas ocasiones, que se unieron en la inmortalidad. Agregue a esos nombres el de juristas de vuelo, como Drago o Carlos Calvo, que frecuentaban con sus doctrinas la prensa diaria, y verá que nuestro periodismo brillaba en el mundo, como las cláusulas de

esos tratadistas fueron acogidas en los foros internacionales.

- Por cierto que coincido con esa veneración – dijo Borges con voz emocionada. Cuando el teléfono y el telégrafo llegaron a las redacciones, del mismo modo que la linotipo y las rotativas entraron a las imprentas, el diario recibió otro gran impulso, que se enriqueció en el campo de la cultura, como cuando aparecieron las notas de Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni, Rubén Darío, Carrasquilla Mallarino, Monteavaro, Charles de Soasan, cuyas crónicas pueden situarse entre las mejores del mundo.

- ¡Por favor, no se omita usted en esa lista! – exclamó Hardoy -.

- Le agradezco la inclusión – contestó con modestia Borges -. En las últimas décadas del siglo XX, en aras de la revolución tecnológica llegó más alto aún el periodismo, pero solo como producto industrial; por desgracia, en la misma medida pareció declinar como empresa de cultura. Sin embargo, es bueno recordar que el periodista no debe cortejar al público: debe servirlo, y en consecuencia, todo lo que sale impreso debe apuntar a elevar la cultura del lector. El papel que debe cumplir el periodista tiene que estar signado por el empeño en servir a la verdad y, con ella, impulsar el crecimiento del país; y el camino más firme para ello es la cultura. Un país sin cultura es un país sin futuro.

- Lo que pasa es que, como decía don Félix Laíño, – acotó Hardoy – es razonable que exista el temor de que los grandes diarios diluyan sus esencias en grandes empresas, volcándose a los multimedios. Ellos serán renuentes en recordar que el periodismo es uno solo. Pero además, para nosotros, que estamos enamorados de la lectura, nunca la seducción de la imagen podrá reemplazar la majestad de la letra impresa. La gran crisis del periodismo es que los empresarios invierten hoy sumas ingentes en tecnología, pero descuidan (o no invierten en igual medida) en equipo humano. Pocos periodistas pueden vivir exclusivamente de su profesión y eso es grave. Por supuesto, existen, por fortuna, hombres de notable fuste cuyo nivel honra y distingue la profesión.

- Es que si renunciáramos al juicio crítico – señaló Borges eligiendo las palabras que pronunciaba – que solo lo puede permitir el análisis de la palabra escrita, entraríamos de lleno en el camino de la barbarie. Mire Hardoy, ambos hemos nacido en tiempos en que era posible creer en el progreso infinito; era la época de los grandes inventos, cuando Freud pensaba que podía existir una fórmula que permitiera interpretar los sueños, Einstein se esforzaba por el camino que lo condujo después a elaborar la teoría de la relatividad y reinaba el racionalismo impenitente. Ese mundo iba a despertar para darse cuenta que vivía en medio de una pesadilla: las dos grandes herejías (una de derecha y

otra de izquierda) se iban a abatir sobre él y, por si fuera poco, dos grandes guerras lo sacudirían.

- ¿Y al finalizar el siglo XX? – dijo Hardoy con tono apasionado -. El conocimiento científico alcanzó tales complejidades (física, astrofísica, mecánica cuántica, robótica, bioingeniería) que sus fórmulas nos resultan incomprensibles a nosotros mismos. Nunca, como en ese tiempo, me sentí pertenecer a una generación anterior. Mis nietos manipulaban con naturalidad aparatos destinados al confort y el esparcimiento cuyos teclados y funciones requerían de mí un esfuerzo de concentración para operarlos, que contrastaba con la indiferente rapidez de ellos.

En el periodismo también se ha producido un formidable desarrollo técnico; creo que, desafortunadamente, se ha privilegiado el crecimiento tecnológico con abandono de los contenidos.

- De modo escaso un reducido número de sabios o especialistas puede abordar aquellas disciplinas científicas que usted mencionara – concedió con serenidad Borges. Sus secretos más íntimos permanecen escondidos para los “hombres cultos”; el mundo intelectual ha quedado atónito ante el mundo científico. Más aún: ambos universos están incomunicados y se corre el riesgo de que los filósofos, abrumados, transfieran a los científicos las grandes preguntas que formulara nuestra civilización. Preguntas

que, como la de Sócrates, quedaron impresas en el Templo de Apolo: "Hombre, conócete a ti mismo y conocerás el Universo y los Dioses" (Por cierto, el hombre nunca se conoció a si mismo y lo de "dioses" tendría que haber sido escrito en singular).

- Que un hombre de ciencia desconozca el universo seductor de las letras es tan infausto como para un escritor ignorar la segunda ley de la termodinámica – dijo Hardoy con solemnidad. Si este antagonismo se impusiera (por fortuna, existen excepciones notables) entre la ciencia y la filosofía se impondría un diálogo de sordos.

- Por fortuna, – agregó Borges - hay personas que han advertido el riesgo de esta dicotomía grave y, por ejemplo, las universidades de mayor prestigio y tradición más insigne ya han comenzado la tarea de establecer un puente entre ambos mundos. Pero aquí llegamos al meollo de este tema: ¿tiene a su cargo alguna misión el periodismo en esta tarea? Y en caso afirmativo: ¿cuál sería su función para asegurar el equilibrio en un planeta civilizado?

- Creo que esas preguntas esenciales justifican nuestra pretendida credencial de periodistas, Borges – dijo Hardoy con un dejo de orgullo. Para gravitar ante esos dilemas será preciso que el profesional adquiera la dimensión de un humanista y, de ese modo, se convierta en agente dinámico de la

cultura, algo que el periodismo conoció a fines del siglo XIX y principios del XX, cuando sus redacciones estaban pobladas por los nombres que ya hemos mencionado: los Ortega, los Lugones, Alfonsina, etcétera. Hemos luchado por siglos a favor de la libertad de prensa; con el mismo fervor trabajemos para que los fueros de la cultura y la ciencia resulten tan necesarios como los de la libertad.

Decía con razón el presidente de la Academia de Periodismo que éstos deben tener el rigor de un científico y la pasión de un predicador. Y este análisis nos devuelve otra vez a la consideración del político. Laíño – entre otros conceptos inducidos por su larga militancia periodística y su notable agudeza – señalaba que, desgraciadamente, tenemos una dirigencia política intelectualmente descalificada, culturalmente inaceptable y corrupta.

Pero lo más grave es que detrás de ella tampoco existe una clase dirigente sobresaliente. Cuando al país lo gobernaban los Mitre, los Sarmiento, Roca o Pellegrini – continuó Borges – había una segunda fila espectacular: los López (abuelo, hijo, nieto), Goyena, Ameghino, Estrada, Rawson, Argerich. Era un país destacado en el mundo; Anatole France venía a dar conferencias a Buenos Aires, Puccini estrenó *La Bohème* aquí. Los próceres dilapidaban su fortuna haciendo política y terminaban en la pobreza; hoy es al revés: se

ingresa pobre y se hace fortuna con la política. Tenemos el penoso orgullo de haber institucionalizado los ñoquis. Creo con sinceridad: hasta que en la Argentina no se tome conciencia de que se debe vivir del trabajo propio y exista una sanción social para los transgresores, no habrá salida económica, por más ministros de méritos sobresalientes que elijamos en finanzas o por más leyes adecuadas que sancionemos o doctrinas sabias que enarbolemos.

- "Roba pero hace" – acotó Hardoy - fue una frase que Adhemar de Barros aceptó que se utilizara en forma implícita durante su campaña por la reelección como gobernador de San Pablo iy ganó las elecciones! Al término del nuevo mandato, fue otra vez por la re-reelección y como la fórmula había funcionado, esta vez, se oficializó la campaña con ese slogan. El resultado fue obvio: cayó derrotado, porque el público no aceptó el descaro. Debe desterrarse para siempre el "roban pero hacen", que es denigrante e indigno; al gobernante se lo elige para que realice obras útiles y robar, además de un pecado, es una ofensa al público que lo eligió; éste es el que debe echarlo de inmediato y si no lo hace.... Bueno, como usted puede percatarse, en el aspecto moral soy de una intransigencia casi indígena.

- Hardoy, aunque lo niegue, me ha hecho una entrevista... y yo agregaría ... lujosa – reflexionó Borges

de buen humor. Permítame a mí incursionar en esa rama que nunca practiqué y, al revés, le haga un reportaje a usted. ¿Por qué se dedicó al periodismo?

- Voy a confesarle algo – se sinceró Hardoy. Influyó mucho en mi ánimo la actitud de la opinión pública, la misma que en su momento forzó la renuncia del presidente Luís Sáenz Peña y que, como se habrá dado cuenta, constituye para mí toda una obsesión. Solo pensar que Sáenz Peña debió resignar el poder porque era tal la presión que el público ejercía sobre los hombres “de la situación” que todos se negaron a integrar su gabinete, me deslumbra. Vuelvo a repetirlo: ¿Es posible que se forme la opinión pública sin un marco adecuado de libertad y sobre todo de libertad de prensa? ¿Alguien podría imaginar opinión independiente en la antigua Unión Soviética, como me he cansado de repetir?

Fíjese que la columna de un diario – La Nación – que diera cabida a aquel artículo de Barroetaveña al que ya me refiriera, produjo tremendos efectos sobre el gobierno de Juárez Celman y dejó expedito el camino para la revolución de 1890. Barroetaveña quedó en la historia por ese artículo, porque, más allá de ello, su actuación política se diluyó (tal vez, por haber quedado demasiado pegado a Alem, en lugar de acercarse a Yrigoyen).

¿Y acaso no fueron los diarios, en las

elecciones de la Capital Federal, los que infligieron aquella derrota histórica a Hipólito Yrigoyen en el año 1930? El público, estimulado por diarios que no llegaban a manos del Presidente, se sentía indignado y expresó su malestar votando a una fuerza de constitución circunstancial.

Cuando decidí que mi tarea política estaba concluida y el aporte de mi nombre a alguna lista partidaria sólo sería para ratificar mi solidaridad con amigos y con las ideas conservadoras, me volqué a La Prensa cuya dignidad siempre me conmovió.

- Debo colegir que así como la literatura me empujó a mí, la política lo indujo a usted – señaló Borges con una sonrisa maliciosa.

Hardoy retomó la explicación como si estuviera desnudando el alma:

- Pero abracé mis funciones en el diario con absoluta neutralidad partidaria. Tuve conciencia plena de lo que significaba ocupar un cargo en un matutino que tenía una tradición ejemplar y jamás utilicé mi pluma con propósitos mezquinos. Por cierto, mis ideas no diferían de los principios por los cuales La Prensa había aceptado, incluso, el despojo antes que torcer su conducta y su misión.

No fue cosa sencilla. Venían a visitarme a la redacción del diario amigos queridos, algunos de ellos

con inquietudes partidarias, que en lo posible satisficiera si ello no me llevaba a burlar mis funciones en La Prensa. ¿Sabe que pasaba? Era muy difícil dejar de lado más de sesenta años de militancia intensa, sobre todo cuando ella ha penetrado en el torrente sanguíneo como una bacteria para cuya erradicación no existen antibióticos.

Por supuesto, todo esto lo sabía bien Alberto Gainza Paz, que era el Director y propietario del diario – dicho sea de paso, un gran caballero, por quien conservo afecto y admiración – pero jamás debió ponerse en guardia por este tema. Lo recuerdo observando todo con una sonrisa de bondadosa tolerancia.

Le digo más: mantuve recias discusiones con algún columnista cuya intemperancia le hacía mal al diario, según yo creía y que, además, con injusticia atacaba a un amigo mío. Y todo eso ocurrió delante del mismo director, que en varias oportunidades debió laudarlo, y lo hizo en mi contra; por supuesto, perjudicando a mi amigo. Pero así es el periodismo, o mejor dicho, la vida misma. No atesoré ningún rencor hacia mi colega ni tampoco lo guardó mi amigo

Siempre tuve conciencia de que mi cargo había sido desempeñado, antes, por figuras de pluma y análisis sobresalientes, como Alfonso de Laferrere. Mi obsesión fue no menguar ni el estilo ni la profundidad de mi predecesor.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

- Lo cierto es que la pluma es una virtud que sirve para lisonjear la personalidad – observó Borges como si hablara consigo mismo; no para jactarse de ella. El individuo no es más por lo que escribe sino por lo que ha leído. Laferrere tuvo la virtud de poder efectuar análisis rigurosos gracias a su inteligencia notable... y a todo lo que había leído. Que otros se jacten de las páginas que han escrito; yo, al menos, me enorgullezco de las que he leído.

Pienso, Hardoy, que recorriendo día a día los caminos infinitos de las palabras – esas que nos acompañaran en el ejercicio de nuestras profesiones – podemos congratularnos que a través del periódico, la tribuna o el libro, estamos en condiciones de opinar, creer, sentir, soñar.. Y tenemos que darnos por muy contentos.

CAPÍTULO 10

EL DEPORTE, LOS MITOS, EL LABERINTO, LOS ESPEJOS, LA FICCIÓN

La conversación fue girando hacia los temas más centrales de ambos. En forma casi ritual, pareciera que Hardoy hubiera realizado un reportaje íntimo a Borges; abordó temas obvios, como el deporte, pero después incursionó en aquellas facetas que hicieron de su interlocutor una figura de nivel mundial. Conciente de ese propósito, preguntó:

- ¿Usted tuvo afición por algún deporte, Borges?

- En la Argentina ha prevalecido una actividad sobre todas: el fútbol – contestó el interpelado. Si bien no he practicado ninguno (alguna vez tuve inclinación por la esgrima), el fútbol me pareció siempre un juego para estúpidos, que fomenta la hipocresía. He visto golpear con tantas cosas a Inglaterra, que me sorprende que aún no se haya inaugurado un reproche unánime contra la invención de

ese juego. Me he cansado de decir que el fútbol es popular porque la estupidez es popular.

- No he sido un entusiasta del fútbol, aunque no participo de su misma visión - contestó Hardoy. Alguna vez llegué a presidir una entidad del ascenso que tiene su asiento en la Capital Federal, pero fue por razones políticas. Me habían designado Comisionado Municipal en General San Martín (en ese entonces 3 de Febrero no existía como comuna autárquica, no se había concretado aún su secesión) y formó parte de un plan de amplio contenido popular: instalar un equipo en ese distrito. Nos ganó de mano Chacarita Juniors, que abandonó su reducto en Villa Crespo - donde mantenía una antigua rivalidad barrial con Atlanta - y armó su sede en San Martín.

- Veá, Hardoy; para mí el fútbol es feo estéticamente - Borges retomó su arenga. Digamos que once jugadores contra otros once corriendo detrás de una pelota no son especialmente hermosos. También me parece fundamentalmente agresivo, desagradable y comercial. La idea que haya uno que gane y que el otro pierda me parece esencialmente desagradable. Hay una idea de supremacía, de poder, que me parece horrible. Además, lo he calificado de hipócrita, y es que, para mí, el fútbol en sí no le interesa a nadie. Nunca la gente dice 'qué linda tarde pasé, qué lindo partido he visto, claro que perdió mi equipo'. No lo dice porque lo único

que le interesa es el resultado final. No disfruta del juego.

- Lo que pasa es que usted es demasiado exigente y eso lo lleva a ser cruel – dijo Hardoy sonriendo. Es de la esencia del fútbol que un equipo gane. Creo que la gente disfruta de un buen partido cuando su equipo juega bien, aunque, fundamentalmente, cuando la comercialización enorme que se realiza detrás del espectáculo lo abruma con elogios por el triunfo. Pero eso recién cuenta a partir de la victoria; por supuesto que la derrota, aunque se haya jugado bien, no deja satisfecha a la afición, pero vuelvo a decirle: eso es de la naturaleza del juego. En el fútbol, no existen los ganadores morales ni una máquina que permita juzgar cual de los dos contendientes ha desarrollado una mejor labor para asignarle la victoria.

- Yo creo que el fútbol despierta las peores pasiones – continuó Borges. Sobre todo, lo que es más vil en estos tiempos, que es el nacionalismo referido al deporte, porque la gente cree que va a ver una actividad deportiva, pero no es así. Vuelvo a decirlo: es raro que nunca se le haya echado en cara a Inglaterra haber llenado el mundo de juegos estúpidos, deportes puramente físicos como el fútbol. Debería reputarse que el fútbol es uno de los mayores crímenes de Inglaterra.

Le voy a contar una anécdota: en 1978, a modo de protesta por el campeonato de fútbol que se

estaba realizando en la Argentina, opté por una sutil forma de despreciar y burlarme de ese espectáculo y de sus seguidores: el mismo día y a la misma hora en que la selección argentina debutaba en la Copa, dicté una conferencia sobre el tema de la inmortalidad. Debo confesar que lo hice por puro desprecio, pero también tengo que reconocerlo: la concurrencia fue escasa. Me ganó el fútbol.

- Lo cierto, Borges, es que en la insólita fusión entre fútbol y literatura hay dos grupos muy marcados – aclaró Hardoy. Los escritores para los que se trata de un emprendimiento artístico, y los otros, los que abominan del fútbol y se ofenden por la afición que siente la gente por este deporte. Queda claro que usted, sin dudas, pertenece a este grupo de escritores.

- Mi opinión es la que he dejado expresada – señaló con cautela Borges; me molesta quienes intentan atribuir mi crítica a un hecho personal.

- ¿Cuál? – lo interrogó con curiosidad Hardoy.

- Circula una inverosímil leyenda - dijo con escepticismo Borges -, una especie de mito urbano que señala, sin más, que el fútbol fue la causa de mi ceguera. Todo comenzó con una supuesta biografía que nunca autoricé, escrita por un supuesto amigo mío, en la que se afirma que en algún momento de 1930 varios

intelectuales decidimos jugar un partido de fútbol, deporte del que – según mi presunto biógrafo - yo era un apasionado.

En la insólita alineación también estaban Adolfo Bioy Casares, Roberto Arlt, Petit de Murat, Ricardo Güiraldes, Horacio Quiroga, Xul Solar, Julio Cortázar. Bueno, tanto conocía de mí el autor que hasta hizo formar en el equipo a Bustos Domecq, que, como usted sabe, era mi propio seudónimo (lo habíamos adoptado con Adolfo para escribir novelas policiales, lo mismo que "Suárez Lynch", compuesto por el apellido de uno de mis bisabuelos y la veta irlandesa de Bioy).

Y entonces, sucedió algo que cambiaría mi vida para siempre. En un corner salté para cabecear, pero perdí el equilibrio al ser empujado y antes de caer al suelo mi frente se topó con la rodilla de un jugador contrario. Según esa estrafalaria versión, caí al césped fulminado y, minutos después, ya en el hospital, un neurólogo dio el terrible diagnóstico: desprendimiento de ambas retinas producto del golpe y, además, con el tiempo quedaría ciego. El cuento remata con un final absurdo: "por ello no le quedó otra opción que aprender a escribir". (Es como suelen decir en el campo: "sintió llover.."; tuve un terrible golpe en la cabeza al tropezar con una ventana abierta, pero en 1938; por ese accidente estuve internado y en coma. La ceguera progresiva que padecí fue una herencia familiar;

también la sufrió papá, quien, como yo, murió ciego). El fin de la historia se parece mucho a una ficción, presentada bajo un formato de realidad. Nunca la atacué (menos aún de manera judicial) porque la tomé como una especie de homenaje, empleando un género al que he sido adicto. Según esa descomunal versión, de ese hecho provendría mi obsesión negativa hacia el fútbol.

- Si esa simpleza fuera cierta ¿de dónde provendría su aversión al tango? ¿de un pisotón? – agregó, con una mueca humorística, Hardoy -.

Borges sacudió la cabeza con escepticismo:

- En materia de deportes me ocurrió como con la música popular: en ésta prefiero la milonga sobre el tango y en aquél el boxeo mucho más que el fútbol.

- Pero en el box también existe competencia y uno vence sobre el otro – refutó Hardoy; el público también tiene sus preferencias y cuando se disputa un título internacional, prevalece el nacionalismo del que usted abjura...

- Es cierto; sin embargo quien se desempeña mejor, va acumulando puntos que le sirven, al término de la pelea, para convertirse en ganador – replicó Borges sintiéndose victorioso. Ya sé que frente a este procedimiento lógico siempre existe la posibilidad de un final abrupto, por la vía noqueadora, pero este camino

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

es extraño, y en general, quien lo logra, con anterioridad ha ido "demoliendo" al contrincante.

Del boxeo, la lucha y el enfrentamiento fatal entre dos hombres que tal vez ni se conocen y, por lo tanto, no se pueden odiar, me atraen sus ancestros. ¿Puede haber algo más parecido a una puja de gladiadores? Un público vociferante y aturdido al mismo tiempo, la efusión de sangre, que lo exalta más aún, el ensañamiento del boxeador que está a punto de poner inconciente al rival, la obsesión de éste por resistir la paliza tratando de no caer, a pesar de que su instinto le muestra la lona del piso como una tentación. Cuando presenciaba el espectáculo entornaba los párpados y veía, como a través de una nube borrosa, el inmenso Coliseo, al Cesar con su Guardia Imperial y el séquito que lo acompañaba, y trataba de adivinar la orientación de su pulgar en medio de una ovación popular.

¿Usted, Hardoy, ha practicado actividades físicas?

- Tiré algo de esgrima y jugué squash - contestó Hardoy = también hice algo de tenis, pero, fundamentalmente, en mi juventud. Pero dejemos de lado el deporte, actividad que sin nuestro concurso no perderá puntaje en el ranking, y dediquemos este tiempo a considerar algunos de los temas que nos han tenido ocupados en nuestra existencia mundana. Usted ha sido lo que podría llamarse un escritor polifacético;

han prevalecido en su producción los cuentos cortos, la referencia frecuente a las sagas nórdicas, una poesía impecable y a la vez desafiante. Nadie puede, sin embargo, omitir al Borges que imaginara ficciones y especulara con el ser, el infinito, los espejos, la eternidad, el caos y la impotencia del hombre para dominarlo.

- No tiene a este anciano a retomar sus ansiedades terrenales – le contestó Borges como un niño que está a punto de transgredir alguna indicación de su madre. Mis especulaciones pertenecen a un tiempo humano que ya pasó y a un momento en el que consideré al mundo como un inmenso caos y al laberinto como su emblema. El mito griego creó al Minotauro, que a mi juicio, fue un intento desesperado por dominar a aquél por medio de éste.

- Borges, la inteligencia no tiene edad – lo tentó Hardoy, con la misma seducción con que la serpiente mostrara a Eva el fruto prohibido -. Menos aún en este ámbito, donde ambos hemos dejado de ser viejos. Le propongo un juego: despliegue usted sus conocimientos sobre mitos y ficciones y le prometo que, por mi parte, me explayaré sobre la política y sus perspectivas.

- Acepto – respondió Borges con la determinación del que ha cedido ante la tentación. Usted sabe que se ha dicho que para mí el mundo es un

caos y, dentro de él, el hombre está perdido como en un laberinto. En el caso de las cuevas del Minotauro (que yo llamé La Casa de Asterión), la angustia de ese engendro es la misma que sufre el individuo en su universo.

En el siglo XVIII, apareció en Occidente el dominio de la fábula y el conjunto de ideas que había incorporado del paganismo griego pasó a denominarse mitología. Allí apareció el mito, que es una forma de apelar a un modelo cultural.

- Pero el culto al Minotauro consistía en sacrificios y ofrendas en las grutas y sobre las cimas de las montañas – refirió Hardoy -, en santuarios rurales construidos alrededor de árboles sagrados o en habitaciones especiales de los palacios. Los rituales del fuego sobre las montañas, las procesiones y las acrobacias sobre los cuernos de un toro, formaban parte de la vida religiosa cretense.

Borges admitió la acotación y dijo:

- Sí, pero la alianza que se expresa a través de la unión del mar (toro blanco) y la tierra (Pasifae casada con el sol: Minos) encuentra su oponente "lógico" en el ámbito celeste, de modo que, en mi opinión, Minos se desdobra en Teseo para recuperar a Pasifae-Ariadna. El toro es un símbolo del caos, de la naturaleza incontrolada y hostil. Una fuerza enorme y

brutal. Emblema de muerte y anonadamiento y también símbolo de poder, fecundidad y vida.

Humanizando a la bestia era posible domesticarla: la cópula del toro de Poseidón con la reina Pasifae convierte al animal en su prolongación obvia, el Minotauro, en el imaginado principio de la creación (aclaro: no bíblica sino mitológica). El Minotauro es una criatura de las aguas oceánicas, Poseidón hizo salir del mar a su padre y según lo asienten otras versiones, era éste un toro que estaba destinado al sacrificio en honor del dios.

Del mito se desprende que los mancebos enviados como tributo de guerra de Atenas a Creta fueron víctimas del Minotauro, quien, a su vez, fue presa del laberinto creado por Dédalo, que está al servicio (y también, en el futuro, será víctima) de Minos, mártir de la ira de Poseidón, el que enviará el Toro Blanco que aquél no sacrificará por su hermosura y del que se enamorará Pasifae, engendrando en su vientre al Minotauro. Este confuso entrecruzamiento de dioses que son desafiados da lugar al mito, que yo identifiqué en Asterión, triste y resignado, quien lucha con obstinación feroz contra la muerte, a la vez que la espera como una liberación. Cuando recordé que los mancebos de Atenas eran nueve, dije también que habían sido enviados "para que yo (el monstruo) los libere", en directa referencia al Padrenuestro, como creo

haberle dicho.

Hardoy escuchó con atención la exposición de Borges y en determinado momento indicó:

- Debemos considerar, sin embargo, que la victoria de Teseo es rotunda, desde que vence y ultima al monstruo, y a la casa monstruosa donde vive, todo ello, gracias al hilo de Ariadna. Pero comparto su opinión: tanto el toro o el monstruo (Asterión) son animales que describen su vida, su espacio y su relación con el mundo exterior; ambos se encuentran defendidos y encerrados en un laberinto al que llaman casa y se piensan en términos de singularidad; ambos acechan en vigilia permanente sintiendo a la soledad como carga inevitable y ambos se saben en una situación de imposible salida, cuya única posibilidad de liberación consistiría en la muerte, contra la cual luchan y a la vez, esperan.

- Es que el triunfo de Teseo es aparente – continuó Borges - . Por el contrario, la victoria definitiva es del Minotauro. Es este último el que utilizará a Teseo como instrumento de su principal deseo existencial, es decir, su última voluntad: ser muerto para terminar con su suplicio y acceder a la posibilidad de una suerte de redención. Ella habrá de producirse en otro espacio o nivel simbólico, que en última instancia, puede ser el encuentro con su Redentor. ¿Recuerda que ya antes

mencioné que en mi cuento puse en boca de Asterión su esperanza en la Redención? Vale la pena repetirlo ahora: "Ignoro quiénes son, pero sé que uno de ellos profetizó, en la hora de su muerte, que alguna vez llegaría mi Redentor. Desde entonces no me duele la soledad, porque sé que vive mi Redentor y al fin se levantará sobre el polvo".

Ambos habían entrado de lleno en el terreno superior del análisis y la exposición. Los dos percibían que lo que en realidad estaban exhibiendo era la dimensión cultural de cada uno, y en ese contexto, Hardoy dijo:

- El desarrollo de esa idea sería - por decirlo de algún modo - un proyecto de universo en el que cada uno es una parte o peldaño. La paradoja consiste en que, cuanto más poder aparente parece tener (el Minotauro) en esa cadena, menos conciencia tiene de la misma; y cuanto menos poder y más carencia comienza a padecer, más conciencia toma de su angustiante destino, como es el caso de su creación, Asterión, el habitante de su casa-laberinto. Entiendo que, además, Asterión no está precisamente perdido en su casa, sino que, por el contrario, su ámbito le permite el desciframiento del universo en el que vive y la comprensión de su propio destino.

- Porque un laberinto - coincidió Borges - no es más que una casa edificada para confundir a los

hombres. Como ya le he dicho, su arquitectura, de abundantes simetrías, está adaptada a ese propósito.

- No obstante, debo reiterar – insistió Hardoy - que de su obra literaria, la expresión simbólica son las ficciones: El jardín de senderos que se bifurcan y Artificios. Aunque la mayoría pudiera inclinarse por la primera de las producciones, yo no puedo dejar de ponderar Funes, el memorioso, cuento que me pareció aún más conmovedor que Sur, y ambos están en la segunda producción.

- Si bien para un escritor sus libros son, como deberían ser para un padre, sus hijos - replicó Borges - es decir, todos situados en un pie de igualdad, me ocurre como debe ocurrir en la vida real de una familia: no puedo ocultar mi preferencia. Aún a riesgo de incurrir en una herejía, me inclino por Sur.

Pero en el otro aspecto, usted tiene razón: la crítica se ha decidido por Artificios y yo mismo me he permitido – si usted quiere - una ironía: los he definido como de confección “menos torpe”. Es verdad que algunos escritores han inventado biografías de hombres reales, de los cuales poco o nada quedaba registrado. Yo, en cambio, leí acerca de personas conocidas y, deliberadamente, escribí sus historias variando y distorsionando los datos a mi capricho.

Cuando escribí El jardín de senderos que se

bifurcan, partí de una obra histórica, la Historia de la Guerra Europea, de Liddel Hart. Ella narra la ejecución (y todos los preliminares de un crimen), cuyo propósito no se comprenderá hasta el último párrafo. El hecho histórico parte de un espía, Yu Tsun, que, al mismo tiempo, es el protagonista y debe transmitir el nombre de una ciudad a los oficiales alemanes. Atormentado por el capitán Richard Madden, que lo persigue implacablemente, decide comunicar su mensaje matando al sabio sinólogo Stephen Albert, porque su apellido es igual al nombre de la ciudad que los alemanes tienen que atacar. El asesinato lo recogen los periódicos ingleses al día siguiente y los alemanes reciben el mensaje. Pero la ficción literaria no termina ahí, porque detrás de esta sencilla historia, se esconde la figura de un astrólogo chino, Ts'ui Pên, bisnieto del protagonista, que ha escrito un libro extraordinario que, curiosamente, se llama El jardín de senderos que se bifurcan, que viene a significar la esencia misma del mundo, donde el tiempo se bifurca perpetuamente hacia innumerables futuros distintos unos de otros.

Sin embargo, Hardoy, tenga presente esto: siempre advertí que la cultura no debe quedar restringida a cenáculos privilegiados por la inteligencia o el manejo audaz de un lenguaje críptico. Durante un tiempo, dirigí el suplemento semanal de Crítica, un diario de manifiesta orientación popular.

Más todavía: digamos que referido a un público con un nivel cultural reducido. Allí inserté las historias infames de que se nutre la literatura popular, las cuales sirven para entretener. En consecuencia, los relatos se entregaban como un producto de subliteratura. A partir de ese método o serie, la construcción empezó a volverse laberíntica.

Bueno, amigo mío, ya hemos hablado del laberinto, pero omitimos recordar que su característica principal es la complejidad, que, de manera inversa, pone en evidencia su aparente sencillez. Y esa sencillez se inicia en el título (por ejemplo, Historia Universal de la Infamia) que aturde al colocar en la historia universal un dato contradictorio: una heroicidad de signo contrario. En el suplemento tratábamos de lograr que al reconocimiento de un saber universal determinado por una ficción, se le agregara un contexto popular que la volviera cotidiana, a pesar de todas las referencias librescas.

- Lo que creo es que estos ejercicios... - señaló Hardoy - abusan de algunos procedimientos: las enumeraciones dispares, la brusca solución de continuidad, la reducción de la vida entera de un hombre a dos o tres escenas, olvidando la complejidad de una existencia. Pienso que en su orientación hacia ese estilo han influido las lecturas de Stevenson y Chesterton y aún de los primeros films de von Stenberg.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

He leído su obra, Borges, de manera casi completa y siempre sentí los efectos de sus narraciones inventadas, que ponían de manifiesto su erudición notable y la vastedad de esa imaginación. Los relatos del primer grupo son fantásticos: La lotería en Babilonia, donde usted reflexiona sobre el azar y el determinismo; La biblioteca de Babel; el ya recordado Pierre Menard, autor del Quijote, un relato que usted compuso como alarde de ingenio y trata la figura del escritor francés que escribió varios capítulos iguales a los originales de Cervantes, al parecer, sin haberlos copiado. En Tlön, Uqbar, Orbis Tertius y Examen de la obra de Herbert Quain, el ojo escrutador puede advertir que son notas sobre libros imaginarios.

- No puedo menos que sentirme pasmado por su nivel, Hardoy – dijo un Borges sorprendido -. En general, uno está preparado para escuchar de un político frases vacías, pensamientos vanos, lugares comunes visitados por la repetición absurda de conocimientos ajenos. Sabía que usted se había deleitado en la lectura y lo reputaba un hombre culto – así, al menos, yo lo consideraba -, pero debo confesar que me ha sorprendido su erudición, la acumulación de conocimientos, si bien adquiridos por la lectura, elaborados por una inteligencia notable. En este lugar tan especial, donde la Misericordia Divina nos ha situado, no puedo menos que expresarle mi alegre satisfacción... aunque también mi tristeza. ¿Cómo fue

posible que la Argentina prescindiera de sus servicios? ¿De qué forma puede aceptarse que su inteligencia no hubiera podido participar del gobierno de nuestro país?

Aunque, en realidad, no se para qué me formulo estas preguntas. Por algo la Argentina del Bicentenario ha debido conformarse con hablar mal del país del Centenario y hacerle creer a la gente que este era un país inclusivo, no como el de un siglo atrás, que "era elitista". ¡Debía ser por eso, por ser una nación excluyente, que atraía a los trabajadores emigrantes de las potencias que hoy son rectoras!

Tocado en su fibra más íntima, Hardoy no pudo sino aceptar con regocijo el juicio de Borges, quien le hablaba nada menos que de sí mismo y de la Argentina que había enamorado a ambos. Por eso, con pasión dijo:

- Los restos de mi vanidad humana que aún me acompañan no pueden menos que sentirse halagados por sus palabras. Pero usted mencionó la nación del Centenario. En ese tiempo todos los hombres que ocupaban los primeros lugares ejercían el comercio con las musas... y lo más significativo: los que llegaron a situarse en posiciones de segundo orden también tenían una formación superior. ¿Habré recordado al general Justo, un hombre colosal? Mientras ejercía la presidencia de la República, era frecuente que se perdiera entre los anaqueles de una librería de la calle

Florida, deleitándose con fruición en la devoradora lectura de libros que lo sorprendían y alegraban. Dicho sea de paso, el propio librero era una persona de gran nivel intelectual y se enfrascaba con Justo en los comentarios agudos que efectuaba sobre los textos que el Presidente absorbía.

- Sé que tras la muerte de Justo sus herederos vendieron su famosa biblioteca – dijo Borges –, llevados por un estado de necesidad económica, cuya dignidad, hoy, debería avergonzar a muchos. Por fortuna, la compró la Universidad de San Marcos, Lima, porque, de otra forma, esa maravilla de la cultura hubiera sido desguasada. Me duele que la haya comprado otra nación, que aunque hermana nuestra en su origen y destino, no deja de ser otro país. Pero ello solo sirve para poner en evidencia nuestro perpetuo desdén hacia los patrimonios más valiosos que hemos obtenido.

Sin embargo, esos recuerdos alcanzan para echarnos en cara la finitud de la condición humana; no son parte de un destino elaborado por Dios. El hombre debió incorporar su condición miserable a la libertad de que gozara para poder ser redimido del laberinto.

Hace poco, usted citó a Pier Damiani, ese abstinento y austero obispo medieval.

Sucede que se había producido una polémica

teológica. Se partía de una pregunta: ¿podía la omnipotencia de Dios decidir que algo que era no era? El ejemplo que se traía era el de Roma: se decía que sin duda Dios podía destruirla, pero, ¿podía decidir que nada de su historia hubiera ocurrido, simplemente que no había existido? Se agregaba otro ejemplo desafiante, ¿podía la omnipotencia divina devolver la virginidad a una mujer que la había perdido?

Damiani le atribuyó a Dios esa potestad pero al mismo tiempo proclamó que no debía tentarse su omnipotencia planteándole que decidiera hipótesis vanas. Emerson tenía una opinión opuesta: sostenía que "ni siquiera los dioses pueden alterar el pasado".

Alguna vez lo dije en un cuento, que enhebraba una conjetura, un poco para hacer alarde de ingenio, y otra como resabio de mi antigua condición de ultrista, hoy debo aceptarlo.

Para ello escribí la historia de Pedro Damián (fíjese que utilicé el nombre traducido al español del célebre teólogo del medioevo) quien había intervenido cobardemente en la batalla de Masoller, librada en 1904. Como ejercicio de una ironía ritual, lo hice regresar al término de su vida a su tierra natal, al igual que el notable obispo y teólogo (que fuera designado obispo con sede en el mismo pueblo en que había nacido).

Damián, un muchacho entrerriano, tuvo en

esa batalla un desempeño reñido con el valor, según los dichos de sus propios compañeros de armas y el testimonio del coronel Dionisio Tabares, que era jefe de la división. Murió en 1946, abatido por fiebres que lo tuvieron en un delirio constante durante su agonía.

Pero Pedro Damián, arrepentido de su cobardía en la mencionada batalla, le pide a Dios que le de ocasión de redimirse. La omnipotencia divina le concedió la petición (volvió como sombra en pena a Entre Ríos y se perdió en ella "como agua en el agua"). Murió (por segunda vez) como un valiente en Masoller y fue enterrado al pie de una cuchilla oriental, en 1904. Recurrí como autor al testimonio del coronel Tabares y éste rehizo su relato anterior, refiriendo que Damián cayó al frente de su escuadrón, alcanzado por una bala enemiga que le dio en medio del pecho. En esta ocasión, Tabares estuvo acompañado por un doctor Amaro, quien confirmó la valentía de Damián. El cuento fue referido con el título *La Otra Muerte en El Aleph*, que reemplazó la original que se llamaba *La redención*, por su denominación excesivamente teológica.

En el relato se conjeturaba que Damián había muerto dos veces: una como valiente, en medio del entrevero, en 1904, y otra, inmerso en las fiebres delirantes, en una cama, en 1946. La omnipotencia de Dios se puso de manifiesto al decidir que Pedro redimiera su cobardía, como podía haber resuelto que

Roma nunca hubiera sido fundada o nacido o una prostituta recobrarla la virginidad.

Siguiendo el relato hecho por Borges, Hardoy dijo:

- En realidad, si aceptáramos como una premisa válida que la omnipotencia de Dios puede cambiar los acontecimientos y decidir, según su voluntad, que un hecho sucedido no se hubiera producido, tendríamos que afirmar que la historia es un verdadero espejo, que si bien refleja los acontecimientos, puede modificar esa imagen y reemplazarla por otra.

- Usted lo ha dicho – confirmó Borges. Para mí, el espejo tiene un tentador significado: conocer de una manera cabal al mundo, o mejor dicho, a uno mismo. Según mi punto de vista, el espejo es más, mucho más que un instrumento del conocimiento o una fórmula que sirve para ingresar al mundo de la fantasía donde todo puede suceder y todo está permitido. Es, en primer término, un profundo reflejo del yo, que va más allá de mostrar una reproducción ilusoria de la figura humana. Allí se encuentra toda la esencia de ese yo, es una forma para el hombre de enfrentarse a sí mismo: es su propia idealización. Se da una transubstanciación del yo en el espejo - como la de Cristo en el vino y el pan- tan profunda, que incluso esa fuerza, la energía de la figura reflejada, es tan fuerte

que es más real que la propia figura de la cual se ha proyectado.

Lo dije en el poema "El forastero": "Se afeitará después ante un espejo/ que no volverá a reflejarlo/ y le parecerá que ese rostro/es más inescrutable y más firme/que el alma que lo habita/ y que a lo largo de los años lo labra". Este fenómeno de la duplicidad del yo y de la duda o confusión respecto de cuál es más "real" o verdadero, se da no sólo a través de las metáforas del espejo, sino también a través de la escritura ("Poema de los dones", "El laberinto"), del hecho mágico de "alguien" que se encuentra a sí mismo en la calle ("El libro de arena") o del yo que reflexiona sobre un otro yo o el sueño de Boecio, en la que un espectador imaginado está siendo observado por otro espectador, también soñado.

Pero esta duplicidad del ser tiene también su contraparte; es decir, el yo dividido busca, consciente o inconscientemente, la manera de resolver el problema de la separación o de la duplicidad. Esta necesidad de unir las partes también queda metaforizada, entre otras cosas, con el espejo. Incluso podemos ir más allá de la idea inicial, estableciendo que ambos 'yo' son espejos, que, acaso, fatigados, se reflejan incesantemente. Eso lo señalé en el "Coloquio de los pájaros": un grupo de aves llega hasta los confines de una montaña en busca de su rey, Simurg. "Treinta (pájaros), purificados por los

trabajos, pisan la montaña del Simurg. La contemplan al fin: perciben que ellos son el Simurg y que el Simurg es cada uno de ellos". El acercamiento es "Un juego con espejos que se desplazan", (reitero esto porque alguien atribuyó al relato un sentido panteísta del que carecía) porque otra interpretación de los espejos radica en que los conocimientos del hombre son los reflejos que, por su intermedio, recibe del universo. El hombre, pues, como en la famosa "Cueva de Platón", conoce por medio de reflejos: es lo que dije en "El espejo de los enigmas". A diferencia de la idea de Platón, revela total y cabalmente el universo, mientras que en el mito de la cueva, sólo se conocen las siluetas dejadas por la luz sobre la superficie de la misma.

- San Pablo, en su Primera Epístola a los Corintios - pensó Hardoy en voz alta - atribuyó el conocimiento a través de espejos y dice que ese conocimiento está limitado, pues lo que muestran es tan sólo una fantasía, nunca el conocimiento en sí. Pienso que nadie, pues, "rebaje a reproche esta aclaración sobre su obra", digo, parafraseándolo a usted mismo.

- ¿Tendría nuevamente que decirle "touché"? - replicó Borges, en tono divertido- En "El Aleph" he procurado describir qué es un Aleph, diciendo lo contrario de lo escrito en "El espejo de los enigmas". Como tengo la pretensión vanidosa de que usted lo hubiese leído, solo quiero recordar, en esta instancia,

que el Aleph es una pequeña esfera, un punto del universo en que confluyen todos los puntos del mismo. Ese lugar funciona como un espejo esférico en que se pueden ver reflejados, simultáneamente, todas las cosas que "destejen y tejen en este universo". Así pues, los espejos, este particular espejo, son la suma y esencia de las cosas, porque nada hay que no pueda reflejarse.

Si múltiples e infinitas son las imágenes que podemos tener de los espejos, también múltiples e infinitas pueden ser sus significaciones. Por eso, en cada relato o cuento el sentido dado al espejo difiere o cobra un matiz particular. Por ejemplo: una cosa puede ser espejo de otra, o una persona de otra o aún de un objeto. Tal es el caso de Edipo, que al ver a la esfinge descubre que ésta es un espejo de él mismo: "Con la tarde un hombre vino/ que descifró aterrado en el espejo/ de la monstruosa imagen el reflejo/ de su declinación y su destino".

En "El instante", sugiero que el presente no existe; todo es un pasar incommovible o futuro inseguro. Los espejos sólo reflejan, en consecuencia, el pasado de una persona, jamás atrapan el segundo en que se contempla: "El rostro que se mira en los gastados/ espejos de la noche no es el mismo", porque la historia es un espejo de los hechos que a través del tiempo la memoria no ha podido borrar. Está demás recordar que

la imagen de la historia es rígida; dura como una escultura. No comparte esa condición esencial de las imágenes de los espejos: la de ser efímera. En "El reloj de arena" he dicho: "En los minutos de la arena creo/ sentir el tiempo cósmico: la historia/ que encierra en sus espejos la memoria".

Los espejos han sido, pues, un pretexto para decir lo que más me importaba de las cosas. Son una forma de patentizar los juegos con el tiempo: lo infinito, la vida o la muerte. Al mismo tiempo debo aclarar, que los espejos, de vez en cuando, también sirven para hacer esa humilde y prosaica función que todos los días de su vida un hombre puede realizar sin necesidad de haber leído mis argumentos: reflejar.

Como puede ver, Hardoy, me he dejado llevar por el entusiasmo, dándole a este tema más espacio que a otros. Habrá advertido, también, que para mí los espejos, como los tigres, son algo más que un contorno físico.

Está demás decir que me han provocado gracia (o espanto) las conclusiones a que arribaran muchos pretendidos exegetas míos, que redujeron sus juicios a una frase que urdimos alguna vez con Bioy: "Los espejos y la cópula son dos grandes aberraciones, porque ambas sirven para reproducir a los hombres".

CAPÍTULO 11

Los Conservadores

Para Hardoy, hablar de los conservadores era algo natural. Durante toda su vida terrena había practicado en forma permanente ese discurso, pero ahora debía elaborarlo en otro medio y con diferente interlocutor. Al contrario de lo que siempre había sentido en su existencia mundana, ahora, en el Cielo, le extrañaba la escasa preocupación que despertaban la teoría y la historia de ese tema. Formado en la escuela extraña de la doctrina, su preocupación por la praxis lo había convocado desde su juventud, convirtiéndolo en un político obligado a justificar las ideas que había enarbolado. Como de Joaquín V. González, de él podría decirse que encarnó el espécimen más acabado del intelectual inmerso en las vicisitudes de la práctica política.

Ese exponente del conservadorismo tradicional, dijo:

- No crea, Borges, que voy a escapar a la obligación que asumí, pero creo que ya he dicho todo

sobre mis ideas y los motivos que me llevaron a asumirlas.

- Descarto que no habrá de eludir su compromiso – contestó Borges -, pero quiero tener una versión que justifique esa tendencia que abrazó, más allá de los lazos familiares o la nostalgia por una patria que fue antes y no lo es ahora.

- Por supuesto – admitió Hardoy - los años fueron abonando aquellas ideas, y a mi natural inclinación por el conservadorismo fui agregando conceptos teóricos que ratificaron esa orientación.

En cuanto a nuestro país, pienso como seguramente usted también lo hará: después de los años heroicos de la independencia, la Nación obtuvo status constitucional y los gobiernos conservadores se ocuparon de preservar uno de sus valores primarios: la libertad.

- Y a ello, – Borges no pudo dejar de meter un bocado - además del progreso y la educación, habría que sumarle la administración, la cual hizo posible que nuestro país, bárbaro y salvaje, al decir de Sarmiento, se transformara en una república que fue sueño y meta de tantos inmigrantes.

- Veá, me ha encantado (e influido mucho en mi pensamiento) – retomó Hardoy la ilación de su exposición - una frase de Rosanvallon, quien decía algo

así como que “el conservadorismo es la eternidad del liberalismo”.

Se imagina, Borges, que a lo largo de mi vida me han formulado la misma pregunta, especialmente en los tiempos en que el pensamiento liberal tuvo una representación partidaria y muchas personas trataban de hurgar: “¿qué diferencia hay entre un conservador y un liberal?”

- Naturalmente, mucha gente, de buena fe, repudia a los conservadores y se proclama liberal; tal vez, ignore que los gobiernos conservadores que transformaron el desierto y desarrollaron el país eran también liberales - agregó Borges -.

- En ese aspecto, quizá debamos remontarnos al gobierno de Pastor Obligado – expresó Hardoy con nostalgia - que tuvo como opositores nada menos que a los jóvenes de entonces: Adolfo Alsina, Anchorena, Cazón. Éstos asumieron un papel “progresista” y bautizaron como “conservadora” la gestión de Obligado. Esa circunstancia tal vez haya sido la raíz que impulsó a muchos hombres a calificar a los conservadores como herederos de Rosas (olvidando, entre otras cosas, que Obligado y su familia se exilaron durante la gestión de aquél, mientras que Alsina, años después, ofreció a los rosistas una oportunidad para volver a la política activa y además fundó el Partido Autonomista, síntesis de aquella dicotomía feroz -

unitarios y federales - y antecedente directo del partido Conservador que nació en 1908).

- En ese escenario, ¿cómo definiría el gobierno de Roca? – preguntó Borges -.

- Usted me ha anticipado; iba a nombrar a Roca – contestó Hardoy = . Sin dudas, él fue el artífice de la Argentina moderna. Además de enarbolar su famoso lema: “paz y administración”, gobernó con autoridad y cintura una nación difícil, impulsó una política exterior de concordia (sin eludir conflictos cuando fueron inevitables, como los que mantuvo con el Vaticano) y su gestión se coronó con éxitos indiscutidos: incorporación del Chaco argentino, ferrocarriles, puerto, tratados con Chile, etcétera, sino por la notable tarea legislativa que propició. Pasó a la historia como un símbolo de la “oligarquía vacuna”, expresión peyorativa para simbolizar a los conservadores. No obstante, Roca fue un gran liberal, por lo que se podría decir sin ruborizarse: encabezó un gobierno liberal-conservador.

- Creo que toda esa época tuvo una impronta liberal y conservadora – agregó Borges -.

- Es que nadie quería renunciar al privilegio de esa ideología, señaló Hardoy. Ser liberal era revestirse de una pátina de prestigio, más allá del nombre que adoptara la agrupación política a la que perteneciera el individuo: era un demérito no ser tenido

por liberal. Quizá, Mitre haya sido uno de los pocos en asumir que su partido llevara esa denominación, y de hecho, cuando propició una agrupación política provincial, afín a sus ideas, prohijó que se llamara Partido Liberal, el que proveyó de grandes gobernadores a Corrientes y aún hoy subsiste. Con ese nombre hubo varias agrupaciones provinciales (en San Luís y Mendoza, entre otras) que a diferencia de lo ocurrido en Corrientes resignaron su denominación local para fundar el Partido Demócrata Nacional, típica expresión del conservadorismo-liberal a partir de 1930.

- Debería proclamarse, entonces, que esos gobiernos fueron liberales, pero al mismo tiempo conservadores – señaló Borges con total coincidencia - en cuanto pretendieron “conservar” los logros obtenidos a partir de la Constitución de 1853.

- Así es – continuó Hardoy -. Aún cuando debiera reconocerse que a la ideología liberal adherían todas las fuerzas políticas gravitantes, como ya señaló hace unos instantes. Fíjese en una gran ironía. Dos hombres que eran rivales empecinados y además encarnaban las corrientes antagónicas que se disputaban la primacía en Buenos Aires y en el país, fueron Bartolomé Mitre y Adolfo Alsina. Sus banderas arremetían una contra la otra y en las campañas electorales de entonces se desplegaban consignas personalísimas, tendientes a destruir al rival. Y bien,

ambos se proclamaban liberales y, en medio de las batallas periodísticas que se libraban con pasión, se acusaban mutuamente de no ser lo suficientemente "liberales". Por eso me pareció un signo de ignorancia política e histórica la tendencia de algunas personas a afirmar su militancia "liberal" acentuando su oposición a los "conservadores".

Voy a agregar algo. Cuando me interrogaban acerca de si había diferencia entre liberales y conservadores dije, tratando de morigerar el dilema por la vía del humor, que estos eran "liberales que hacían política".

Siempre me valí de un ejemplo, casi histriónico, que tiene la forma de cuento: gobierna el país un presidente liberal y su ministro de Hacienda le informa que al día siguiente no se podrán pagar los sueldos de los agentes públicos porque no existen recursos genuinos. Podría emitir y pagarse los sueldos – agrega – pero sería sin respaldo; también le advierte que sin sueldo los vigilantes entrarán en huelga y las calles quedarán a merced de los delincuentes. El presidente (liberal) no duda y se mantiene fiel a su ortodoxia; sin respaldo no puede haber emisión: que los delincuentes se adueñen de las calles. La misma situación presentada a un presidente conservador: sabe que sin respaldo no se debe emitir y le repugna hacerlo, pero hace prevalecer el realismo sobre la ideología.

“Emita sin respaldo – le ordena a su ministro - y pague los sueldos de los vigilantes; que no hagan huelga; después veremos como corregimos el asunto”. Eso es el pragmatismo conservador.

- Está muy claro, Hardoy – se complació Borges. Yo recuerdo que Debray decía que la humanidad nada había aprendido de las experiencias anteriores y que cada pueblo las repite inexorablemente, sin cambiar nada sustancial. Esa afirmación recuerda aquel axioma que decía que “el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra”.

Yo no comparto ese juicio simple; creo, por el contrario, que la sociedad aprende de sus errores y trata de “conservar” lo bueno que ha quedado en la cesta, y lo hace, además, con el pragmatismo que usted resaltara con ese ejemplo tan práctico y gracioso.

- También Popper opinaba como usted. Esa afirmación del filósofo-guerrillero (Debray) no puede aceptarse sin – por lo menos – efectuar una previa investigación y comprobación, que como decía el célebre tratadista austríaco, resulte “verificable”. En rigor de verdad, todas las teorías ideológicas deberían ser comprobables. La de Einstein no tuvo acogida como verdad absoluta hasta que el sabio no la sometió a una comprobación empírica. Y digo esto, sin sumarme al bando positivista, que ve en el científicismo, sin el aporte de la fe, la conclusión por la vía de la razón.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

- Lo que pasa es que el propio Debray – como no podía ser de otro modo – introduce un factor de inseguridad – señaló Borges. Al fin, debe rendirse ante la imprevisión del futuro y el ejercicio de la libertad, que es algo consustancial al individuo.

- Con esa ironía de que se valía para emitir sus juicios más profundos – acotó un Hardoy entusiasmado por las coincidencias - lo decía Churchill (remedando a Lincoln), palabra más, palabra menos: “pueden muchos engañar a pocos o pocos a muchos durante un tiempo, pero no pueden todos engañar a todos todo el tiempo”. Por último, prevalecen la inteligencia y la libertad. Hitler, Stalin, Beria o Pol Pot fueron estrellas fugaces que nada importante dejaron, más allá de las desgracias enormes que provocaron a sus contemporáneos o la crueldad de que hicieron alarde.

- Debray parece alejado de la idea de que las sociedades humanas tienen la posibilidad de elegir su porvenir y también de la creencia de que es imposible preverlo. Ambas posiciones fueron sostenidas con absoluta persuasión por Popper (a quien usted recién se refiriera) o Rueff - agregó Borges -.

Hardoy no había perdido la ecuanimidad ni aparentaba burlarse de Debray cuando agregó:

- Lo que pasa es que Debray – uno de los

principales ideólogos de la subversión latinoamericana y responsable, en gran medida, de que tantos jóvenes murieran en el empeño terrorista - parte de una premisa que es imposible confirmar. Según él, el enunciado ideológico está construido de tal manera que resulta imposible para la experiencia su modificación, aunque sí puede modificarse la propia experiencia. Este interesante juego de palabras ha sido común a las ideologías, digamos que ... "de izquierda".

Trae al respecto un ejemplo desatinado pero atractivo, cuando dice que un pigmeo puede declarar delante de un miembro de una aldea africana que su casa está embrujada. Por supuesto, nada ni nadie podrá demostrar científicamente lo contrario, pero el oyente de tal absurdo modificará su conducta como consecuencia de esa afirmación. Por supuesto, traído el ejemplo insensato, elabora el paso siguiente, con un caso menos inconsecuente: ahora afirma que si un profesor declara frente a sus alumnos que el mundo va hacia el socialismo o su antítesis, que ésta es una opción impracticable y proclamara que la humanidad, en consecuencia, va hacia la servidumbre, sus juicios, aunque sea de manera infinitesimal, producirían efectos en el auditorio. Es que, según él, una idea vana que provoca consecuencias es una idea grave, pero al revés, una idea grave, sin consecuencias, se transforma en un juicio vano.

- Pero este planteo hace agua por donde se lo mire – exclamó Borges. Para que ese enunciado pudiera ser exitoso, primero habría que construir una “ideología” y después imponerla hasta el extremo del fanatismo. En las sociedades occidentales, con la libertad de pensamiento, de prensa, que hacen posible la crítica (es decir: aquellas sociedades que pueden dar garantía de instituciones democráticas) las ideologías no podrán subsistir mediante el fanatismo; deberán afrontar la prueba del ataque a que la someterán sus opositores.

- Lo que ocurre, Borges – confirmó Hardoy - con el pensamiento voluntarista de estos ideólogos es que su imposición depende de la fuerza. Como usted bien dice, únicamente es posible su subsistencia bajo la tutela del absolutismo; el pluralismo, o sea, la diversidad de opiniones e intereses, resta validez a aquella afirmación y solo puede ser aplicada en aquellos ejemplos nulos: la aldea africana, la Alemania de Hitler o la Unión Soviética, expresiones estas últimas de sociedades moralmente enfermas, donde lo único que prevalecía era el úcase de los gobernantes.

Las ideologías elaboradas (o desplegadas) por los Debray – en realidad, por todas las doctrinas que sustentaran los marxistas-leninistas, sea por medio del terror de las armas y las cárceles del pueblo o apoderándose de los gobiernos en forma disimulada y en apariencia legal – siempre pondrán en evidencia su

desprecio por las democracias liberales y tratarán de instalar la tiranía. Lenin se refería a la Iglesia Católica (en rigor de verdad hablaba de "las religiones") y las llamaba "el opio de los pueblos". En esta versión pueblerina que vivimos en nuestro país, al pueblo se intenta "opiarlo", irónicamente, mediante un instrumento del capitalismo liberal: el dinero. Los ideólogos de la subversión han tenido el triste mérito de intentar que la humanidad retroceda a 1788, es decir, a los tiempos previos a la Revolución de Francia, en que imperaban el absolutismo, la tiranía y la administración de "justicia" en base a normas sancionadas con posterioridad a los hechos que debían juzgar.

Seguirá siendo un deber principal de las sociedades algo que dijimos antes: tendrán que limitar y sujetar el poder del Estado. La Argentina, con la sabiduría de su Constitución de 1853, pudo crear los instrumentos apropiados, que fueron, a no dudarlo, las instituciones que ella propició. A diferencia de lo que opina Debary, el peligro no proviene de brotes irracionales que repitan experiencias pasadas. El peligro actual es el que proviene del ejercicio de una propaganda abrumadora, a veces subliminar, que procura imponer estándares de conducta y formas de vida – racionales, por cierto – pero que pueden llegar a ser gravemente indeseables. A mi juicio, es muy poco probable que surjan dictaduras como las que describiera La Rebelión de las Masas, según la aguda observación

de Ortega. La subversión ha aprendido de sus propios errores y ha "camuflado" su despotismo y sus armas con las mismas instituciones que desprecia.

- Lo que pasa es que la concepción de Debray ha sido demasiado simple – incluso infantil, para ser cierta – frente a la complejidad del mundo moderno, reflexionó Borges.

- Por eso me ha seducido – continuó Hardoy – la idea de Rosanvallon (en realidad, éste se la adjudica a Guizot), según la cual el conservadorismo no debe oponerse al liberalismo, pues él se presenta como la realidad de este último. Durante más de cincuenta años sostuve este pensamiento, incluso con similares palabras. Para repetirlo con la frase que tanto me conmoviera: "es la eternidad del liberalismo", ya que ser conservador es regir una sociedad que en su seno no alberga el germen de ninguna revolución. Lo dijo con maravillosa exactitud Edmund Burke: "Las sociedades son gobernadas por los vivos, por los muertos y por los que están por nacer".

- O "el conservadorismo tiene todas las virtudes del cambio sin ninguno de los inconvenientes de la mutación" - agregó Borges con una sonrisa -.

Hardoy parecía en su salsa. Entusiasmado con la correspondencia que mantenía con su calificado interlocutor, sostuvo el hilo de su exposición:

- Veá, Borges, repitiendo a Rosanvallon recordaría que “(el conservadorismo) trastorna todas las representaciones anteriores de la política, en virtud de que asigna a la historia un estado terminal estable” (¿de aquí habrá extraído Fukuyama su sentencia sobre el “fin de la historia”?). Sin embargo, aquél autor infiere de su afirmación que “el conservadorismo constituye, desde el siglo XIX, el ideal histórico que no puede sobrepasarse por todos los pensamientos revolucionarios”. Incluso llega a afirmar que el propio Marx “define al comunismo como un conservatismo, pues lo es en efecto desde que suprime la política como esfera de conflicto para hacer entrar a la humanidad como administradora de las cosas, es decir, de la gestión”. Esta consideración, que Rosanvallon pone en boca de Marx, no puede menos que traerme a la memoria aquella consigna de Ortega y Gasset, cuando nos dijo: “argentinos, a las cosas”.

- La reflexión de Marx – no escapó a la agudeza de Borges la contradicción del autor del “Manifiesto...” - nos aparta de un elemento sustancial de la convivencia: el estilo de los protagonistas. Buffon decía que “el estilo es el hombre mismo”, de modo que, según su apreciación, un estilo hermoso no es tal sino por el número infinito de verdades que presenta.

- Mire Borges, según lo veo yo, – Hardoy retomó la inspiración - desde los tiempos de la Ilustración los protagonistas que influían en la sociedad

le daban el tono, fijaban sus costumbres, marcaban - en pocas palabras - el camino para deslumbrar a sus contemporáneos. De ese modo, ideas, prejuicios, modas, tendencias, simpatías y antipatías eran impuestas por aquellos. La Ilustración dominó en base al orgullo de su racionalismo, el ejercicio de una cortesía exquisita, el acatamiento incontrastable a filósofos cuya fe radicaba en la aplicación de la razón, que les era común a todos ellos.

El siglo XIX comenzó con la introducción de la política en la literatura y el romanticismo, con exponentes como Lord Byron y tuvo en Bonaparte su modelo más encumbrado.

No olvide que fueron los tiempos en que Shelley afirmaba que "los poetas son los legisladores olvidados del mundo". No en vano su barco - en el cual buscó la muerte durante una extraordinaria tormenta - se llamaba Bolívar. Durante ese seductor tiempo no hubo pensador, escritor o político de jerarquía que no mostrara el temperamento apasionado con que se volcó a todas las formas del arte y de la política. El estilo está, en síntesis, pletórico de pasión, arrebató, espectacularidad.

En fin, por otra parte, eso es el romanticismo.

- ¿Usted atribuye a todo el siglo XIX el estilo

romántico a que alude? – preguntó Borges -.

- No, por cierto – respondió Hardoy -. A medida que corrió el siglo XIX se modificaron esas circunstancias; apareció Augusto Comte, y el positivismo ocupó la primacía. Ocurrió el naturalismo, y después de él, el materialismo histórico, que compitió con la democracia liberal, la de los “notables”, como se la conoció en nuestro país y la recordada democracia “gobernada”. Cuando Ortega deslumbró con la Rebelión de las Masas, apareció la democracia “gobernante” y este fenómeno dio cabida a disconformes y protestatarios, que combatieron sin tregua a los que ejercían el mando en nombre de aquella “democracia gobernada”.

Pero aquella rebelión de las masas trajo dictadores y demagogos (Hitler, Stalin, Mussolini) en oposición a verdaderos caudillos emergidos de los países democráticos (Churchill, Roosevelt, De Gaulle). Sin embargo, todos ellos tuvieron un lugar común, un punto de coincidencia: sometieron a las multitudes a un encantamiento visible y en su nombre ejercieron poderes casi ilimitados, concedidos por ese mismo público al que hechizaban. Por supuesto, subsistía una diferencia inmensa entre ambos grupos: de éstos podía salirse, de aquellos intentarlo era la cárcel o la muerte.

- Dejo constancia, no obstante – agregó Borges - que debe haber algo de seductor y

misteriosamente excitante en el rumor ensordecedor de las multitudes. Por supuesto, ello debe conducir a quien repudia la demagogia, a mantener un diálogo introspectivo intenso y, a veces, contradictorio, entre satisfacer ese alarido sordo que practican las mayorías y los derechos indestructibles que tienen – a no dudarlo – las minorías.

Hardoy mantenía su inspiración:

- Veía Borges, alenté a muchos de mis amigos más jóvenes a tener fe en la derrota final del marxismo. En ocasiones, en esas “largas orgías de meditación” los veía ensombrecidos por el avance imperioso de la URSS, la política del “dominó” que había atrapado a tantos exponentes del Departamento de Estado norteamericano. No obstante, nunca dudé de la caída inevitable del comunismo.

Reagan – de quien es frecuente escuchar tantos juicios burlescos – tuvo una visión clara de la bipolaridad. Sabía que el poder del capitalismo radicaba en su capacidad acumulativa y que llevando a los rivales a la impiadosa competencia de la “guerra de las galaxias” terminaría por hacerles recalentar los metales y, en consecuencia, fundir el motor. Y así ocurrió. La acumulación de capital en el mundo socialista no era una consecuencia de las ganancias; ocurría a expensas del sufrimiento y las privaciones a que era sometida la población, que ya estaba al borde del colapso como

consecuencia de la carrera armamentista convencional. Cuando a ese imponente gasto hubo que agregar los microordenadores, la miniaturización de las computadoras, la investigación científica – tantas veces reputada un gasto “infructuoso” – era previsible que todo el andamiaje perverso y artificial del comunismo saltara por el aire. Tuve la suerte de verlo con claridad mucho antes de que sucediera, aunque supongo que mis amigos más jóvenes habrán pensado que ese pronóstico era el delirio ilusorio de un viejo. Sin embargo, llegada la hora, estoy seguro que no habrán olvidado los juicios de este anciano.

Algo similar debo decir del conservadorismo argentino, una expresión minoritaria de nuestra política criolla a partir de 1943. Volverá a congregarse a su alrededor público esperanzado y anhelante porque posee principios de respeto, flexibilidad en el trato con los opositores, mayor creencia en la evolución que en las revoluciones y por haber sido consecuente en su eterna observancia de la seguridad jurídica y los derechos humanos. Veá Borges: me he cansado de proclamar que mientras haya un hombre libre que tenga, además, conciencia de sus obligaciones sociales, habrá un conservador, aún cuando él mismo lo ignore o lo oculte. Y he omitido referirme a la responsabilidad, denominación por cuya defensa titulé uno de mis primeros y más queridos libros, porque creo con toda firmeza que el rasgo principal del espíritu conservador

viene a ser el sentido de la responsabilidad.

- Alguna vez, refiriéndome a Leopoldo Lugones – argumentó Borges - y tanto como para justificar sus frecuentes cambios de orientación literaria (algo que, sin dudas, nos atrapa a todos los escritores) hice una comparación con la política. Dije que los únicos que no cambiaban eran los políticos; en algo acerté porque los he visto (o mejor dicho escuchado) poniendo por delante de todo su vocación inestimable por el micrófono, la obsesión por conseguir segundos de imagen en los noticiosos, la acumulación de frases vanas y pensamientos vacíos. ¡Qué lejano parece hoy Joaquín V. González! Ejemplo típico del intelectual comedido en las luchas políticas del momento, como con acierto dijo usted; reunía las condiciones de ilustración, vuelo y profundidad para pasar del estudio de las más abstrusas y áridas ecuaciones jurídicas a la fantasía explorativa del escritor. Bueno, creo que la distancia que media entre González y cualquier gobernante de la actualidad es la misma que existe entre el Centenario y el Bicentenario, o “entre el artista que afina el órgano de una catedral y el aguardentoso payador de pulpería”, según la atinada observación de un aficionado.

Súbitamente serio, Hardoy dijo:

- Es evidente que algo de eso hay, pero no olvidemos que durante muchos años la palabra pública

estuvo restringida, y es sabido que toda acción genera una reacción. Me preocupa más cuando se considera la política como una salida laboral. He presenciado a la generación de hombres públicos que llegaban ricos a la militancia política y dejaban su fortuna en el ejercicio de la misma.

Una tendencia, tal vez alimentada por la ausencia de un juicio crítico de la sociedad, por la falta de sanción moral y, por lo tanto, la carencia de una condena electoral, ha impulsado el latrocinio y la corrupción. "¿De qué vale ser honesto si el personaje venal habrá de recibir el premio de los votos y, en cambio, el correcto recogerá la indiferencia de los electores?", diría un decepcionado y frustrado candidato de los tiempos modernos.

- ¿Usted cree que este es un fenómeno posterior al advenimiento del doctor Alfonsín? – señaló con cierta ironía Borges.

De nuevo Hardoy retomó el tono cansino de las explicaciones minuciosas:

- Mire, Borges, tal como veo yo los sucesos políticos de nuestro país, me he permitido elaborar un meditado juicio, que tuve ocasión de publicar en mis memorias.

Dividamos nuestra cronología en distintas etapas: a fines del siglo XIX y principios del XX tuvimos

la República de los Notables y el gobierno de la llamada "oligarquía vacuna". No dudo en calificar ese tiempo, que tuvo su pico más alto en el Centenario, como el de "la belle époque". Le siguió el tiempo del radicalismo romántico aunque ligeramente resentido de Alem e Yrigoyen. Si tuviera que recurrir a una definición literaria, diría que correspondió a esa etapa "M'hijo el doctor", el auge y gravitación de los descendientes de los inmigrantes; para mí, tuvo la tenue influencia del matiz socialista, impreso por Juan B. Justo.

Tuvimos un período de auge con el gobierno de "los galeritas", cuya expresión más notable fue la opulencia de la Argentina conducida por Alvear y nuevamente, en 1928, se produjo el retorno de Yrigoyen al poder, y con él, el regreso de las formas más negativas de la demagogia y el desgobierno, estimuladas por la ulterior influencia de FORJA y el lamentable (y posterior) Programa de Avellaneda. Después, se afrontó y se salió con éxito de la siniestra crisis de 1929, pero se institucionalizó el Partido Militar, hasta que se desembocó en la crisis y elección que llevó al gobierno a la Junta Coordinadora, un sector que tuvo mucha influencia en el doctor Alfonsín. No es imposible imaginar que éste se entregara a sus dirigentes, que lo proveyeron de la "doctrina" necesaria para estrellarse en el fracaso.

Con manifiesto espíritu crítico, Borges

reflexionó respecto de lo que dijera su interlocutor:

- Usted recién se refería a la crisis mundial de 1929 y a la forma auspiciosa en que fue "sacado" el país de la miseria económica. Ello se hizo con un costo importante: es cierto que la economía se recuperó, pero el Gobierno se mantuvo a flote con el fraude. La trampa electoral tiene vuelo corto y, en general, levanta tantas reacciones que es posible imaginar que al final aquellas destruyen lo que se había conseguido con las manos sucias.

- Vamos por partes – respondió Hardoy. Debo declarar, ante todo, que repudio el fraude, como también lo rechazaron muchos hombres cercanos al Gobierno, a pesar de que las investiduras que lucían eran el fruto de ese mismo fraude. En la política criolla, el fraude electoral, cuando fue elevado a la categoría de institución sustitutiva de la voluntad popular por medio de la acción violenta, fue siempre un pecado capital. Corrompe el organismo político. Comienza por hacerse fraude a los adversarios políticos y se termina por llevarlo a cabo entre miembros del mismo partido.

Pero también debemos ser justos, sin dejar de repudiar ese accionar repugnante. Si no hubiera sido por el fraude, la crisis del '30 no se hubiera vencido tan rápido y es posible que el país hubiera sido llevado a la anarquía y lawqqq miseria. La Argentina fue el primer país que derrotó a la gran depresión; se aventó el

peligro del fascismo y el comunismo; comenzó una industrialización auténtica y acelerada; se extendieron las virtudes de la educación y la cultura, subió el salario real, se equilibraron las finanzas del Estado y el prestigio internacional del país fue tan alto (tuvimos el primer Premio Nóbel) como nunca en el futuro pudo ser igualado.

A pesar de esto, lo rechazó; el fraude engendró en la política criolla monotonía y hartazgo, la acción cívica perdió su encanto y se le quitó al público la ilusión de vivir una vida nacional como tal. Tampoco sería justo olvidar que muchas personas, dignas y honestas, practicaron el fraude como una prueba, convencidos, de buena fe y a expensas de su propio sacrificio, que con esa entrega prestaban un servicio a la patria (era el "fraude patriótico", como jactanciosamente lo llamó Uberto F. Vignart). Pero lo cierto es que a partir del fraude, la conspiración y el golpe de Estado reemplazaron a la controversia callejera y el debate parlamentario.

- En realidad - dijo Borges analizando lo que acababa de oír - cuando uno piensa en los conservadores, lo hace posando los ojos en la provincia de Buenos Aires, a pesar de que, como usted recordara recién, esa fuerza, a partir de 1930, integró el Partido Demócrata Nacional. Ya que hablamos del fraude, ¿se lo instituyó a nivel nacional o se lo aplicó en forma

puntual?

Recuperado de su mea culpa, Hardoy recurrió al humor para responder la pregunta de Borges:

- Mire Borges; como dice una zamba popular, el fraude "es un camino largo, que baja y se pierde...". Lo practicaron los radicales, con burda hechura en San Juan y Mendoza, donde se detectó que antes de las elecciones ya había urnas con el resultado, anticipando la victoria radical. Hubo provincias en las cuales las elecciones fueron virtuosas, y la voluntad popular fue expresada en forma indubitada: Córdoba (fue gobernador Sabattini), Entre Ríos (fue electo Laurencena), Tucumán (lo eligieron a Campero), fueron algunos ejemplos que merecen ser recordados.

En la llamada "década del '30" (y aún antes), no hubo una oposición ideológica entre radicales y conservadores. Se los diferenciaba, en parte, por la distinta composición de sus filas. Los conservadores eran más liberales y por eso – aunque parezca paradójico – la mayoría de los curas párrocos eran amigos o cercanos a Yrigoyen. Por otro lado, la composición social de los cuadros era diferente. Los radicales nutrían su respaldo en la clase media (maestros, empleados, etc.). En una palabra: contaban con el apoyo de los hijos de los inmigrantes y la pequeña burguesía. Los conservadores obtenían consenso de los restos del patriciado, de los vástagos de

la Generación de '80 y los sectores de menos recursos. Por eso, solía decirse que los obreros de Avellaneda y la peonada rural (igual que los patrones) votaban por los conservadores y por los radicales lo hacía la gente del asfalto. Hace un tiempo, un locutor, que por su cultura y refinamiento merecería el título de periodista con letras mayúsculas – me refiero a Antonio Carrizo –, me hizo una entrevista televisiva con una gran altura y tuve ocasión de explayarme sobre esta cuestión. Claro que la calidad del entrevistador ayudó mucho para que este tema pudiera ser expuesto con detenimiento, casi como lo hago ahora.

- ¿Debo deducir que el fraude conservador fue sólo en Buenos Aires? – preguntó con incredulidad Borges.

- Todos los honores de mi modesta existencia terrena se me brindaron en la provincia de Buenos Aires - dijo Hardoy preparándose para una extensa explicación - pero sería un exceso si dijera que los vientos que en ella soplaban barrían todo el país. Tal vez, por su importancia numérica, quizá por la extensión de su territorio, podría parafrasearse a Metternich con respecto al primer Estado argentino, cuando aquel dijo que "... si Francia se resfría, estornuda Europa...". Si se gana en Buenos Aires, se triunfa en el país.

El fraude se lo practicó en forma excesiva en

esa provincia, que, dicho sea de paso, fue el motor que sacó al país de la crisis. Cuando la Legislatura de Buenos Aires dispuso la destitución de Federico Martínez de Hoz, el poder político en esa jurisdicción basculó entre los seguidores de Rodolfo Moreno y Alberto Barceló. Sin embargo, primó la sensatez y Moreno, disgustado con el presidente Justo, se fue del país nombrado embajador en Japón. Pero no por ello la conducción del partido pasó a manos de don Alberto; quedó entonces don Antonio Santamarina, expresión cabal de un estilo caballeresco y rector como la figura más gravitante e indiscutible en forma definitiva. Fíjese, Borges que interesante cuestión, a la vez que simpática y curiosa. A Santamarina siempre se lo llamó "don" (quizá por su estilo paternal, por su accionar protector, por ser el guardián de los anhelos de muchos); a Moreno se lo nombraba "Rodolfito", a pesar de ser uno de los hombres más ilustrados, refinados y cultos del país, tal vez porque su estilo y su físico inducían a creer en una cercanía que no era tal.

Pero de ese tiempo, en el que ocupé cargos de inmenso honor, también recuerdo anécdotas livianas, cuya evocación me mueve a una sincera hilaridad. Una de ellas era el famoso "Puchero de Conte", que se servía en un hotel desaparecido en la década del '50 o del '60, no me acuerdo bien, situado en cercanías de la Plaza de Mayo. Allí nos dábamos cita un grupo de legisladores, convocados por ese plato que hacía las

delicias de los comensales con la policromía de sus ingredientes y el aroma de su cocción.

Se trataban en la mesa los temas más urticantes de la política de ese momento, sin desperdiciar la ocasión para intercambiar bromas e ironías entre los asistentes. ¿Cómo voy a olvidarme de las burlas a Samuel Alperín, feo, petiso y cabezón? A propósito suyo, Miguel Osorio decía que cuando Alperín era niño (vivía en Bahía Blanca) le habían confeccionado una gorra de marinero a su medida, que decía "ACORAZADO RIVADAVIA - ARMADA NACIONAL. Extasiado ante ti me atrevo a amarte, Patria mía". Decía Osorio que después de la leyenda se veían tres anclas, dos estrellas, una cinta y una borla, todo lo cual no alcanzaba para completar la circunferencia de la gorra.

Borges festejó el humor de la broma y retomando la seriedad del tema, preguntó:

- ¿Tiene el recuerdo de algún político que lo hubiere conmovido?

- Conocí a muchos que dejaron grabado su recuerdo con letras imposibles de borrar. La mayoría de ellos, han pertenecido a mis propias filas, por lo que referirme a ellos me haría caer con seguridad en alguna injusta omisión. De los que no pertenecieron a mi partido, me viene a la memoria Roque Vítolo, uno de los hombres más lúcidos, hábiles e inteligentes que produjo

el país. Fue un ministro del Interior impecable por su sagacidad y por la grandeza de su espíritu, que habían hecho de él un caballero cabal. Ahora que lo evoco, trataré de buscarlo entre la inmensidad de estas nubes (porque es seguro que está aquí) para continuar algún debate caudaloso sobre nuestro país.

Pero Borges, al final tengo que deducirle un reproche: usted es el que me ha hecho una entrevista. Por desgracia, de esto no habrá de tomarse nota ni saberse en la Tierra. En la Argentina hubiera podido darme corte, señalando que había sido reportado nada menos que por semejante escritor. ¡Qué le vamos a hacer! Nunca se sabrá de este encuentro en el que comenzamos a pasar revista a algunos sucesos de nuestras vidas terrenas.

Veré ahora si sigo viaje y doy con Cyrano, en cuya búsqueda estaba empeñado cuando lo encontré a usted. Pero volveremos a encontrarnos y seguiremos esta charla, porque... tiempo no nos falta.

Aludido, y con un dejo de nostalgia, Borges contestó:

- Le voy a decir algo: no le hice un reportaje. Acepte las preguntas de este viejo como las inquietudes de un hombre que todavía no se ha despojado de su condición de argentino, a pesar del sentido británico que los detractores le asignaban a su personalidad.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

Ojalá encuentre a Cyrano de Bergerac. Yo, por mi parte, sigo con el empeño de toparme con Homero, colega mío en su existencia terrenal por su famosa ceguera. Algunos aspectos de la *Iliada* me resultan confusos y desearía que me los aclarara, y supongo que lo hará... total, de este ámbito no sale nada.

- Bueno, Borges, no me despido de usted - dijo Hardoy sin ocultar la emoción de ese adiós - porque es seguro que nos volveremos a encontrar. Para ese entonces, voy a venir preparado para investigar los puntos oscuros que subsistan en mi memoria. Hasta siempre, querido amigo.

- Yo también habré de prepararme para que me cuente algunas cosas del seductor paso por la política - replicó Borges, con lágrimas en ojos que veían la eternidad, el laberinto, los espejos... ¡Suerte con Cyrano! No me despido porque seguiremos viéndonos en el futuro. ¡Hasta la vista, Hardoy!

- ¡Hasta siempre amigo mío!



Gastón PÉREZ IZQUIERDO

Es abogado y escribano egresado de la UBA;

se graduó en Diplomacia en la Universidad del Salvador y en Derecho y Política Internacional en la Universidad de Roma a cuyas aulas concurrió mediante una beca obtenida por concurso.

Se doctoró en Ciencias Jurídicas y Sociales en la Universidad de La Plata, donde fue profesor de Derecho Internacional Público y Política Económica.

Ha sido decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de La Plata, Intendente Municipal de Lanús, y Ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

Preside en la actualidad la Fundación “Emilio J. Hardoy”.

Ha colaborado con los diarios La Nación y La Nueva Provincia y es columnista habitual de La Prensa.

Borges y Hardoy, un diálogo en el cielo

Publicó

“La Última Carta de Pellegrini”,

“La Mirada Global”,

“Adolfo Alsina, Caudillo y Estadista”,

“Los Marqueses de Buenos Aires”,

“La Invasión de Inglaterra 200 años después”, y

“La Campaña del Desierto” estas dos últimas obras junto a otros miembros de la Academia Argentina de la Historia, corporación que integra.

Fue publicada además la ponencia que presentara en el Congreso de bicentenario, evento organizado por esa Academia y el Círculo Militar.

Vive y trabaja en Lanús, está casado y tiene cuatro hijos y seis nietos.

E-book armado por

www.abogadosruralistas.com.ar

[Volver al índice](#)